

DIEZ AÑOS DE INSURRECCION EN AMERICA LATINA

VANIA BAMBIRRA - ALVARO LOPEZ - MOISES MOLEIRO
SILVESTRE CONDORUMA - CARLOS NUÑEZ - RUY MAURO MARINI
ANTONIO ZAPATA



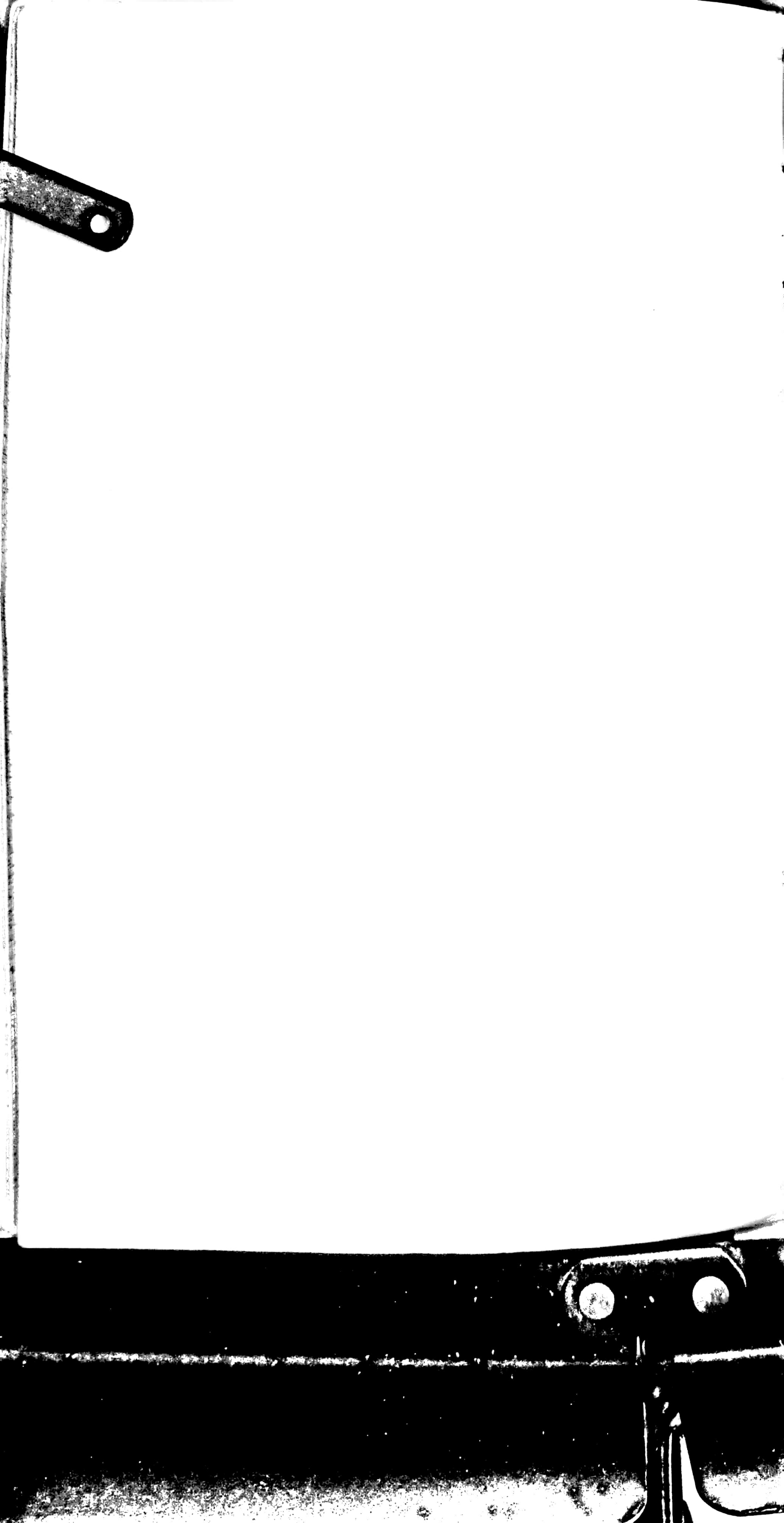
))
RE

PORTADA: MESSINA & MORENO

| | |
|-----------------------------------|-----------------|
| M. R. E. - Biblioteca | |
| nc. 14396 | data 16/6/72 |
| proc. Santiago (cc) of. 157/72 | |

Derechos reservados, Inscripción Nº 39069.
(c) 1971, Editorial Prensa Latinoamericana S. A.
Root 537 — Santiago — Chile.
Impreso y hecho en Chile.
Printed and made in Chile.

UNA VISION NUEVA PARA UNA AMERICA NUEVA



a: 14623
P: 15246

VANIA BAMBIRRA - ALVARO LOPEZ - MOISES MOLEIRO
SILVESTRE CONDORUMA - CARLOS NUÑEZ - RUY MAURO
MARINI - ANTONIO ZAPATA

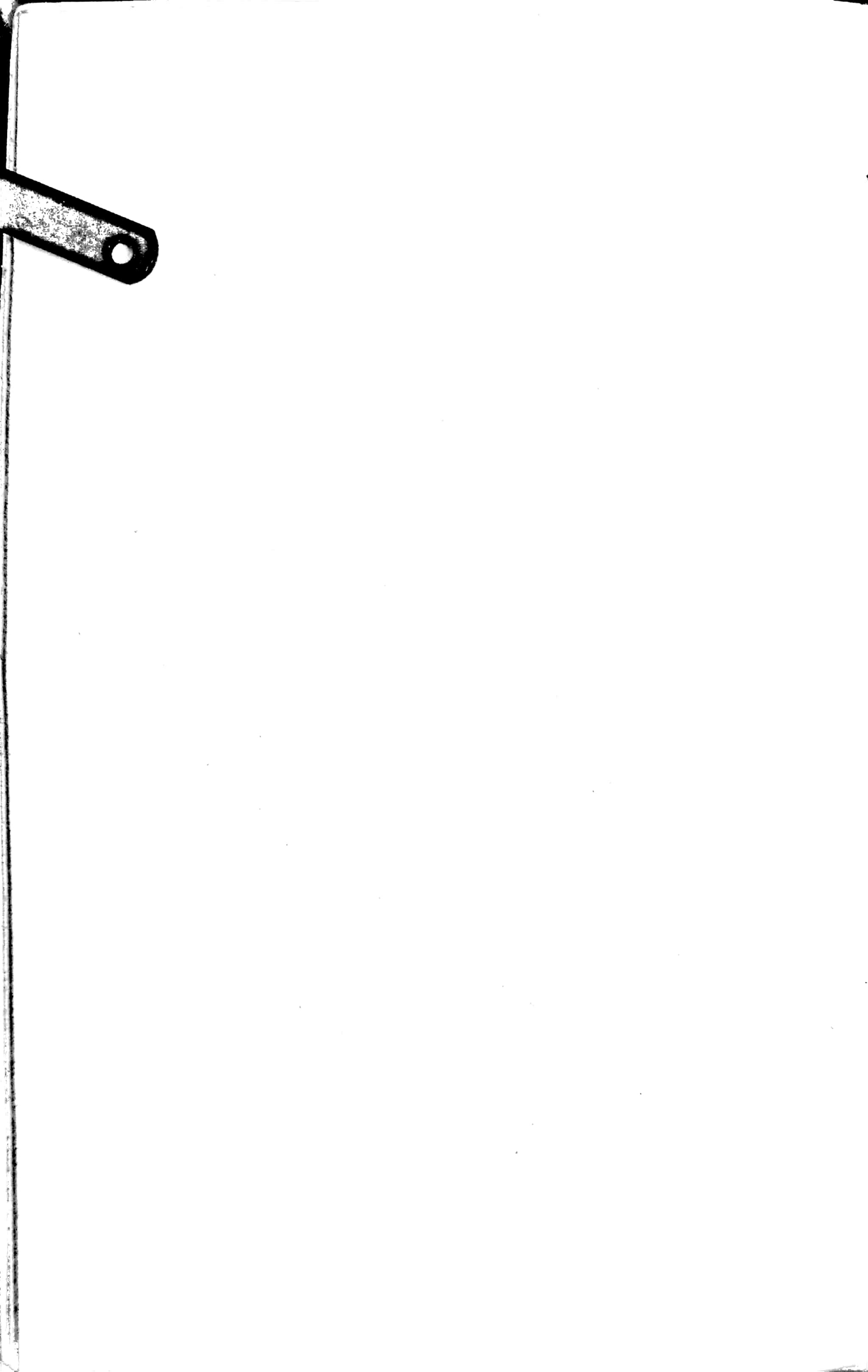
**DIEZ AÑOS
DE INSURRECCION
EN AMERICA LATINA**

323.27(8)(09)
D568.01
v. 2
1.1

TOMO II



EDICIONES PRENSA LATINOAMERICANA S. A. / CHILE



COLECCION





**DIEZ AÑOS
DE INSURRECCION
EN AMERICA LATINA**



SILVESTRE CONDORUMA

**LAS EXPERIENCIAS
DE LA ULTIMA
ETAPA DE LAS
LUCHAS REVOLUCIONARIAS
EN EL PERU**



Este ensayo fue publicado por primera vez en "Estrategia", órgano del MIR chileno, en abril de 1966. Pero fue escrito en el curso del mes de noviembre de 1965, cuando aún se realizaban las últimas acciones entre los guerrilleros y las fuerzas represivas. Su nervioso e inelaborado lenguaje refleja, de algún modo, el desasosegado clima interior en que fue escrito. La intención no fue, en esas circunstancias, organizar una evaluación minuciosa y sistemática de una experiencia aún no totalmente liquidada, sino plantear ciertas cuestiones básicas para la lucha revolucionaria peruana, cuya discusión pudiera contribuir a cimentar en otras bases el desarrollo de esas luchas. Cinco años después, la discusión y las informaciones posteriores harían necesarias numerosas correcciones al texto original. Sin embargo, esto es también un testimonio de un momento del debate en la revolución latinoamericana, y no sería pertinente despojarlo de ese carácter introduciéndole modificaciones sustantivas. Por eso, para la presente edición han sido hechas muy pocas alteraciones formales y se han corregido los errores de impresión de la edición primitiva. (N. del A.).



En la última década, Latinoamérica ha ingresado, definitivamente, en un período revolucionario. El proceso envuelve a la totalidad de los países y nacionalidades de la región; pero se desarrolla en diversas formas y en diversos niveles, según las diferentes circunstancias históricas de cada país. Si se quiere llegar a la necesaria integración sistemática de los diversos procesos particulares, en el curso del enfrentamiento global inevitable con el imperia- lismo, es indispensable tratar de comprender y evaluar constantemente cada uno de ellos y captar su lugar y su significado para la problemática general del proceso re- volucionario en Latinoamérica.

El caso del Perú, país centro del mundo andino, de es- tratégica ubicación geográfica, parece ser en este contexto, el de una sociedad que en el curso de no muchos años, ha

venido cubriendo aceleradamente varias etapas pre-revolucionarias e incorporándose rápidamente en el primer nivel del proceso revolucionario efectivo. Las experiencias de sus últimas luchas muestran con bastante claridad los alcances y las limitaciones de este desarrollo, y deben ahora ser objeto de una cuidadosa evaluación y racionalización, que permita sobrepasar el empirismo y el pragmatismo revolucionario, que parece ser hasta este momento el rasgo característico del proceso actual en Latinoamérica.

La racionalización sistemática de la totalidad de la experiencia revolucionaria de la última década latinoamericana, es la condición sine qua non para la progresiva elaboración de una teoría de la revolución latinoamericana, sin la cual ya no parece posible, de ninguna manera, el logro de las metas revolucionarias. Las circunstancias que forman parte de las luchas guerrilleras del último año en el Perú, parecen mostrar suficientemente bien, de qué manera la ausencia de una más coherente y adecuada concepción de las tendencias que mueven el cambio de la sociedad para cuya transformación fueron organizadas las guerrillas y, por lo tanto, del tipo de lucha y de organizaciones de lucha que podrían ser conducentes, está en gran parte en la base de los sucesivos contrastes revolucionarios frente a la capacidad represiva del Estado.

De todos modos, estas luchas constituyen un nuevo punto de partida en el proceso revolucionario peruano y latinoamericano. Pero el camino en adelante, no podrá ser recorrido si no se le integra en el cuadro de conjunto de los factores y tendencias de cambio del cual forma parte.

Las notas que siguen tratan de ser una continuación a la organización de un esquema comprensivo de este complejo proceso.

La desorientación post-aprista y el desarrollo de la Izquierda Revolucionaria

Hasta hace más o menos quince años, el Apra era, de manera deformada e inconsecuente, el único movimiento organizado de masas populares, con la capacidad suficiente para desafiar realmente el orden establecido, canalizando

el descontento de amplios sectores dominados, que, en forma creciente, abandonaban la sumisión y la pasividad y ponían en cuestión la legitimidad y la justicia del orden de dominación social existente.

Por factores en general conocidos, después de la muerte de Mariátegui, los otros canales organizados de la insurgencia popular como el PCP, no llegaron a desarrollarse como focos efectivos de atracción del grueso de las masas, como para constituir realmente una alternativa de dirección revolucionaria a lo largo del proceso de desencantamiento de aquellos respecto del Apra. Durante treinta años, su conducta política efectiva no solamente fue incoherente y estéril en términos revolucionarios, sino que, sobre todo, desarrolló una tradición sin prestigio ante la masa de trabajadores y de pueblo en ascenso, rivalizando con el Apra más que con el orden de dominación social, incapaz de elaborar una línea política autónoma, aunque interdependiente, en relación a centros de poder revolucionario de fuera del país.

Las características dictatoriales de la generalidad de los regímenes políticos del Perú, a lo largo del medio siglo, benefició extraordinariamente al Apra. El énfasis inevitable en el carácter específicamente político de la lucha en esas condiciones, y en la medida en que el Apra estuvo realmente enfrentado a las dictaduras, desarrollando una organización clandestina compacta y una mística militante que fue convirtiéndose en una densa y cerrada malla de mitología mistificadora, permitió, que, salvo para gentes de información política muy avanzada, el contenido económico-social de la ideología y de los programas concretos apristas, permanecieron en un segundo plano penumbrado para la percepción de las masas que apoyaban al Partido, que pudo así mantener a lo largo de varios decenios, una imagen según la cual aparecía como el portavoz genuino de las capas más explotadas y más dominadas de la sociedad peruana. La oposición a las dictaduras le permitió aparecer, al mismo tiempo y por eso, como oposición al entero sistema de dominación establecido, puesto que las dictaduras eran expresión política del poder económico-social más amplio.

El caudaloso volumen de masas que arrastró el Apra al emerger de la clandestinidad pre-bélica en 1945, se debía fundamentalmente a lo anterior. Las masas apoyaban al Apra, no solamente por su oposición a los regímenes dictatoriales, sino principalmente, porque las iniciales formulaciones apristas desarrollaron la ilusión de que a través de este movimiento se expresaban sus propios intereses económico-sociales. Sin embargo, el período 45-48 fue la primera ocasión en que estas ilusiones serían puestas a prueba. El resultado fue negativo. El Apra en esta etapa ya no estaba opuesto a los aspectos económico-sociales del orden de dominación global, y revelaba que su punto mayor de conflicto con el sistema, era su forma política dictatorial tradicional. Infortunadamente el período del experimento fue demasiado corto.

La corta duración de la experiencia, permitió que un numeroso sector de la militancia del Apra liquidara sus ilusiones con su partido. Pero el grueso de la masa que respondía a la influencia aprista no tuvo el tiempo suficiente para llegar a las mismas conclusiones, especialmente porque en el mismo momento no existía en el Perú ninguna organización con la capacidad necesaria para desarrollar y profundizar esta experiencia, y racionalizarla para las masas. Acaso el fenómeno más importante que fue el resultado de esta corta experiencia aprista del 45-48, fue el hecho de que para los nuevos sectores que lentamente habían estado haciendo su ingreso en la sociedad nacional, el Apra había dejado de ser un factor de influencia y de orientación política tan poderoso como para los sectores más tradicionales, formados políticamente en la lucha contra las dictaduras.

El Apra, pues, significó para las clases populares en formación durante todo el período anterior a la Segunda Guerra Mundial, no solamente un sistema de orientación política, sino también casi un sistema de orientación vital para las generaciones jóvenes. Sin embargo, es claro que sus elementos ideológicos y programáticos fundamentales, así como su liderazgo real, correspondían a los intereses de las clases medias urbanas en pleno proceso de formación y a los de las capas burguesas en ascenso. Sólo en

tanto que esos se
ción, en las bander
de los elementos que
proletariado urbano
Bajo la influencia
revolución mexicana, el
inicialmente con algunos
marxista, y la actitud de sus
época aires rotundos. El apr
característicamente populista
bre las masas puede explicarse
lenta y contradictoria en que el
los sectores de interés social
zando sólo en parte y sin cohe
clases sociales claramente dife
Ello permite explicar tam
lo fundamental, porque a lo l
lento y molecular de la socied
se ampliaba sin modificarse
canales cada vez más amplios
medias urbanas, el progresivo
pas terratenientes de la costa.
nivel de la dominación económi
pas burguesas, a través de c
giendo gradualmente un nuevo
cial, el Apra fue abandonando
y prácticamente, los más agres
intereses del proletariado urba
pesinado más explotado, que f
forma política inicial.

A partir de la experiencia a
cambio lento y difícilmente di
menzó a desarrollarse con un
sultado, principalmente, del in
económica del imperialismo q
de control de nuestras econon
capas burguesas a sus benefici
de las masas surgidas de la et
cambio.

De este período, se consoli

tanto que esos sectores de interés atravesaban esa situación, en las banderas apristas se recogían también algunos de los elementos que expresaban los intereses del naciente proletariado urbano y del campesinado.

Bajo la influencia de la revolución soviética y de la revolución mexicana, el lenguaje del movimiento se coloreó inicialmente con algunos elementos tomados del lenguaje marxista, y la actitud de sus líderes adoptó en la primera época aires rotundos. El aprismo fue, así, un movimiento característicamente populista y su hegemonía política sobre las masas puede explicarse, básicamente, por la forma lenta y contradictoria en que el proceso de cristalización de los sectores de interés social se ha desarrollado, alcanzando sólo en parte y sin coherencia su nivel definitivo de clases sociales claramente diferenciada.

Ello permite explicar también, aunque únicamente en lo fundamental, porqué a lo largo del proceso de cambio lento y molecular de la sociedad peruana, cuya estructura se ampliaba sin modificarse sustantivamente, permitiendo canales cada vez más amplios de ascenso para las clases medias urbanas, el progresivo aburguesamiento de las capas terratenientes de la costa, la incorporación al primer nivel de la dominación económica y política de nuevas capas burguesas, a través de cuyos fenómenos iba emergiendo gradualmente un nuevo sistema de dominación social, el Apra fue abandonando al mismo ritmo, ideológica y prácticamente, los más agresivos elementos ligados a los intereses del proletariado urbano, como clase, y del campesinado más explotado, que formaban parte de su plataforma política inicial.

A partir de la experiencia aprista 45-48, este proceso de cambio lento y difícilmente discernible hasta entonces, comenzó a desarrollarse con una mayor rapidez, como resultado, principalmente, del incremento de la penetración económica del imperialismo que modernizaba sus formas de control de nuestras economías asociando a las nuevas capas burguesas a sus beneficios, y de la creciente presión de las masas surgidas de la etapa anterior del proceso de cambio.

De este período, se consolidó la apropiación del poder

político por los sectores "empresariales" de la burguesía, formada por la combinación de los sectores terratenientes industrializados de la costa, los empresarios industriales, los grupos financieros y del gran comercio internacional, que progresivamente han devenido en conjunto una clase dominante, tienen el control del poder económico de nivel nacional y han tendido a consolidar su poder político.

Al mismo tiempo, un conjunto amplio y heterogéneo de capas sociales intermedias tendían a constituir una nueva clase media urbana, procedente de la burocratización incesante, de la profesionalización, del ensanchamiento de las actividades de servicio y del comercio urbano.

Una difusa pero amplia pequeña burguesía rural y semi-urbana, se difundía paralela y convergentemente en todos los sectores rurales antes casi totalmente aislados. Las capas terratenientes provincianas, hacía ya buen tiempo que atravesaban un proceso de lenta desintegración y su poder económico y su prestigio social se mellaban cada vez más ante el empuje de las nuevas capas sociales que entraban a formar parte de la estructura social rural que se modificaba. El desarrollo de la industria ligera urbana y de las industrias extractivas, algunas de las cuales sobrepasaban la productividad de otros países como en el caso de la pesca, aumentaban el volumen numérico del proletariado urbano y semi-urbano.

Al compás de este proceso, del cual formaba parte naturalmente la población aprista en sus respectivos niveles, el liderazgo aprista fue quedando identificado con los factores fundamentales del nuevo orden de dominación social, y en la medida en que el poder político que comenzaba a expresar a este nuevo orden de cosas abandonaba las medidas dictatoriales, el movimiento fue enderezado por su liderazgo a la defensa y consolidación de la nueva situación.

La Gran Desorientación

La elección de Prado (1956) con los votos apristas y la inmediata legalización del Apra, y las características económicas y políticas de este período, dieron la medida

clara de la culminación de este proceso. Cuando el Apra se pasó con armas y bagajes al parque contrario a los intereses efectivos del grueso de sus masas, en la medida en que este movimiento había sido normalmente el único sistema efectivo de orientación política para ellas, el resultado fue una gran desorientación.

El hecho de que ninguna otra organización de extracción popular, hubiera sido capaz de constituirse en una genuina alternativa revolucionaria a la claudicación aprista, y capaz de percibir y elaborar políticamente el proceso de cambio que estaba en la base de la nueva situación, permitió —o contribuyó por lo menos— que las ideas, imágenes y modos de percepción de las masas descontentas no pudieran desarrollarse. Debido a esos factores, la orientación política de las masas continuaba en general por los mismos caminos y bajo las mismas normas tradicionales, aunque, sin duda, de manera difusa y a nivel de la experiencia cotidiana, los contenidos de las actitudes de fondo tendían a buscar nuevos modelos de orientación.

La tradición anterior de lucha del Apra, la compacta estructura burocrática de su organización, la densa atmósfera de mitología mistificatoria que alimentaba la fidelidad de los militantes y de las masas al partido y a sus líderes tradicionales, permitía a este movimiento retener en sus filas a gran parte de los sectores populares de formación anterior. Pero la repetida inoperancia y la claudicación final, expulsaron del Apra a un considerable sector de cuadros medios. De otro modo, para todos los sectores de masas que habían hecho sus ingresos a la sociedad en los últimos años, como resultado de la gran migración a las ciudades y de la movilidad de la clases medias, el Apra ya no podía ofrecer ninguna salida nueva y su capacidad de influencia y de control sobre la juventud popular había disminuido casi completamente.

La gran mayoría de estos nuevos sectores, sin embargo, continuaba orientándose por ideas y normas derivadas de la tradición aprista, y sólo los sectores más politizados y más avanzados, así como un considerable sector de la ju-

ventud, buscaban sin ayuda un nuevo camino y un nuevo modelo de elaboración política sobre la sociedad peruana. El resultado de esta gran desorientación y de la contitud de los debilitados moldes de orientación política tradicional, fue el surgimiento del movimiento belaundista. Retomando y modernizando, de una parte, los motivos apristas menos conflictivos con el nuevo orden de dominación social emergente, y de otra parte, reflejando bastante estrechamente el pragmatismo y la ambigüedad ideológica de las nuevas clases medias surgidas en el proceso de cambio, el movimiento belaundista configuró, así, su populismo más ceñidamente adecuado a las características de la nueva situación.

El populismo belaundista es, pues, heredero en línea recta del populismo aprista. Representa, por eso, los mismos intereses sociales generales, pero adheridos a grupos y sectores tradicionales de las clases medias surgidas antes de la Segunda Guerra, y también a la capas tradicionales de la burguesía, el populismo belaundista es más bien el portavoz de los nuevos sectores de las clases medias urbanas y semiurbanas, y de las capas más "empresariales" de la burguesía. Desde luego, esta tipificación es esquemática, y no debe olvidarse que en la realidad todos estos sectores de interés social están superpuestos y confundidos en la arena económico-social. Los sectores de población obrera industrial que aún apoyan a estos movimientos, corresponden a las capas burocratizadas del sindicalismo, o a las capas cuyo nivel de ingresos y formación política tradicional, los sitúa en cierta medida en el contexto social de las clases medias. La condición de clase en formación de los trabajadores industriales urbanos y semi urbanos, así como el carácter relativamente indiferenciado en términos de clase, de capas amplias de la población urbana que son el resultado de la gran migración de los últimos años, lleva también un importante caudal de masas a ambos movimientos populistas, pero principalmente al populismo belaundista.

Este proceso de modernización y adecuación del populismo a las nuevas condiciones económico-sociales del Perú cristalizó a lo largo del período de Prado (1956-1962).

Al iniciarse el período de la revolución popular que desembocó en el deshielo revolucionario, que era en ese momento el momento de la cabeza de y opuesta al contenido de las masas, y había formado una alternativa idónea para las masas que empujaba, embargo, el prestigio de la revolución ideológica, le habían permitido, también algunos sectores de intelectuales y estudiantes apristas del 45-48.

La escisión que siguió en el Apra, el revolucionario de Octubre de 1948. El sector de dirigentes y militantes apristas salían del Apra, a incorporarse al PCP. Ochoenio odrúista, nuevos grupos de jóvenes, la influencia del PCP, conducidos por las emociones, que por un convenio de su conducción revolucionaria. A lo largo de Prado, este partido había ensayado su órbita de influencia y el volumen de su actividad. Para entonces muchos de los jóvenes que se incorporaron al PCP, habían abandonado los más importantes puestos del partido.

No obstante, como consecuencia de la revolución popular post-staliniano, y poco tiempo después, la generación de dirigentes intentaron la revolución del PCP y tras de su fracaso.

La Izquierda Revolucionaria Tradicional y la Reorientación Revolucionaria

Al iniciarse el período de Prado, la gran desorientación popular que desembocó en otro canal populista, fue alimentada también por el desconcierto de la izquierda tradicional, que era en ese momento la única existente en el país.

Divorciado, por completo, de la herencia teórica de José Carlos Mariátegui, el Partido Comunista Peruano había seguido obedientemente todos los vaivenes del período staliniano, apareciendo alternativa y contradictoriamente a la cabeza de y opuesta al contenido concreto de la lucha de las masas, y había formado una tradición de incoherencia, que no contribuía a erigirlo como alternativa revolucionaria idónea para las masas que emigraban del Apra. Sin embargo, el prestigio de la revolución soviética y posteriormente de la China, así como el atractivo formal de su ideología, le habían permitido, también, extender su influencia entre pequeños sectores del proletariado urbano y algunos sectores de intelectuales y estudiantes, antes de la experiencia aprista del 45-48.

La escisión que siguió en el Apra, el fracaso del intento revolucionario de Octubre de 1948, llevó a un reducido sector de dirigentes y militantes apristas radicalizados que salían del Apra, a incorporarse al PCP. Y a lo largo del ochenio odriísta, nuevos grupos de jóvenes gravitaban hacia la influencia del PCP, conducidos más bien por motivaciones emocionales, que por un convencimiento de la validez de su conducción revolucionaria. Al comenzar el período de Prado, este partido había ensanchado apreciablemente su órbita de influencia y el volumen de sus militancia. Para entonces muchos de los jóvenes dirigentes apristas que se incorporaron al PCP, habían llegado a ocupar varios de los más importantes puestos de la dirección del partido.

No obstante, como consecuencia de los conocidos problemas del deshielo post-staliniano, y poco después de la revolución popular húngara contra la burocracia, esta nueva generación de dirigentes intentaron la reorientación revolucionaria del PCP y tras de su fracaso fueron expusados

en sucesivas oleadas. Entre ellos estaba la mayor parte de los dirigentes de la juventud, los dirigentes jóvenes del aparato nacional y de ellos proviene una buena parte de los cuadros que integran los nuevos grupos de la izquierda revolucionaria, que promueve y conduce la guerra de guerrillas en el campo.

Este proceso de sucesivas escisiones del PCP, redujo notablemente su capacidad organizativa, su capacidad de influir sobre los nuevos sectores de juventud que buscaban una orientación más consistente, produjo una época no canchada de amorfismo organizativo en la vida del partido y significó en la práctica la continuidad de las normas de acción política tradicional del comunismo peruano.

Y a ello se debe, sin duda, el hecho de que el PCP no ha sido capaz de desprenderse de su condición de apéndice oposicional del Apra y de apéndice izquierdista del populismo posterior, fiel a su concepción increíblemente estéril, de la existencia de una "burguesía nacional; progresista", apta para ser movilizada contra el imperialismo norteamericano. Y, en consecuencia, se ha mantenido a lo largo de todo el período de formación de una izquierda revolucionaria, participando en las reglas del juego político impuestas por los grupos dominantes de la sociedad.

Particularmente en aquel momento, el PCP, parecía estar en absoluto desinteresado de una lucha efectiva por el poder político, y se contentaba con presionar sobre el populismo antiaprista para conseguir ventajas electorales. De ese modo, en un momento en que los sectores radicalizados del Apra abandonaban a su partido, y los núcleos de dirigentes jóvenes del propio PCP buscaban una reorientación revolucionaria hacia una lucha abierta por el poder político, este partido no podía convertirse realmente en un polo de orientación revolucionaria para las masas descontentas que, apoyando al Apra o al belaudismo, no dejaban de desconfiar de su liderazgo y miraban en vano por una u otra posibilidad más efectiva.

De su lado, los varios grupos trotskistas formaban el ala izquierda de la izquierda tradicional. El trotskismo, a diferencia del PCP que tenía la misma edad del Apra, era una tendencia relativamente joven del Perú. Aparecido en 1946

como un reducido grupo de obreros e intelectuales, diez años después había logrado extender algo más su influencia, principalmente entre intelectuales y estudiantes y en menor escala los trabajadores industriales.

La ampliación apreciable de su influencia ideológica, no fue seguida de una ampliación y un robustecimiento de su aparato organizativo, en parte porque la influencia no era recogida en organizaciones, y en parte porque, como en todas partes, el trotskismo peruano proliferaba en pequeñas agrupaciones sectarizadas, capillas destinadas al culto de su héroe histórico y a la lucha contra la tendencia oficial del PCP. De esa manera, el trotskismo peruano aparecía como una especie de apéndice oposicional del PCP, frustrado cotidianamente como movimiento político efectivo, desgarrado por querellas internas entre fracciones de creciente número, y atacado de la misma enfermedad general del cuerpo mayor de la izquierda tradicional: la completa falta de autonomía política para tratar de elaborar una línea de trabajo que rescatara las peculiaridades de la situación peruana.

Sin embargo, a favor de la violenta desestalinización kruschoviana y del desconcierto producido por la revuelta húngara, el trotskismo peruano había encontrado la posibilidad de ejercer influencia sobre varios de los círculos de la dirección joven del PCP, la mayor parte de los cuales fueron luego expulsados de este partido, y sobre elementos de la dirección intermedia del Apra descontentos con la política reaccionaria de su partido. En la medida en que el trotskismo se oponía a la participación en el juego político de la reacción —en que participaba el PCP—, en la medida en que situaba sus análisis generales en el plano de la lucha de clases y no en el de las naciones como un todo homogéneo; en la medida en que preconizaba una política revolucionaria abierta cerca del proletariado urbano; el trotskismo peruano podía elaborar esquemas generales que, en ese nivel, podían ser racionales y correctos, y despertar en algunos sectores de la izquierda comunista, aprista o independiente, la perspectiva de la lucha abierta por el control político del proletariado.

No obstante, el trotskismo era prisionero permanente de

esquemas rígidos, notablemente racionales y sugestivos, pero elaborados a base de elementos provenientes de la experiencia política europea, y no fue capaz como movimiento de encontrar ni las ideas ni el lenguaje necesario para atraer a las masas, para comprender el nivel de sus actitudes y de su conducta política efectiva. Dominados por la soberbia de esquemas racionales históricamente proyectables, no tenían la humildad suficiente para ponerse al compás del atrasado y particular nivel de desarrollo de la clase obrera urbana del Perú, fundirse en ella y no tratar de imponer desde el comienzo sus abstractos y universales esquemas políticos.

Por todas estas razones, si bien el trotskismo había podido cumplir un papel de relativa importancia, en el nivel del esclarecimiento ideológico permanente, no había adquirido la capacidad paralela de elaborar una vía de conducta política práctica e inmediata para las masas peruanas. Centrado en el nivel universal y urbano de la lucha revolucionaria, intentando una absoluta racionalidad en la política cotidiana de las masas, hasta ese momento, el trotskismo era un punto de referencia en la lucha teórica general, pero no podía llegar a ser un polo de orientación revolucionaria efectiva.

No hay que olvidar, tampoco, que junto a todas estas virtudes y defectos del trotskismo, para las masas en general, para los estudiantes inclinados a una ideología revolucionaria, para los obreros e intelectuales avanzados, el trotskismo aparejaba la desventaja del estigma que le adjudicaba universalmente la propaganda sistemática del período staliniano: la de ser un agente del enemigo de clase o, en el mejor de los casos, un grupo de aventureros. De esta circunstancia los grupos trotskistas derivaban una posición sectaria en el máximo extremo, y la defensa política de su héroe histórico parece haber conducido a muchos núcleos a una posición cuasi-religiosa frente a él.

Así, la izquierda tradicional peruana formada por el PCP y por los grupos trotskistas, en el momento mismo en que la claudicación aprista y la radicalización de las masas, hacía indispensable una nueva orientación revolucionaria, para recoger el contingente que salía del populismo tradi-

cional y el que emergía con los nuevos sectores, en ese preciso momento no tenía ninguna posibilidad de entender el proceso de reorientar su propia línea de trabajo y reemplazar con ventaja el gran vicio político que dejaba la claudicación aprista, impidiendo o disminuyendo las posibilidades de la cristalización de un nuevo y poderoso populismo, que remozaba los canales de la influencia política burguesa y pequeño-burguesa sobre las clases dominadas y sobre las masas en ascenso. Por el contrario, bajo el impacto de las nuevas circunstancias la izquierda tradicional entró en una situación de crisis y de inorganicidad.

La Formación de una Nueva Izquierda Revolucionaria Los Factores de su Reorientación

El gran vacío político que, desde el punto de vista de las posibilidades revolucionarias, dejaba la claudicación aprista y la debilidad e inadecuación de los pequeños y dispersos núcleos de la izquierda tradicional creó, sin embargo el marco propicio para el surgimiento de nuevas tendencias de reorganización y reagrupamiento de la izquierda peruana.

La idea corriente en ese momento y todavía ahora, entre los observadores de dentro y de fuera de la izquierda peruana, era que ésta *se había dividido*. Esta percepción era sólo una parte muy pequeña de la verdad. Puesto que fuera del Apra, no existió una organización de masas enfrentada realmente a la sociedad, capaz de desafiar por su cuenta la estructura de poder existente y acaudillar a las masas en la lucha abierta por el poder, puesto que la izquierda tradicional fue siempre pequeña e inadecuada y no llegó a ser realmente una izquierda revolucionaria efectiva, no es correcto decir que la izquierda revolucionaria del Perú se había dividido. Lo que en verdad ocurría, era que en este preciso momento comenzaba a formarse una izquierda revolucionaria peruana, y naturalmente, aparecía dispersa y fraccionada.

Desde este punto de vista, es más correcto decir que la izquierda revolucionaria peruana emergía como un movi-

miento social en formación. Y como en todo fenómeno de esta naturaleza, aparecía inicialmente difusa, dispersa en numerosos grupos, cenáculos de discusión, franco-tiradores. Todos moviéndose dentro de una amplia pero amorfa atmósfera ideológica, común en sus elementos básicos pero todavía no desarrollados hasta el punto de poseer una teoría integrada y coherente sobre su sociedad y la política revolucionaria más adecuada para ella. Al comenzar el período de Prado, la izquierda revolucionaria peruana era más bien un estado de conciencia, difuso e inorgánico que se manifestaba en la formación de grupos que buscaban tanteando una orientación definitiva.

Es importante insistir en este aspecto del problema que, bajo su apariencia banal, esconde la verdadera naturaleza del proceso de reorientación y reagrupación de la izquierda peruana. Esta no se había dividido, salvo en lo que hace a la izquierda tradicional. Aparecía dividida en su primera fase de formación y cristalización, lo que no es lo mismo. Mientras que para gentes miopes y desesperadas, la situación de fraccionamiento de la izquierda peruana era una verdadera catástrofe, en verdad era el camino históricamente normal y necesario para el desarrollo de una orientación y un reagrupamiento definitivo de la izquierda revolucionaria. A través de estas formas, avanzaba el proceso en vez de detenerse.

Detrás de la prédica acerca de la división de la izquierda, existía también por supuesto, un no oculto interés por impedir el debate nacional sobre la izquierda tradicional, por impedir la constitución de un movimiento revolucionario que encontrara en otros elementos y en otras fuentes las posibilidades de una orientación más efectiva, y por lograr que todos los nuevos sectores radicalizados que emergían del Apra o desconfiaban del nuevo populismo, así como los nuevos sectores entre la juventud que gravitaban hacia la revolución entraran sin reservas y sin crítica firme en las organizaciones de la izquierda tradicional del PCP.

A lo largo del período de Prado (1953-1962) se podía observar en la escena política peruana, un típico proceso de fluctuación entre la fluidez y la cristalización, entre numerosos grupos que se formaban y se desintegraban, en la

búsqueda de caminos claros y reorientación y reagrupación para la izquierda peruana. Algunos de ellos, llegaron en algunos momentos a cobrar cierto relieve ayudados por situaciones enteramente coyunturales y fundados en cierta homogeneidad social y política de sus miembros. Este fue, particularmente, el caso del llamado Movimiento, y más tarde Partido Social Progresista, agrupación de profesionales técnicos e intelectuales de prestigio, ligados por lazos de amistad y de parentesco en su mayor parte entre sus dirigentes, y que se reclamaban de una amorfa tendencia de "socialismo humanista". Terminaron, finalmente, en su generalidad en la colaboración con el gobierno belaundista. En el fondo, constituían el ala "socialista" del populismo belaundista.

Entre tanto, dos factores de extraordinaria importancia se incorporaron al cuadro histórico peruano de este momento. De un lado, un factor externo: la revolución cubana. De otro lado, un factor interno: el movimiento campesino peruano.

Ambos factores actuaron de manera paralela y convergente. La Revolución Cubana, prestaba dos elementos de gran significación: 1) la novedad del proceso histórico concreto a través del cual se producía, y que rompía con todos los esquemas de lucha de la izquierda tradicional latinoamericana, obligando a una revisión más aguda de la política de ésta. 2) el estímulo y el fortalecimiento de las tendencias que propugnaban una lucha abierta por el poder y la cristalización de una efectiva voluntad de poder como punto de partida de la política revolucionaria.

Hasta este momento, en Perú como en toda Latinoamérica, nadie en la izquierda revolucionaria parecía tomar seriamente la captura del poder, como finalidad concreta e inmediata de la lucha, ni enderezaba su conducta real en tales términos. La revolución cubana desplegó la imaginación de las masas con la esperanza de su poder revolucionario, y permitió la elaboración de una voluntad de poder en su liderazgo revolucionario.

De esta manera, el "castrismo" se constituyó para la izquierda revolucionaria peruana en el nuevo polo de orientación ideológica-política. Para todos los nuevos grupos

que emergían descontentos con los movimientos populistas, y que desconfiaban de la izquierda tradicional, la aparición del "castrismo" de la primera etapa, con su carácter inestructurado ideológicamente, facilitó la vía de su consecución como embrión del futuro movimiento revolucionario, al mismo tiempo que limitó su desarrollo y su adecuación a las circunstancias efectivas de la sociedad peruana, en la medida en que el énfasis de la nueva orientación se colocaba más que todo en su pragmatismo revolucionario, dificultando la elaboración y el uso de una estrategia revolucionaria autónoma, a partir de la experiencia castrista.

La actuación de este factor, acompaña al proceso de formación de una de las más importantes tendencias de la nueva izquierda revolucionaria peruana, como se verá enseguida.

El año 1957, en el Congreso Nacional del Apra, un grupo relativamente amplio de dirigentes de nivel medio, presentó una batalla decisiva contra el liderazgo oficial, tratando de conseguir la reorientación del partido sobre la base de los iniciales presupuestos. Se continuaba una antigua ilusión de las sucesivas "alas izquierdas" del Apra que soñaban con la vuelta del Apra a sus posiciones más radicales y fracasaban sucesivamente. El nuevo grupo fracasó también y fue expulsado en su integridad.

El grupo expulsado del Apra, decidió organizarse como una fracción aprista independiente, con la finalidad de continuar la lucha por la reorientación de su partido, y capitalizar el descontento de las bases para constituirse en el eje de reagrupación aprista. Para ello tomó el nombre de Apra Rebelde. Su más destacado líder era un abogado trujillano, sobrino cercano de Haya de la Torre, Luis de la Puente Uceda.

En sus comienzos, el Apra Rebelde fue en efecto eso. Sus cuadros dirigentes y su militancia no habían abandonado los presupuestos ideológicos y pragmáticos del Apra, y su formación política correspondía estrechamente a las limitaciones de la experiencia aprista. No obstante, las presiones derivadas de la polémica contra la vieja dirección aprista, de la maduración del proceso pre-revolucionario

objetivo, y más tarde la influencia de elementos marxistas que se le incorporaron en su calidad de antiguos dirigentes apristas, fueron conduciendo al Apra Rebelde hacia posiciones cada vez más radicales y más distantes del Apra inicial. Sin embargo, rechazado los reclamos de la izquierda tradicional para incorporarse a ella o definirse ideológicamente, de una manera más clara, el movimiento no elaboró ninguna plataforma ideológica definida y sistemática, se mantenía dentro de un pragmatismo revolucionario elemental, y todo ello lo preparaba para la adhesión al “castrismo” de la primera etapa.

Por esas mismas razones, también, el grupo no consiguió desarrollarse tan rápidamente como esperaban sus dirigentes. Los sectores de dirigentes y militantes que salían continuamente del Apra, o se incorporaban al populismo belaudista, o trataban de encontrar una línea ideológica más elaborada y definida que la del Apra o la del nuevo populismo. Como el Apra Rebelde se mantenía, precisamente, con una orientación político-ideológica imprecisa, tanto respecto de la naturaleza de la revolución que preconizaba, como respecto de un programa de acción inmediata política, no podía erigirse como un eje de orientación y de reagrupación de los sectores que buscaban una definición ideológica más consistente.

Así se mantuvo, hasta que el desarrollo de la revolución cubana generalizó una tendencia política “castrista” y legitimó, en cierta forma, a lo largo de toda su primera etapa, el pragmatismo revolucionario que eludía la adhesión a una ideología plenamente sistematizada.

Bajo su influencia y su contacto, el Apra Rebelde se transformó en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), a semejanza de su equivalente venezolano. Su desarrollo como MIR, lo convirtió como se verá más adelante, en uno de los núcleos principales de la izquierda castrista del Perú.

El Movimiento Campesino. La Obra de Hugo Blanco

También, el año 1967 se producía la primera manifestación de uno de los procesos sociales fundamentales de la

historia reciente del Perú, y que habría de convertirse, finalmente, en la primera etapa efectiva del proceso revolucionario actual: el movimiento campesino desencadenado por la obra de Hugo Blanco.

En la segunda mitad de 1957, se produjo la huelga de los colonos de la hacienda de Huadquiña, de los poderosos señores Romainville, en la provincia cuzqueña del valle de la Convención, donde el sistema de explotación de los trabajadores era tan brutal y despiadado como en el colonato romano del siglo IV. Este era un hecho inusitado en la historia de las luchas sociales campesinas peruanas, y era el resultado inicial de la labor de sindicalización campesina iniciada por Hugo Blanco en el Cuzco.

Blanco era un militante de una de las facciones trotskistas del Perú, formado políticamente en Argentina. De regreso al Perú decidió dedicarse, individualmente, a una labor de agitación y organización sindical del campesinado de los valles de la Convención y de Lares, en el Cuzco. El éxito de la huelga de Huadquiña, le permitió cobrar una influencia decisiva sobre el campesinado de la zona de estos valles, y en los años siguientes logró la sindicalización de la prácticamente totalidad de los trabajadores de las haciendas de la zona, y organizó con ellos la poderosa Confederación de Trabajadores Campesinos de la zona.

Tras la sindicalización, lanzó a los campesinos a la invasión de las tierras de las haciendas. Este era un fenómeno nuevo, en esta forma, en el país. Hasta entonces, esporádicamente se habían sucedido en diversas zonas, acciones de tomas de tierras por los campesinos, pero no como resultado de su organización sindical y de su politización.

Los sindicatos campesinos entraban a cumplir un papel nuevo, muy diferente de los sindicatos de campesinos de las haciendas industrializadas de la costa, que eran los únicos que tenían organización sindical, y para quienes la lucha consistía únicamente en presionar sobre sus patrones para obtener mejoras salariales o de condiciones de trabajo.

En términos reales, este era un proceso cuyos alcances revolucionarios colocaban a las masas campesinas en el primer escalafón de la lucha revolucionaria peruana. La apropiación de la tierra de las haciendas, destruía directamente

toda la estructura de las relaciones de propiedad y de trabajo existentes en el campo, tendía a la liquidación directa de la clase terrateniente de la sierra, y modificaba las relaciones de poder de las zonas afectadas. Era, pues, un proceso directo de reestructuración de la sociedad rural en el Perú. Por lo mismo, en tanto que esta estructura real en el campo estaba indisolublemente ligada a la estructura de poder a escala nacional, el desarrollo del movimiento campesino tendía a poner en cuestión la estructura de poder de toda la sociedad peruana.

Para la izquierda revolucionaria, el desarrollo de la sindicalización campesina y de las invasiones de tierras, significaba, por fin la ruptura del círculo vicioso de la desorientación.

Esta lucha trasladaba la acción del nivel polémico al plano de la acción efectiva, abría una vía concreta de conducta política revolucionaria, desplazaba al campo el centro de gravitación de las luchas sociales revolucionarias, tradicionalmente confinadas a las ciudades, y rompía con los esquemas tradicionales de lucha de la izquierda tradicional.

Blanco comenzó actuando por su cuenta, aisladamente, en medio de la desconfianza y de la hostilidad abierta de los núcleos comunistas que dominaban la escena política cuzqueña desde hacía varios años.

Pronto, sin embargo, en torno de la obra de Blanco se generó la inmensa expectativa nacional, el temor de los dominados, y se organizó un movimiento para respaldar, apoyar materialmente y difundir la obra de sindicalización y de invasiones de tierras.

La facción trotskista a la que Blanco pertenecía, se fundió en una misma organización con elementos provenientes de una de las escisiones del PCP, agrupados bajo el nombre de Partido Comunista Leninista, y de elementos independientes de izquierda, y se formó con todos ellos el Frente de Izquierda Revolucionaria (FIR), cuyo declarado propósito era apoyar y desarrollar la obra de Blanco y, sobre esa base, buscar la unificación de la nueva izquierda revolucionaria peruana.

Blanco y su grupo de dirigentes, controlaban la totalidad

de la poderosa Confederación Campesina de la Convención, y de ello derivaron un poder casi total sobre la población campesina de la zona, hasta erigirse casi como un Estado dentro del Estado Nacional. Este poder, y el prestigio de su obra, permitieron a Blanco romper la tradicional hegemonía del PCP en el Cuzco, y numerosos grupos de trabajadores urbanos, de intelectuales y estudiantes universitarios gravitó hacia su influencia. El FIR se convirtió rápidamente en la principal fuerza política entre el campesinado cuzqueño de esta zona.

Por otra parte, Blanco y el FIR convirtieron a la Convención en una vasta escuela de agitación y de sindicalización campesina. Hasta allí afluían sin cesar, delegaciones campesinas de toda la sierra del Sur, para informarse de lo que allí se hacía, eran entrenados para la labor desarrollada y la influencia del movimiento campesino de la Convención desencadenó inmediatamente un movimiento campesino cada vez más generalizado, que cobró volumen a nivel nacional entre 1961 y 1964, y que lentamente continúa desarrollándose en la actualidad.

Los efectos de la generalización del movimiento campesino, especialmente a partir de 1961, fueron decisivos para la izquierda peruana.

Al desarrollarse paralelamente con la revolución cubana, proporcionaba una vía de acción práctica a las tendencias de lucha abierta por el poder, fortalecidas y generadas a partir de la experiencia cubana.

La gran desorientación de la izquierda peruana tocaba a su fin, históricamente.

Es necesario despejar un equívoco generalizado acerca de la obra de Blanco y del FIR. Se sostiene que en La Convención se estaba organizando la lucha de guerrillas, y eso no parece totalmente exacto.

En esta etapa, la labor consistía básicamente en la organización sindical del campesinado, en su politización, y en el desarrollo de las invasiones de las tierras de las haciendas. La apropiación se hacía colectivamente, bajo la dirección y el control del sindicato y, en La Convención, Blanco y un reducido grupo de técnicos organizaban la

producción. No había, pues, un trabajo concreto de organización de guerrillas.

No obstante, todo el proceso conducía a ello y la finalidad estaba dentro de las perspectivas del FIR y de Blanco. Pero se la encaraba a largo plazo, como desarrollo orgánico del propio movimiento campesino.

Que la finalidad guerrillera no estaba ausente, se demostró por el asalto al Banco de Crédito de Lima, llevado a cabo por un grupo de militantes del FIR, entre los cuales actuaban militantes extranjeros de tendencia trotskista. La finalidad declarada del asalto, era reunir los recursos necesarios para la adquisición de material militar.

El asalto del Banco de Crédito, puso delante de la izquierda peruana la seriedad del problema de la lucha armada por el poder. Hasta ese momento, la experiencia cubana, movía ya la imaginación de algunos grupos de la izquierda peruana en esa dirección, sin que, a pesar de ello, se estuvieran encarando seriamente las tareas conducentes a esa posibilidad. A partir del asalto, a pesar de su rápido y sorprendente fracaso, la posibilidad y la necesidad de la lucha armada comenzó a cobrar un contenido concreto.

No hay, pues, lugar para la duda al señalar que la obra de Blanco y el desarrollo del movimiento campesino peruano, como el punto de partida de la nueva etapa revolucionaria actual, que superaba la desorientación y el amorfismo de la izquierda peruana, y que, al contrario de otros movimientos latinoamericanos como el de Venezuela, sobrepasaba el mimetismo inveterado de los revolucionarios de estos países y su manía de calcar simplemente, los esquemas de lucha proporcionados por las revoluciones anteriores.

Desde este punto de vista, el punto concreto de ruptura con la izquierda tradicional, para el proceso de reagrupamiento y reorientación de los revolucionarios peruanos, lo constituye el movimiento campesino iniciado por Blanco. La revolución cubana, contribuyó en el otro nivel de la cristalización de una voluntad efectiva de poder. Ambos factores, actuando de manera paralela y convergente, crea-

ron el marco histórico concreto a partir del cual se desarrolla la presente etapa.

Cuando se dice que la gran desorientación de la izquierda peruana entraba a su fin, no se supone que la izquierda peruana en su conjunto ingresara en la nueva etapa. Entonces, como hoy día, sigue siendo una minoría la que conduce y desarrolla el proceso de la lucha efectiva por el poder. Lo que se trata de subrayar, es el hecho de que, por fin, se hacía presente una vía concreta de trabajo y una finalidad definitiva.

En ese momento, salvo el FIR y los grupos de francotiradores que colaboraban con él, algunas de las facciones trotskistas no incorporadas al FIR, los sectores de la juventud comunista descontentos con la incoherencia y el colaboracionismo implícito en la línea del PCP, el MIR y otros pequeños núcleos poco significativos, el grueso de la izquierda organizada bajo el PCP continuaba participando en el juego electoral de la burguesía y del populismo.

Pero, por primera vez, se había roto la hegemonía política y la unidad del PCP como polo de orientación efectiva para las tendencias revolucionarias, y cada vez más los núcleos jóvenes de la izquierda se acercaban a la influencia de las nuevas tendencias.

La dirección del PCP miraba con sospecha y con franca hostilidad después, el movimiento de Blanco. La demostración oficial de esta conducta, se produjo en el Congreso Nacional del Frente de Liberación Nacional (FLN), por entonces organismo electoral de fachada del PCP, en cuya ocasión el máximo dirigente del comunismo en el Cuzco, el abogado Carlos Ferdinand Cuadros, en un violento discurso atacó a Blanco y su tendencia, de agentes del imperialismo y la policía, como en las típicas ocasiones del período staliniano.

Pero el PCP no pudo dejar de sufrir los efectos de la tendencia más vigorosa de la revolución peruana. Un buen sector de su militancia en el Cuzco se pasaba a la tendencia de Blanco, y en las ciudades principales, su juventud comenzaba a desacatar la dirección partidaria y a actuar inorgánica, pero independientemente. El proceso no ha hecho sino desarrollarse desde entonces.

La Definición de las Tendencias Guerrilleras

Mientras continuaba el desarrollo del movimiento campesino, y la figura de Hugo Blanco sobrepasaba el marco nacional, comenzó paralelamente a desarrollarse la tendencia a seguir el ejemplo cubano y venezolano poco después, iniciando la guerra de guerrillas en el Perú.

La preocupación del gobierno cubano, de encontrar en otros países los grupos capaces de extender su experiencia, determinó que el Apra Rebelde entrara en contacto con los revolucionarios cubanos. A raíz de ello se transformó en el MIR peruano, y se orientó bajo la inspiración cubana hacia la preparación de la lucha armada.

Sin embargo, el MIR no había logrado, hasta ese momento, desarrollarse como una dirección revolucionaria capaz de canalizar por su cuenta la agitación y la inquietud revolucionaria desencadenadas por la revolución cubana y el movimiento campesino. De otro lado, su falta de definición ideológica, junto con factores de tipo personal, contribuían a que el resto de la izquierda no percibiera al MIR como el canal idóneo de desarrollo de la revolución peruana.

A pesar de ello, algunas especiales circunstancias, en ningún modo casuales, determinaron que el MIR fuera el grupo escogido para recibir toda la ayuda y la orientación necesaria para la preparación de las guerrillas.

Desde el punto de vista del cuadro de la izquierda peruana en ese momento, y de las tendencias efectivas de desarrollo revolucionario que existían, lo normal habría sido el apoyo al movimiento de Blanco, de modo de permitir la consolidación del movimiento campesino, el enraizamiento definitivo de la dirección revolucionaria dentro de él, y los recursos necesarios para dotar a este movimiento de un aparato armado, como instrumento contra la inevitable represión primero, y como desarrollo guerrillero inevitable también a partir de ello.

Sin embargo, la condición trotskista de Blanco mismo y el carácter definitivamente socialista de su movimiento, y la probable desconfianza en la flexibilidad de los esquemas estratégicos y tácticos derivados de un sistema de ideas

altamente racionalizado, al margen y en frente de los cuales se había desarrollado la victoriosa guerrilla cubana y se había originado el "castrismo" como tendencia político-ideológica, fueron, al parecer, los factores más importantes de la ayuda al MIR y del abandono de Blanco.

Hecho curioso si se tiene en cuenta que una guerra de guerrillas no puede prosperar sino con un definido apoyo campesino organizado; y el grupo más enraizado en el campesinado y de mayor prestigio ante su movimiento era, precisamente, el FIR y Blanco su líder más respetado y obedecido. Por el contrario, el MIR no tenía en esa época ninguna participación efectiva en el desarrollo del movimiento campesino.

Con todo, lo cierto es que el MIR se dedicó en adelante a la preparación de la guerra de guerrillas, por encima de toda otra consideración, disponiendo de un aparato de ayuda bastante considerable.

En esa condición, se convertiría poco más tarde en el núcleo básico de las tendencias hacia la lucha armada; y lograría ejercer un papel decisivo en el desarrollo del movimiento revolucionario.

Paralelamente al MIR, grupos de jóvenes comunistas, algunos expulsados del partido, y otros actuando en forma más o menos independiente, decidieron entrar por su cuenta en la preparación de la lucha armada. Para ello, fueron a buscar la preparación adecuada fuera del país.

De ese modo, se desarrollaba en el país la tendencia a la lucha armada. Al acercarse el tramo final del período de Prado, las tendencias de la izquierda peruana aparecían más o menos claramente diseñadas, aunque no claramente definidas. De una parte, el PCP orientado según las líneas tradicionales de la acción política, viviendo una vida de relativa inorganicidad por las sucesivas escisiones internas, sin el control de su juventud militante, y ejerciendo una difusa y amplia influencia ideológica general sobre crecientes sectores de estudiantes. Su juventud oscilando entre sus simpatías por la lucha de Blanco y las tendencias a la lucha armada inmediata, y su incapacidad para sobrepasar las limitaciones de su formación política, mediatazada en la rutina burocrática de su partido. En el mismo

El MIR era la encarnación de la
con todas sus potencialidades y
aparecía como un intento de
ción, a partir de la experiencia
ideológico-política definida y
Curiosa, pero reveladoramente
sario para la formación de un
de masas, más consistente y
cuada combinación de los
las tendencias: la desatada
inmediato, la actitud ideológica
ta a la experiencia, el deslinde
los esquemas estratégicos
lógica de las teorías políticas,
cia que caracterizaba a la
edad analítica de las situaciones
arrollo sistemático de las ideas
ción de la experiencia a esquemas
sión a un ideal de sociedad
blecido, que caracterizaba a la
Después de las últimas
cias, ahora parece bastante
tico que da la voluntad de
tica que da la falta de una
suficientes para mantener y
volucionario en todas las
bilidad pragmática genuina,
un empuje seguro y de volun
puede realmente tener toda
ta guiada por un sistema de

nivel del PCP, aunque en una línea distinta, los más sectarizados grupos trotskistas, convertidos en capillas político-religiosas.

De otro lado, un movimiento nuevo de izquierda revolucionaria, que podría ser agrupado en dos tendencias básicas. En una, Hugo Blanco con el FIR y pequeños núcleos trotskistas no incorporados al FIR pero colaborando con éste. En la otra, el MIR y las fracciones de la juventud comunista actuando al margen de la organización partidaria.

El MIR era la encarnación del "castrismo" en el Perú, con todas sus potencialidades y sus limitaciones. El FIR aparecía como un intento de flexibilización y pragmatización, a partir de la experiencia cubana de una tendencia ideológico-política definida y sistematizada plenamente. Curiosa, pero reveladoramente, lo que hubiera sido necesario para la formación de un movimiento revolucionario de masas, más consistente y efectivo, habría sido la adecuada combinación de los méritos mayores de cada una de las tendencias: la desatada voluntad de lucha por el poder inmediato, la actitud ideológica y política flexible y abierta a la experiencia, el desdén por la rigidez y santidad de los esquemas estratégicos derivados de la formalización lógica de las teorías políticas, la vocación de la experiencia que caracterizaba a la tendencia "castrista"; la capacidad analítica de las situaciones histórico-sociales, el desarrollo sistemático de las ideas y la constante incorporación de la experiencia a esquemas racionalizados, la adhesión a un ideal de sociedad clara y coherentemente establecido, que caracterizaba a la tendencia derivada del FIR.

Después de las últimas experiencias de ambas tendencias, ahora parece bastante claro que el solo empuje práctico que da la voluntad de poder, la flexibilidad pragmática que da la falta de una ideología sistematizada, no son suficientes para mantener y desarrollar un movimiento revolucionario en todas las circunstancias, y que una flexibilidad pragmática genuina, que estuviera acompañada de un empuje seguro y de voluntad de poder definitivo, sólo puede realmente tener todos los frutos deseados, cuando va guiada por un sistema de ideas y de instrumentos de

análisis elaborados en el más alto nivel, a condición de que exista una conciencia muy clara de que todo esquema de ideas es necesariamente sólo eso: un esquema, es decir una guía preliminar para la acción, que no es un sustituto de la realidad y que, en consecuencia, debe ser rehecho y puesto en cuestión en cada momento. Que es, por lo tanto, indispensable el desarrollo ideológico y teórico, que es indispensable el desarrollo de instrumentos conceptuales de análisis incesante de la realidad en que se trabaja, y que la acción práctica es el instrumento de experimentación de la teoría y su fuente de nuevos conocimientos.

O el "castrismo" elemental que se desarrollaba en el Perú, tenía la posibilidad de desarrollarse hasta un nivel en el cual una ideología sistemática pudiera estar al servicio de la acción revolucionaria, flexible y creadora, o las tendencias ya dueñas de una ideología sistemática, alcanzaban la capacidad de poner en marcha una voluntad de poder inmediata, desacralizar los esquemas estratégicos y tácticos tradicionales, enfatizar el carácter creador de la acción revolucionaria. O se juntaban en una misma organización ambas tendencias paralelas.

Estas eran las alternativas lógicas que estaban planteadas en la situación, para el desarrollo de la izquierda revolucionaria. En el nivel histórico concreto, lo que tenía significación efectiva, era que las tendencias de formación de la izquierda revolucionaria peruana estaban ya cristalizando en formas definidas, y que la inicial dispersión y total atomización estaban terminando rápidamente.

Para el MIR, había que poner en marcha las guerrillas en el plano más breve, porque sólo de esa manera se lograría la unificación de las izquierdas alrededor de los focos guerrilleros, y sólo la acción misma podía tener significado. La lucha por la profundización de los movimientos sociales existentes, la politización aún mayor de sus niveles más avanzados, la lucha por la construcción de un aparato teórico provisorio de la revolución peruana, eran secundarios y, en última instancia, sólo podrían hacerse a partir de las guerrillas. Estas, pues, reemplazaban y cubrían al mismo tiempo la función del aparato político, y el trabajo de organización política, diferente del de la organización de las

guerrillas. La situación del país, sobre todo en el campo, estaba ya tan madura para el estallido de la revolución, que el apoyo campesino masivo era inevitable cuando surgieran los focos guerrilleros. De ello, la unificación de las varias tendencias revolucionarias en torno de estos focos, tendría que ser el resultado. El deseo de la revolución y el deseo del comando de la revolución, se reforzaban en este esquema.

De su lado, las tendencias desarrolladas en torno de la obra de H. Blanco y del FIR, sosteniendo la necesidad de la lucha armada y su inevitabilidad, sostenían también con igual énfasis que la lucha armada en forma de guerrillas sólo podía ser el resultado del desarrollo del movimiento campesino mismo, de manera que pudiera realmente arrastrar a estas masas en la lucha guerrillera. La tarea inmediata, en este esquema, era, pues, el fortalecimiento del movimiento campesino y la lucha por el control de su liderazgo y de sus organizaciones. En un segundo nivel, debía encararse la tarea de organización de las guerrillas.

Era claro, sin embargo, que si las guerrillas no surgían en conexión estrecha con el movimiento campesino, no podrían tener destino largo en el Perú, y que en consecuencia la necesidad de hacer trabajo político más profundo y sistemático, no podía ser contestada. Esta era la debilidad del MIR.

Pero, también, era claro que el movimiento campesino, en su forma emergida en el Perú, como reestructuración directa e inmediata de las relaciones de poder en el campo, no podía continuar desarrollándose más en la misma dirección, sin enfrentarse con la represión más violenta, y dadas las condiciones y las limitaciones del campesinado, no podía esperarse que el movimiento campesino continuara desarrollándose bajo la represión y la oferta de la reforma agraria, combinadas, en la misma dirección revolucionaria. Era, pues, evidente que la tarea de organización del aparato militar de defensa y desarrollo del movimiento campesino no podía ser pensado para una etapa posterior, sino inmediata. Esta era la debilidad del FIR.

No obstante, las tendencias estaban definidas en ese momento. Los caminos decididos, y la experiencia debía pro-

bar las limitaciones y los alcances de ambas posiciones. No era aún claro, ni coherente, ni ideal el panorama hasta aquí; sin embargo, la gran desorientación de los comienzos del período ya no existía. En verdad, pocos años habían pasado desde entonces.

El Golpe Militar y la Desintegración del FIR

El golpe militar que derrocó a Prado, poco después de las elecciones nacionales de 1962, tenía como finalidad principal la de impedir el ascenso aprista al poder. Pero el ejército peruano sabía, al mismo tiempo, que el movimiento campesino iniciado por Blanco debía ser inmediatamente reprimido, radicalmente.

Inmediatamente después del golpe de estado, el ejército invadió los valles de La Convención y de Lares, en el Cuzco, masacró salvajemente a centenares de campesinos, encarceló a más de un millar de sus dirigentes, y trató de desmembrar y descabezar totalmente la organización sindical levantada por Blanco.

Este quedó aislado, debilitado su aparato político por la represión, paralizados los núcleos urbanos por la prisión de sus dirigentes, y pronto fue prisionero, enfermo y sin recursos. Para extraerlo de su zona de influencia directa, fue trasladado a la cárcel de Arequipa y severamente aislado, y allí permanece hasta hoy sin juicio.

La ocupación militar de La Convención se prolongó durante un año, hasta las elecciones de junio de 1963 y la ascensión de Belaúnde al poder. Pero la presión militar y política no fue sino disminuida, en realidad, porque la capital provincial de Quillabamba continuó ocupada.

Todo ello ocurría al mismo tiempo que una gigantesca redada policial, alcanzaba a más de mil dirigentes de izquierda en el curso de pocos días, y los concentraba en la colonia penal de El Sepa, en las márgenes del río Sepahua, en plena selva central. La izquierda tradicional y la izquierda revolucionaria, fueron así, casi totalmente paralizadas, imposibilitando toda acción efectiva de sostén al movimiento campesino.

Preso Blanco y la inmensa mayoría de los dirigentes campesinos, masacrada gran cantidad del campesinado (en el puente de Chaullay solamente, doscientos campesinos fueron masacrados por un cuerpo de ejército), desarticuladas las organizaciones urbanas, el movimiento campesino se redujo temporalmente, y sus organizaciones fueron pasando a la influencia y al control de dirigentes más moderados, en su generalidad provenientes de la tendencia comunista tradicional, enraizada en la zona del Cuzco.

Como consecuencia de ello, el FIR entró en un período de crisis, y se dividió en dos tendencias. Quienes propugnaban la inmediata organización de la lucha de guerrillas, y quienes continuaban sosteniendo el carácter prematuro de ellas, argumentando que aparecían desligadas del movimiento efectivo del campesinado. Los primeros, correspondían en general a los elementos provenientes de las fracciones no-trotskyistas del FIR, en tanto que los segundos pertenecían a la fracción definitivamente trotskista, que obedecía principalmente a las direcciones de una organización situada fuera del país.

El resultado de esta discusión, que se prolongó durante un buen tiempo, fue la escisión del FIR y su posterior disolución en el año siguiente. Los elementos no-trotskyistas se separaron de la organización y fortalecieron su decisión de continuar en la línea de la organización de guerrillas, y se dedicaron, consecuentemente, al establecimiento de los vínculos y medios de preparación de sus finalidades.

La fracción trotskista, continuó con su trabajo dentro del campesinado, tratando de rehacer y fortalecer su control del movimiento.

En efecto, en ese momento el prestigio de Hugo Blanco y la influencia de su grupos entre los campesinos del Cuzco, eran todavía bastante sólidos. Poco después que la Junta Militar de Gobierno dejó el poder exactamente quince días después de la toma del poder por Belaúnde, la Confederación Campesina del Valle de La Convención, reaparecía de nuevo poderosa, y en una manifestación masiva en la ciudad de Quillabamba reclamaba la inmediata libertad de Hugo Blanco y los demás dirigentes campesinos presos.

Sin embargo, las disensiones internas en el FIR y su

disolución progresiva, fueron disminuyendo su control efectivo de las organizaciones campesinas del Cuzco, y en un breve plazo, la mayor parte de éstas había pasado a la influencia y al control de otras organizaciones rivales, principalmente de la juventud comunista.

El Fortalecimiento de las Tendencias Guerrilleras

Entre tanto, las tendencias guerrilleras cobraban cada día mayor importancia, porque atraían cada vez más las simpatías de la izquierda peruana, especialmente de su juventud.

En 1963, un oficial de la Guardia Republicana, Santiago Vallejos, junto con un reducido grupo de dirigentes estudiantiles y campesinos de la ciudad de Huancayo, dominaban el cuartel en el cual Vallejos estaba destacado en servicio, se apoderaban de las armas y declaraban su intención de iniciar la lucha de guerrillas en la sierra central, para lo cual se dirigieron hacia la puna de Junín donde tenían contactos con algunas comunidades indígenas. Fueron rápidamente alcanzados, y liquidados. Vallejos era un militante trotskista, de una de las facciones más influyentes.

El mismo año, los primeros contingentes de jóvenes comunistas que habían recibido entrenamiento guerrillero fuera del Perú, actuando en general por su propia cuenta, ya que la mayor parte de ellos habían sido expulsados del partido, regresaban por Bolivia, en contacto con las organizaciones de la juventud comunista que operaba al margen de la dirección de su partido. Un grupo de ellos ingresó al país clandestinamente, y trató de alcanzar su zona posible de operaciones.

Abandonados y sin contactos adecuados, fueron sorprendidos y masacrados por la policía y los terratenientes, en Puerto Maldonado.

Allí moría, atravesado por una bala dum-dum, el poeta joven de mayor talento de su generación: Javier Heraud. Los demás, heridos, fueron presos y tiempo más tarde obtuvieron su libertad condicional.

El resto del contingente guerrillero fue haciendo su in-

greso al país, lentamente, por diversas formas. Entraron en contacto con los grupos no-trotskyistas procedentes del FIR y con ellos dieron origen a una nueva organización destinada a la preparación de la lucha de guerrillas, bajo el nombre de Movimiento 15 de Mayo (M-15-M), en recuerdo de la fecha en que Heraud y sus compañeros perecieron en Puerto Maldonado.

De esta manera, mientras el MIR desplegaba una incesante actividad en la preparación de sus cuadros para las guerrillas, organizaba una red de núcleo de difusión y de apoyo en el exterior, y se perfilaba como el más efectivo grupo guerrillero, paralelamente la tendencia guerrillera crecía entre los otros grupos de la izquierda, y como resultado se formaba una organización nueva (M-15-M), dirigida a la misma finalidad, y se fortalecía y definía la tendencia guerrillera en la izquierda peruana revolucionaria, mientras los otros sectores de esta izquierda se desintegraban y entraban en crisis con la desaparición del FIR.

El Desarrollo y Generalización Nacional del Movimiento Campesino

En el mismo período, el movimiento de sindicalización y de invasión de las tierras de las haciendas, por parte de los campesinos, se generalizaba a todo el resto del país, y se elevaba hasta un nivel bastante avanzado de centralización y coordinación a escala nacional.

Sin embargo, otro era el signo que presidía este notable desarrollo. Mientras que el movimiento entre el campesinado del Cuzco y de otros lugares de la sierra del Sur (Ayacucho, particularmente), se inició y se desarrolló bajo la influencia y el control directo de la izquierda revolucionaria (FIR y otros grupos trotskistas y trotskizantes, y comunistas de tendencias radicales), el proceso de generalización de las invasiones de tierras a escala nacional fue, básicamente, la propia obra del campesinado, y la sindicalización, de escala menos reducida, estaba principalmente en las manos del PCP, opuesto a la lucha armada y a las invasiones de tierras por los campesinos.

Los efectos de la nueva tendencia, fueron notablemente claros en relación con el desarrollo del movimiento. Los procesos de invasiones de tierras se llevaron a cabo en este momento, en su gran mayoría por obra de la llamadas "comunidades indígenas", organizaciones campesinas de pequeños propietarios, en general, que mantenían formas de trabajo colectivo y algún sector de tierra de propiedad colectiva. En su larga mayoría, el apelativo de indígenas no correspondía a la cultura de esta población, que desde un tiempo atrás había entrado en el camino del aprendizaje de la cultura occidental.

La mayoría de estas "comunidades indígenas" que generalizaron las invasiones de tierras en casi la totalidad de los departamentos peruanos, no estaba bajo el control directo de ninguna organización política y su participación en el proceso, era una forma más agresiva y desarrollada de una tendencia anterior.

Los sindicatos campesinos, en cambio, se organizaban en su generalidad, por cuenta de las organizaciones políticas de la izquierda peruana, en esta etapa. La desintegración del FIR, la pequeñez y debilidad de los demás grupos de la izquierda no tradicional, el desinterés del MIR en el trabajo político en general, permitieron que a partir del año 1963, los sindicatos campesinos entraran bajo la hegemonía política del PCP, y en este carácter dirigieron su acción a presionar sobre el gobierno y sobre los terratenientes, pidiendo la pronta reforma agraria legal, mejoras de salarios y mejores condiciones de trabajo.

Es decir, se incorporaron al sistema. Por el contrario, bajo la dirección del FIR y de las otras organizaciones de la izquierda no tradicional, los sindicatos se organizaban para la lucha directa por la tierra, la apropiación inmediata de ella, la destrucción inmediata de la clase terrateniente y el rechazo de la reforma agraria organizada por cauces legales.

De este modo, al mismo tiempo que se extendía y se generalizaba el movimiento campesino, la influencia efectiva y el control directo de la izquierda revolucionaria sobre el movimiento se había debilitado considerablemente en unas zonas y era totalmente inexistente en otras.

El movimiento campesino se desarrollaba bajo la influencia, en general del PCP, izquierda tradicional en su conjunto, como un instrumento de presión sobre el gobierno, más que un instrumento de lucha revolucionaria abierta, y, en los casos de invasiones de tierras por las comunidades indígenas, sin influencia o control político inmediato, el acceso a un nuevo pedazo de tierra por la invasión, significaba el punto terminal de su interés en la lucha, mientras no viniera la represión policial.

Paradójicamente, pues, en el mismo período en que crecían las tendencias guerrilleras, en muy buena parte estimuladas por la expansión del movimiento campesino, el nivel político de este movimiento, y las posibilidades concretas de su adecuación a las necesidades de la futura expansión guerrillera, se estaban modificando y tomando una dirección distinta, escapándose del control directo de las organizaciones de izquierda interesadas, de una o de otra manera, en la lucha armada por el poder y el desarrollo de las organizaciones campesinas para esa finalidad.

De todas las tendencias de la nueva izquierda revolucionaria, el FIR era el único que más estrechamente había estado ligado al comienzo y a la primera etapa del desarrollo del movimiento campesino. Cuando el FIR se desintegró, no obstante ello las fracciones guerrilleras desprendidas de la escisión del FIR continuaban teniendo, en alguna medida, influencia y dirección del movimiento campesino en unas pocas zonas, particularmente en el Cuzco y en el Departamento de Ayacucho, y en menor escala, en las zonas de la sierra del Centro.

La Izquierda Peruana en la Víspera de la Lucha Armada

Mientras todos estos procesos ocurrían, en el seno de la izquierda peruana tanto entre los partidos y grupos con existencia organizada, como entre la masa dispersa de franco-tiradores y gentes de tendencias revolucionarias sin militancia definida, se desarrollaba una intensa discusión acerca de la lucha armada.

Desde este punto de vista, en el período inmediatamente

anterior al estallido de la lucha armada, la izquierda peruana podría ser agrupada en dos bandos bien caracterizados:

1) En un bando, la izquierda tradicional representada por el PCP, ya escindido en las dos organizaciones paralelas que surgen de la querrela chino-rusa, y por parte de las facciones trotskistas.

Los dos PCP, con énfasis distintos, pueden ser incluidos dentro de la misma corriente general. Se mantenía la posición tradicional de maniobrar dentro del sistema existente, tratando de desarrollar las contradicciones y conflictos posibles entre los varios grupos de interés en la clase dominante, y entre algunos de ellos y el imperialismo. Se insistía sin cesar, con un énfasis renovado por la presencia del populismo post-aprista, en la existencia de una "burguesía nacional progresista" o "burguesía nacionalista", como "clase" distinta —en el Perú— de la clase terrateniente, que potencialmente podía ser empujada, a la vez, contra el sector "oligárquico" y el imperialismo. Treinta años después que Mariátegui sostuviera la imposibilidad histórica de que, en el Perú, surgiera una clase burguesa con orientación nacionalista y con la capacidad económico-social suficiente para enfrentarse al imperialismo.

La lucha de ambos PCP cargaba el énfasis en el problema "nacional" más bien que en el problema de la lucha de clases, o, en su defecto, en los conflictos básicos de interés en la sociedad. Se concebía la "nación", como un posible todo homogéneo, capaz de ser enfrentado como tal al imperialismo. Aquí, ambos PCP iban por caminos algo diferentes. En tanto que, en ese momento, el P.C. rusófilo sostenía la necesidad de las maniobras tradicionales, el PC chinófilo predicaba la necesidad de una lucha más abierta, en términos posibles de una "lucha de liberación nacional", para cuyo objetivo era posible tratar de ganar la simpatía, el apoyo o, siquiera, la neutralidad de parte de la burguesía "nacionalista", y aunque sin ningún esclarecimiento concreto, indirectamente se respaldaban las luchas armadas de "liberación nacional".

Usufructuando el prestigio de la revolución cubana, como antes se usufructuaba el prestigio de las revoluciones sovié-

tica y china, en ningún momento, sin embargo, los PCP encararon como cosa concreta, la posibilidad de la lucha armada en el Perú, y sin pronunciarse abiertamente en su contra, desalentaban toda empresa en esa dirección.

No obstante, la juventud que obedecía a la influencia inmediata de estas organizaciones, crecientemente se orientaban en la vía de la lucha armada, como antes habían apoyado francamente la lucha de Blanco y de su grupo entre el campesinado. Por ello, tenía que derivar cada vez más hacia una acción independiente, de su dirección partidaria oficial.

Junto al PCP, la minoría ahora de los grupos trotskistas y de las gentes influidas por ellos, continuaba abogando por la continuación del esquema tradicional, la organización de una vanguardia, la educación del proletariado, etc., y encarando la lucha por el poder como un problema de un remoto futuro, y aislados y sectarizados hasta lo increíble, encapillados en el culto del héroe histórico más que en efectivas acciones de clase.

2) En la vertiente paralela, y, en cierto sentido opuesta, se encontraban todos los demás grupos de la izquierda revolucionaria, emergidos como consecuencia de la escisión aprista, del descontento dentro del nuevo populismo, en parte a raíz de las sucesivas expulsiones de dirigentes jóvenes de ambas organizaciones comunistas oficiales, el abandono de los rígidos esquemas estratégicos tradicionales por parte de la mayor parte de los trotskistas a partir de la experiencia de Blanco y de nuevos sectores no identificados con ninguna tendencia tradicional.

Esta vertiente aparecía claramente diferenciada en dos tendencias bastante definidas, entre las cuales se extendían variantes que fluctuaban entre una y otra tendencia básica: a) la tendencia "castrista", esto es, la que se apoyaba en la posición ideológica-política semejante al castrismo de la primera etapa de la revolución cubana, antes de la definición socialista. Esta tendencia se movía, en general, dentro de un marco ideológico no enteramente explícito, ni enteramente definido. Para ella, lo que realmente importaba era la acción misma revolucionaria, una suerte de pragmatismo revolucionario avalado por la experiencia cu-

bana inicial, y mantenía un cierto desdén, o una cierta des-
preocupación, por lo menos, por la necesidad de una más
coherente y sistemática elaboración ideológica, y por una
actividad política más amplia y más profunda que la pura
acción guerrillera.

Dentro de esta tendencia, el núcleo organizado más im-
portante era el MIR, no obstante la presencia en su seno de
elementos de formación marxista. Por consecuencia, la ac-
tividad de esta organización estaba íntegramente concen-
trada en la preparación de los futuros guerrilleros, en la
organización del aparato interno y en la organización de
núcleos de apoyo y de propaganda en el exterior. Minimi-
zaba la necesidad de la organización de un aparato político
distinto del aparato armado, y aunque esperaba el apoyo
resuelto del campesinado a la lucha armada, no tenía una
participación importante en el desarrollo del movimiento
campesino.

Cerca de esta posición, aunque con un énfasis mayor en
la necesidad de la acción política distinta de la acción ar-
mada como tal, en la necesidad de contar con un aparato
político urbano-rural, y en la necesidad de influir y parti-
cipar en el movimiento campesino, estaba el M-15-M, inte-
grado por elementos provenientes de la juventud del PCP,
y por elementos formados y desarrollados en el disuelto
FIR, procedentes del PCP, del trotskismo o de la extrac-
ción independiente. En su seno había un debate más in-
tenso acerca de la elaboración político ideológica, de las
relaciones entre el movimiento campesino y las guerrillas,
entre la lucha urbana y la lucha en el campo, y aunque
apoyado en la experiencia cubana y enfatizando el prag-
matismo revolucionario, estaba definido como socialista y
preconizaba el carácter revolucionario de la lucha armada,
aunque no diferenciándolo estrictamente de las guerras "de
liberación nacional".

De su lado, como resultado de la desorientación produ-
cida entre la juventud comunista por la escisión chino-
rusa, y de sus simpatías por las formas violentas de lucha
revolucionaria, un buen sector de la juventud comunista
tendía crecientemente a alcanzar la formación de una or-
ganización independiente de los PC tradicionales, y parti-

...ción por su cuer...
...lucha armada...
...no había memo...
...de su condición...
...difuso. Pero ella...
...ización organizat...
...organización por...
...Armadas de Liber...
...rece, se preparan...
...actual.
b) En el otro...
...se encontraban b...
...bían tenido parti...
...movimiento camp...
...al liderazgo de H...
...mente; pero el p...
...Para ambos g...
...inevitable. Pero...
...gran coherencia...
...dirigía al desar...
...la necesidad de...
...ideológico, acer...
...acerca de la na...
...la necesidad de...
...ticas del "castr...
...sidad de un de...
...pesino, en la r...
...como desarroll...
...rillas no estuv...
...de las masas, y...
...las guerrillas e...
...pos dirigidos...
...sistencia, una...
...inmediato tra...
...No mucho...
...mienzos del...
...provenían de...
...MIR, FIR),

cipar por su cuenta en la organización y el desarrollo de la lucha armada. Sin dirección clara, sin organización solvente, en ese momento esta tendencia de la juventud comunista no había sobrepasado todavía el nivel de la actitud, de su condición de un estado de conciencia inacabado y difuso. Pero ella le conducía irreversiblemente a la cristalización organizativa, como sucedió poco después, con la organización por cuenta de estos núcleos de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) que, según parece, se preparan para intervenir en la lucha de guerrillas actual.

b) En el otro extremo de la izquierda revolucionaria se encontraban básicamente los núcleos trotskistas, que habían tenido participación importante en el desarrollo del movimiento campesino. Los dos grupos básicos respondían al liderazgo de Hugo Blanco y de Ismael Frías, respectivamente; pero el primero era más numeroso e importante.

Para ambos grupos, la lucha armada era necesaria e inevitable. Pero, enmarcados en un sistema ideológico de gran coherencia y nivel de abstracción, su mayor énfasis se dirigía al desarrollo de la acción política urbana y rural, la necesidad de una clarificación completa en el terreno ideológico, acerca de la sociedad esperada como meta ideal, acerca de la naturaleza de clase de la revolución, acerca de la necesidad de sobrepasar las limitaciones ideológico-políticas del "castrismo"; de otro lado, se reclamaba la necesidad de un desarrollo más avanzado del movimiento campesino, en la necesidad de que la lucha armada adviniera como desarrollo orgánico a partir de él, para que las guerrillas no estuvieran aisladas del nivel de desarrollo político de las masas, y en consecuencia se esperaba el comienzo de las guerrillas en una etapa posterior. No obstante, los grupos dirigidos por Frías, parecían mostrar, sin mucha consistencia, una mayor permeabilidad a la necesidad de un inmediato trabajo guerrillero.

No mucho antes de la iniciación de las guerrillas, a comienzos del año 1965, algunos núcleos de dirigentes que provenían de diversas tiendas políticas (Apra, A. P., PCP, MIR, FIR), pero de formación trotskista en su totalidad,

decidieron agruparse en una organización nueva, bajo el nombre de Vanguardia Revolucionaria (VR). La declaración final de este grupo, era revisar críticamente, la experiencia total del proceso político peruano de los últimos años, y la experiencia de la lucha latinoamericana en general, para poder precisar las bases del equipo teórico y programático necesario para la nueva etapa de estas luchas. Descontados, al mismo tiempo con la tendencia castrista, que ponía todo el énfasis en los "focos" guerrilleros desdeñando el trabajo urbano-rural, como con las tendencias de los demás grupos que ponían todo su énfasis en el trabajo político y postergaban el trabajo de preparación inmediata de la lucha armada, propugnaban la necesidad de una previa clarificación de ambos problemas.

Este era, aproximadamente, el cuadro de conjunto de la izquierda peruana, en el período inmediato anterior a la iniciación de la lucha armada por el MIR.

Las Tendencias en la Concepción de la Lucha Armada

De hecho, disuelto el FIR y en estado de crisis las organizaciones trotskistas que participaban en el movimiento campesino y postulaban la posibilidad de la lucha armada, las dos tendencias más concretas y encaminadas definitivamente hacia la preparación de las guerrillas, eran el MIR de un lado, y el M-15-M que, poco después, adoptaría el nombre de Ejército de Liberación Nacional —ELN—.

Puesto que las guerrillas tendrían que operar en el campo, y requerirían el apoyo del movimiento campesino o de los campesinos simplemente, teóricamente eran los grupos en contacto con el campesinado, más politizado y organizado, quienes estaban mejor colocados para desarrollar la lucha guerrillera. De ambos grupos guerrilleros de ese momento, el ELN era el que disponía de mayor influencia en el campesinado, como consecuencia de la incorporación al grupo, de dirigentes que procedían del FIR. El MIR no había tomado parte activa en el desarrollo del movimiento campesino, y sus contactos básicos estaban en la sierra del norte del país, donde no había surgido realmente un movi-

miento campesino, con las características revolucionarias del campesinado del sur y del centro.

Sin embargo, el MIR disponía de un apoyo exterior más consistente, y teniendo un tiempo de preparación más largo, y mayores recursos, de hecho era el MIR quien estaba mejor preparado para iniciar y desarrollar las guerrillas.

Ninguno de los grupos, sin embargo, salvo la decisión irrevocable de la lucha armada al más breve plazo, habían desarrollado un aparato político firme, ni una concepción explícita y coherente del tipo de lucha y de organizaciones de lucha que podrían ser adecuadas para las circunstancias específicas del campo peruano, ni de las relaciones entre el movimiento campesino y de las guerrillas. El guerrillerismo como única tarea, el trabajo político como secundario, y el trabajo ideológico como superfluo y estéril, la confianza en un pragmatismo revolucionario, y una proclividad y apoyarse básicamente en la experiencia cubana de la lucha por el poder, caracterizaban, en general, a ambos grupos. No obstante, parece que el ELN tenía una mayor conciencia de estos problemas, y en su seno se desarrollaba una política y un trabajo de elaboración teórica más consistente.

¿De dónde salía esta concepción de la lucha revolucionaria por el poder, únicamente como lucha guerrillera, sin trabajo político más amplio, sin aparato político urbano-rural, sin teorización de las circunstancias sociales y culturales para las cuales se buscaba el instrumento armado?

La respuesta no es difícil. De la misma manera como a lo largo de cuarenta años, los revolucionarios latinoamericanos de todas las tendencias habían intentado vanamente seguir literalmente los esquemas estratégicos y tácticos de la revolución soviética, para realidades histórico sociales largamente diferentes, en esta etapa existe una tendencia igualmente generalizada y pronunciada a continuar utilizando, del mismo modo mimético, imitativo y mecánico, la experiencia cubana. No hay razón para no decir que, entre varios otros, uno de los más importantes factores que influyen en este campo, es el enfeudamiento ideológico político de los revolucionarios de todos los países, a la direc-

ción y el control efectivo de los centros internacionales de ayuda y de poder político revolucionario.

Lo notable del problema, es que en el caso peruano, esta concepción de la lucha armada y de sus formas más adecuadas, tomaba como modelo y no como punto de partida la experiencia cubana, en el mismo momento en que se desarrollaba ante sus ojos la extraordinaria experiencia de Blanco y del movimiento campesino, y sobre cuyo desarrollo las expectativas de un rápido auge guerrillero se habían generado.

Las rivalidades de grupo por la dirección y el control del proceso revolucionario, ostensibles en el desarrollo de las diferentes tendencias, de este período, y las repercusiones de la polémica, influyeron también. Los grupos que propugnaban la iniciación inmediata de las guerrillas, extremaron su posición, porque los grupos trotskistas y trotskizantes del FIR, no fueron capaces de encontrar un contenido histórico concreto, en las circunstancias peruanas de este período, para la idea, correcta en general, de que la lucha de guerrillas en el Perú, debía ser parte del desarrollo de la lucha campesina y de las luchas de masas, más bien que una injertación por encima. Pero, miopemente, prisioneros de esquemas lógicos aprioristas, concibieron el movimiento campesino y el movimiento guerrillero, como una secuencia en el tiempo y no como una necesaria combinación inmediata de ambas tareas, al mismo tiempo, aun para salvaguardar la dirección revolucionaria del desarrollo del propio movimiento campesino, que las propias circunstancias concretas hacían evidente como necesidad urgente.

Contradictoriamente, así, quienes estaban enraizados en el movimiento campesino y controlaban una buena parte de su desarrollo y postergaban las guerrillas, y quienes tenían un limitado, y algunos ninguno, control y contactos en el movimiento de masas en el campo, preparaban las guerrillas y, en la polémica, desdeñaban la necesidad de obtener su enraizamiento en el campesinado.

No obstante, es claro que en el período concreto en que estaban preparando las guerrillas y se estaba teorizando en el problema, si bien el punto general de partida no podía dejar de ser, la experiencia cubana, el punto concreto de

partida para
dejar de ser
puestas. el
periencia de
neolana de
La invasi
Lares y la
hechos inter
1) La f
notable niv
grupos de
país las inv
pesinos del
elementalm
blema con
lítico nacio
2) Las li
y su gente.
lítico, de c
litización p
vimiento,
que enfren
militar, in
nerlo y de
hacia otras
ese mismo
litar de de
que el de
La falta
al Banco
respuesta
Sin emba
MIR ya a
prisión de
prematura
estaba aún
En el m
prisión de
cesidad de
pesino est

partida para el debate y para la acción efectiva, no podía dejar de ser, para cualquiera de ambas tendencias contrapuestas, el estado real del movimiento campesino y la experiencia de Blanco, sobre todo frente a la experiencia venezolana de la primera etapa.

La invasión militar a los valles de La Convención y de Lares y la captura de Blanco, pusieron en evidencia dos hechos interesantes:

1) La fuerza de las organizaciones campesinas y el notable nivel de su desarrollo político. Al contrario de los grupos de campesinos que generalizaron en el resto del país las invasiones de tierras y la sindicalización, los campesinos del Cuzco no se limitaban a la lucha por la tierra, elementalmente, sino que habían aprendido a ligar este problema con el problema mayor de la lucha por el poder político nacional.

2) Las limitaciones y la insuficiencia de la obra de Blanco y su gente. Sobre la base de tan alto grado de control político, de combatividad de las masas campesinas, de la politización pronunciada, y de la fuerza organizativa del movimiento, un movimiento campesino revolucionario tenía que enfrentarse inmediatamente a la más brutal represión militar, inevitablemente a corto plazo. Para poder mantenerlo y desarrollarlo, y generalizarlo en la misma forma hacia otras zonas del país, era pues indispensable dotar desde ese mismo momento, a este movimiento, de un aparato militar de defensa contra la represión, que no podía ser otro que el de las guerrillas.

La falta de recursos, el fracaso de los resultados del asalto al Banco de Crédito, podrían ser una explicación o una respuesta a porqué las guerrillas no fueron organizadas. Sin embargo, el hecho es que mucho después, cuando el MIR ya anunciaba la iniciación de las guerrillas, desde la prisión de Arequipa Blanco se pronunciaba por la condición prematura de las guerrillas, alegando que el movimiento no estaba aún maduro para eso.

En el momento en que en el seno del FIR, después de la prisión de Blanco, se desarrollaba la polémica sobre la necesidad de la lucha armada inmediata, el movimiento campesino estaba todavía en su parte más sustantiva, en manos

del FIR y de la izquierda revolucionaria, el prestigio de Blanco entre el campesinado estaba intacto, y la tendencia política del movimiento era la dominante. Era, claramente, el tiempo para la lucha armada.

Se atribuye a un jefe militar que condujo la represión militar contra el núcleo guerrillero dirigido por De la Puente en Mesa Pelada, cerca de la Convención, haber declarado que al marchar sobre este frente tenían la creencia de que estas guerrillas eran la forma armada del movimiento de Blanco y que, de ser así, habría sido prácticamente imposible destruir el movimiento guerrillero porque era la misma población campesina como tal, la que estaba en armas. No era así, sin embargo, el movimiento campesino y sus organizaciones sindicales, en este momento estaban en manos del PCP, las invasiones de tierras habían cesado en el área bajo la represión y la distribución de tierras hecha por el Instituto de Reforma Agraria, y la población campesina no estaba participando en las guerrillas organizadamente.

En el resto del país, el movimiento campesino había pasado igualmente al control del PCP, y los sindicatos campesinos funcionaban como organismos de presión para acelerar la reforma agraria legal y para empujarla algo más lejos que lo que la ley determinaba, mientras las comunidades campesinas que invadían las tierras no tenían ningún interés político mayor y se contentaban con la adquisición de la tierra, como es natural.

De esta extraña manera, lejos de aprovechar y racionalizar la experiencia de Blanco y partir de ella, las tendencias guerrilleras en el Perú partían únicamente de la experiencia cubana y sólo como referencia se apoyaban en el movimiento campesino.

Quienes, en algún sentido, rescataban esta experiencia y partían de ella al preconizar la inmediata iniciación de la lucha, en conexión estrecha con las organizaciones campesinas politizadas, no fueron escuchados en la polémica, aunque algunos de ellos incorporados al ELN, han continuado empujando en la misma dirección. Los resultados efectivos han sido después congruentes con ello.

El Desarrollo de la Lucha Armada. Etapas y Características.

Se puede periodificar el desarrollo del movimiento guerrillero peruano, en tres etapas principales: 1) La etapa de la acción aislada del MIR; 2) la etapa de acción paralela del MIR y del ELN; y 3) la etapa de coordinación MIR-ELN.

En la primera etapa, el MIR estableció inicialmente un frente guerrillero en Mesa Pelada, bajo el comando de Luis de la Puente Uceda, jefe del MIR. Simultáneamente, lanzaba un manifiesto proclamándose como el único canal organizado, idóneo, para acaudillar al pueblo peruano a la conquista del poder político, reclamando la adhesión de todos los demás grupos bajo la dirección del MIR, mantenía una definición imprecisa de la naturaleza de la revolución que se proponía llevar a cabo. Ninguna acción de armas siguió a este hecho.

Las acciones efectivas comenzaron con el establecimiento de un segundo frente en Púcuta, en la sierra del centro del país, bajo el comando de Guillermo Lobatón Milla. Un pelotón de policía fue emboscado y aniquilado al establecerse este frente. Lobatón lanzó un nuevo manifiesto, llamando a plegarse a la lucha, sin mayores precisiones acerca del programa de la revolución.

Más adelante, cuando la lucha ya era intensa en ambos frentes miristas, el MIR lanzó un nuevo manifiesto anunciando la formación de dos frentes más en la sierra del norte del país, bajo la dirección de Gonzalo Fernández Gasco y Helio Portocarrero. El nuevo manifiesto contenía un cambio importante en la tendencia mirista. Se presuntaba como una de las varias direcciones revolucionarias que existían, reclamaba la colaboración de todas ellas en igualdad de condiciones, para desarrollar el proceso y enfatizaba en alguna forma el carácter socialista de la revolución.

El proceso de la lucha guerrillera reveló bien pronto los alcances y las debilidades de la lucha armada, en que se fundaban las acciones del MIR.

En primer término, la carencia de un aparato político urbano propio, distinto del aparato militar y para militar,

hacía que la propia labor de difusión de las informaciones del MIR, tuviera que canalizarse a través de los órganos de otras organizaciones simpatizantes, particularmente del grupo trotskista encabezado por Ismael Frías, y de Vanguardia Revolucionaria.

De este modo, la acción de apoyo urbano a las guerrillas, el mantenimiento de las conexiones con los otros grupos, el mantenimiento de las comunicaciones y del abastecimiento, sólo podía llevarse a cabo de manera irregular, en la medida en que las otras organizaciones simpatizaran con el MIR, y estuvieran dispuestas a la colaboración. A pesar de que en las ciudades se desarrolló una rápida corriente de simpatía y de adhesión a la conducta del MIR, la inexistencia de un aparato político organizado del MIR en las ciudades, no permitió la canalización de esta corriente de simpatía efectiva en acciones organizadas.

Las dificultades en el frente de lucha, aumentaron rápidamente, y pusieron de manifiesto dos problemas básicos: 1) una incorrecta evaluación del MIR sobre la capacidad represiva del Estado y del Ejército peruanos. 2) Una incorrecta evaluación de las posibilidades inmediatas y organizadas de apoyo campesino masivo.

En cuanto a lo primero, consecuente con su concepción de que los focos guerrilleros debían servir como eficaces sustitutos de organizaciones políticas y de otras formas de sección políticas, el MIR decidió el establecimiento de sus frentes guerrilleros, en forma de focos estables, como campamentos de guerrillas, sedes básicas de operaciones de guerrillas en una zona determinada, provistas de depósitos de abastecimientos. Estas bases estables de operaciones fueron seleccionadas, atendiendo a las características topográficas que permitían una defensa más efectiva contra el ejército y la aviación, y a su ubicación en zonas de mayor desarrollo del movimiento campesino.

En tanto que estas bases estables de operaciones para una zona, no suponían la existencia de zonas controladas política y socialmente por el MIR, su existencia se prestaba a facilitar la capacidad represiva del ejército. Este, equipado y entrenado para la lucha anti-guerrillas, disponiendo de personal habituado a la vida de altura, y a las condicio-

nes climáticas tipográficas de la sierra peruana, podía concentrar todo su poder de fuego y de represión sobre cada una de estas zonas.

Fue eso, exactamente, lo que ocurrió. El ejército comenzó por extender un amplio cerco sobre las zonas donde estaban establecidos los campamentos guerrilleros, por añadidura físicamente aisladas de las poblaciones campesinas más densas, como el caso típico de Mesa Pelada. Y, luego, fue estrechando progresivamente estos cercos, utilizando los medios más brutales y efectivos de represión.

Las bases de operaciones guerrilleras estaban establecidas en lugares, donde las condiciones atmosféricas debían dificultar la acción de la aviación. Y, sin duda, si ésta se hubiera limitado a bombardear los lugares estrictos donde las bases de los guerrilleros estaban establecidas, su acción hubiera resultado extremadamente difícil e ineficaz.

Sin embargo, el ejército peruano comenzó por donde termina ahora la acción en Vietnam del Sur, es decir, por la experiencia más avanzada de la lucha antiguerrillera. Comparativamente, la respuesta del gobierno peruano a la acción de las guerrillas ha sido con mucho la más violenta y brutal, en relación a la actitud de los gobiernos de los otros países latinoamericanos afectados por la acción guerrillera. Este es el mismo gobierno al cual los PCP y otros grupos de izquierda apoyaron y proclamaron como expresión de la voluntad de independencia nacional del pueblo peruano.

La acción del Ejército se caracteriza por la utilización de todas las más brutales y salvajes formas de lucha yanquis contra el Vietcong: bombardeos masivos interdiarios con bombas napalm, no solamente sobre los lugares donde están las bases de operaciones o los depósitos de abastecimientos guerrilleros, sino toda la zona geográfica circundante; por este medio, la masacre de amplias capas de la población campesina, sospechada de simpatías con las guerrillas; la prisión masiva e indiscriminada de campesinos y otros pobladores, sospechados de colaboración o simpatías con los guerrilleros; la evacuación en masa de las poblaciones campesinas cercanas a las zonas de operación guerrilleras y su concentración de campos especiales; fusilamiento

inmediato de todo guerrillero preso o herido, y de todo sujeto sospechoso de colaboración efectiva.

Esta forma de represión que involucra un genocidio masivo, no es una invención ni una iniciativa de los militares reaccionarios del Perú. Se sabe entre los peruanos, que entre abril-mayo de 1965, estuvo en Lima una misión militar yanqui, del comando estratégico del Caribe, especializada en lucha antiguerrillera y, bajo su dirección, se diseñaron las medidas de represión antiguerrillera en el Perú.

Además, se ha ampliado la Misión Militar americana en Lima y se han establecido subsedes en las demás ciudades importantes del país, cercanas a las zonas de lucha, para dirigir la represión, al margen del aumento espectacular de la ayuda militar.

A través de estos medios, el Ejército bien pronto tuvo éxito en aislar primero, cercar y concentrar después todo su poder sobre las bases estables del MIR. El frente dirigido por De la Puente fue primero totalmente destruido, y más tarde el frente de Lobatón, fue diezmado y dispersado. El MIR y el Ejército han confirmado la muerte de De la Puente y sus heroicos compañeros. La muerte de Lobatón ha sido anunciada repetidamente en los periódicos, pero ni el MIR ni el Ejército han reconocido formalmente la noticia. Lo que es efectivo, en cambio, es la dispersión y reducción de los efectivos del frente de Lobatón y la pérdida de sus recursos materiales.

En cuanto al segundo problema el MIR contaba con que, iniciadas las acciones, dado el desarrollo y la generalización del movimiento campesino, y la situación desesperada de las poblaciones campesinas, se produciría rápidamente una adhesión masiva del campesinado y el fortalecimiento de los frentes guerrilleros, mientras que la participación amplia de las poblaciones campesinas, impediría que el Ejército pudiera llegar hasta las zonas de sus bases guerrilleras.

La experiencia no ratificó esta concepción. Es indudable que, anunciando el establecimiento de los frentes e iniciadas tan resueltamente las acciones, un considerable sector del campesinado la recibió con simpatías y con esperanzas y en varios casos se produjo la adhesión militante de algunos

grupos y la colaboración en otras formas. Aun los periódicos de la reacción tuvieron que admitirlo.

Parece también, que bajo la brutalidad y la intensidad de la represión, la suerte de los frentes miristas se habría decidido más rápidamente, aún de no contar con algún nivel de apoyo campesino. Se sabe que así fue, por los relatos de los periodistas que fueron a cubrir la información, controlados por el Ejército, y por informaciones de miembros del Ejército.

No obstante, el volumen y la efectividad de la colaboración campesina, quedó muy por debajo de las expectativas del MIR y de otras gentes. Una cosa es la simpatía difusa de las poblaciones, la colaboración dispersa, aunque efectiva de algunos pocos sectores, y una otra muy distinta, la colaboración organizada y sistematizada, la fusión de las guerrillas con la población campesina misma. La frase atribuida a uno de los jefes militares que participó en la represión contra Mesa Pelada, mencionada ya en páginas anteriores, es una buena muestra de la situación.

La participación campesina masiva y organizada, en lugar de una colaboración precaria e inorgánica, sólo podía haber sido el resultado del control organizado de los principales núcleos organizados del movimiento campesino por los dirigentes del MIR, en sus zonas de operaciones o, por lo menos, de una influencia relativamente extendida y enraizada entre el campesinado, en forma efectiva.

Era eso, justamente, lo que el MIR no podía tener al comenzar las guerrillas por el hecho de no haber participado de manera importante en el movimiento campesino de las zonas donde estableció sus bases de operaciones, consecuente con su concepción de la guerrilla, como eficaz sustituto de toda otra acción política. Pero, mucho más todavía, para cuando estalló la lucha guerrillera, ya el movimiento campesino de estas zonas no estaba siquiera bajo el control de la izquierda revolucionaria, sino de los PCP opuestos en la práctica a la lucha armada inmediata. El movimiento campesino no podía responder en la medida necesaria, ni en las formas adecuadas a la acción del MIR.

El MIR tenía influencia y contacto entre el campesinado de la sierra norte del Perú y se esperaba que allí desenca-

denaría la lucha inicial. Sin embargo, los frentes activos fueron establecidos en las zonas de influencias de otras tendencias opuestas, y los frentes de la sierra del norte no entraron en acción hasta este momento.

Estos factores, sumados al terrorismo desatado por el Ejército y sus agentes, la evacuación masiva de las poblaciones simpatizantes, la masacre masiva, y la prisión indiscriminada, permitieron la rápida entrada de las tropas regulares en las zonas de guerrilla y, la destrucción de sus principales frentes, en un lapso relativamente breve.

La Segunda Etapa

Esta etapa comienza con la entrada en acción del frente guerrillero Javier Heraud, del Ejército de Liberación Nacional, bajo el comando de Héctor Bejar Rivera, ex dirigente del PCP expulsado del partido acusado de influencia trotskista.

En el momento en que este frente se hace público, el frente del MIR en el Cuzco ha sido destruido, y el heroico grupo de De la Puente, muerto en combate. El frente de Púcuta se bate en retirada, fuera de su base de operaciones y sus efectivos se reducen y se dispersan.

A diferencia del MIR el Ejército de Liberación Nacional —antes Movimiento 15 de Mayo— venía haciendo trabajo político entre el campesinado de la zona en que actúa, desde algún tiempo antes. Como resultado de la presión ejercida por los núcleos salidos del FIR para incorporarse en el M-15-M, en el sentido de hacer un mayor trabajo político entre el campesinado antes de salir a la acción armada, después de un período de polémica interna, el Movimiento había postergado la iniciación de las acciones de guerrillas.

En tanto que los dirigentes salidos del FIR cuentan con amplia experiencia en la lucha campesina, y tienen influencia y prestigio dentro del campesinado de esta región, el nuevo grupo guerrillero parece contar en el punto de partida, con un mayor arraigo entre la población campesina.

Esto es, con la aparición del frente Javier Heraud, parece volverse a la perspectiva de desarrollar y aprovechar

la experiencia política del FIR y del movimiento campesino. Un elemento nuevo entra a formar parte de la situación, y la fusión en cierta medida, entre las guerrillas y la población campesina, parece ser una posibilidad efectiva.

Por otra parte, este nuevo frente parece estar muy consciente de las experiencias acumuladas en la lucha guerrillera de la primera etapa, cumplida por el MIR, y de los factores más importantes de los contratos guerrilleros. Abandona su concepción inicial de un "foco" guerrillero, como base estable de operaciones no solamente oculta en sus informaciones la zona exacta en donde opera, sino que, mucho más importante, no parece tener bases estables de operaciones y adopta la constante movilidad como medio de actividad y existencia.

Como se comprende con facilidad, esta situación de movilidad incesante, sin bases prefijadas de actividad, sólo podría ser mantenida duraderamente, si se puede conseguir un apoyo campesino efectivo, no solamente como cuidado del secreto de los lugares por donde andan los grupos guerrilleros sino, especialmente, como participación efectiva en aprovisionamiento, en la sistematización de un mecanismo de información y de difusión, y en la participación militante en la lucha.

Para que todo ello pudiera ser logrado, se requiere de un previo trabajo de politización de las poblaciones campesinas, el control de las organizaciones campesinas o de un sector de ellas, y de una influencia extendida entre el resto de la población.

Como no se puede esperar que un campesinado como el peruano de la sierra del sur, en donde actúan estas guerrillas del ELN, indígena en su mayor parte, bajo el terrorismo militar y policíaco sin tregua, y las concesiones reformistas del gobierno sobre la tierra, pueda mantener esta colaboración interesada con las guerrillas, por finalidades estrictamente políticas revolucionarias, sólo la fusión de la lucha armada de los guerrilleros con la lucha por la tierra por los campesinos, puede realmente alimentar la colaboración permanente, organizada y sistemática.

El tenor de los boletines que emite el aparato político del ELN en las ciudades, parece ser justamente ésta la

perspectiva elaborada por los dirigentes del movimiento. Rehuyendo en todo momento a un enfrentamiento con la policía y el ejército, las acciones armadas del frente Javier Heraud, están encaminadas a la represalia contra los terratenientes, al apoyo de las reclamaciones campesinas, al castigo de los agentes locales del gobierno y de los terratenientes. Si eso es cierto, el campesinado podrá percibir a las guerrillas como su brazo armado, como su instrumento de defensa, podrá hacer suya la causa de los guerrilleros y no dejará de apoyarla y defenderla. Desde esa base, se puede esperar la progresiva difusión de las guerrillas campesinas mismas, en la medida en que los grupos guerrilleros y su aparato político urbano-rural, tengan la capacidad y la inteligencia para organizarlas, controlarlas, coordinarlas, y, al mismo tiempo, organizar las bases de un nuevo aparato de poder rural controlado por los campesinos, clandestino y paralelo a la estructura oficial de poder.

Sólo cuando esta etapa sea lograda, podrá pensarse en zonas políticas y militarmente controlables, y si es necesario, podrá pensarse en la formación de zonas estables de operaciones. Este nivel, es el nivel avanzado de la lucha armada en el Perú, y no puede ser el comienzo de ella como en el caso de la primera etapa de la guerrilla mirista.

Hay, pues, según parece, un efectivo aunque incipiente cambio en la concepción estratégica y táctica de la lucha armada en el Perú, y en esta perspectiva, puede hablarse de un nuevo punto de partida. Hasta qué punto este cambio es realmente efectivo, y sus alcances son suficientes, en qué medida se ha racionalizado en la lucha del ELN la experiencia del MIR y del movimiento campesino, y, en consecuencia, hasta qué punto es razonable esperar un desarrollo mayor de la lucha de este tipo, no es todavía claro en las propias informaciones del ELN. Habrá que esperar el desarrollo de esta experiencia, aparentemente nueva, para fundar esperanzas mejor justificadas.

Tercera Etapa

La aparición de otro frente guerrillero, conducido por una organización diferente y la reducción

efectivos, decidió al MIR a cambiar, efectivamente, su primitiva posición de presentarse como el movimiento revolucionario peruano y de exigir la incorporación al MIR de todas las demás organizaciones.

Las discusiones entre ambos frentes guerrilleros han dado como resultado la formación de un Comando Nacional de Coordinación MIR-ELN, abierto a la incorporación de las FALN, que se alistan a entrar en acción.

Al mismo tiempo, una reagrupación de la izquierda revolucionaria peruana ha tenido lugar. La fracción trotskista dirigida por Ismael Frías, ya bastante reducida después de varias escisiones, pero con algún arraigo en el proletariado urbano y en el movimiento campesino, decidió su incorporación al MIR y al Comando Nacional de Coordinación. Paralelamente Vanguardia Revolucionaria ha intensificado su colaboración con las organizaciones guerrilleras, en la labor política urbana.

Por lo que se sabe hasta aquí, este Comando Nacional de Coordinación está previsto únicamente para el aspecto de la lucha armada, y sólo en nivel de elaboración parece encontrarse el aspecto básico de la lucha política urbano-rural. Esta coordinación es, pues, incipiente y pobre en sus finalidades inmediatas.

Sin embargo, no cabe duda de que con su organización se sientan las bases para una labor urgente de coordinación de las acciones guerrilleras, que supera el aislamiento y la inorganicidad de la lucha armada. En tanto que esta lucha irá exigiendo inevitablemente un mayor y más profundo trabajo de lucha política urbano-rural, un nivel mayor de elaboración ideológica y pragmática, la coordinación tendrá que extenderse, si la lucha debe continuar y desarrollarse, hasta abarcar todos los aspectos de la lucha revolucionaria en el país.

Desde esta base, la fusión de las organizaciones políticas revolucionarias que no tienen frentes guerrilleros, pero sí una importante acción política en las ciudades y una influencia importante entre la juventud universitaria y en los sindicatos, como en el caso de VR y las juventudes comunistas independientes, será una exigencia perentoria, que ningún sectarismo debe impedir. Eso significa, en conjunto,

que la aparición del Comando Nacional de Coordinación, crea el marco para un proceso definitivo de reagrupación de la izquierda revolucionaria en el Perú, y en este sentido parece correcto que con él comienza una nueva etapa, un nuevo punto de partida, en la lucha revolucionaria del pueblo peruano.

Las Posibilidades y las Perspectivas

Poco debe decirse en esta parte, en tanto que las implicaciones del recuento sistemático precedente son bastante claras sobre los problemas, errores y alcances de la etapa que termina con la coordinación de los frentes de lucha.

Vale la pena, sin embargo, indicar algunos factores que deben intervenir en adelante.

De una parte, no obstante todos los fracasos iniciales y la brutalidad de la represión, el movimiento guerrillero peruano parece haberse desarrollado. Si no en términos de éxitos militares, sí en la elaboración de una concepción más adecuada de la lucha y en la organización de mecanismos de coordinación y de ampliación de la lucha a otros aspectos no estrictamente guerrilleros.

Es decir, la experiencia infortunada de los primeros heroicos guerrilleros, ha puesto de relieve un hecho ineludible, que es necesario constatar y enfrentar en toda su amplitud: la lucha revolucionaria en el Perú, no puede desarrollarse eficazmente, si sólo consiste en lucha guerrillera, estrictamente. De la misma manera como la experiencia de Blanco y del movimiento campesino mostró que la lucha política revolucionaria no puede ya continuar efectivamente, sin organización armada.

Nadie puede o debe, en adelante, pretender que algunos de estos caminos separadamente, podrán alguna vez conducir a la captura del poder y la transformación revolucionaria de la sociedad. Con sólo guerrillas no es posible. Sin guerrillas, con sólo política, no es tampoco posible.

Si se pretende, realmente, con honestidad exenta de caudillismo y de intereses de grupo, el desarrollo efectivo de la revolución peruana y latinoamericana en su conjunto, sólo la más estrecha combinación de la labor política, en su

nivel más elevado, con la lucha armada puede permitir la fusión real de los movimientos de masas con la acción guerrillera.

El contraste inicial de las guerrillas, la lentitud de su desarrollo en el Perú y, en otras partes de latinoamérica, no dejarán de hacer surgir tendencias contrarias al mantenimiento de la acción guerrillera en la izquierda, especialmente en la izquierda tradicional, empeñada principalmente en la maniobra de la guerra fría. Este parece ser el caso, en países como Venezuela, donde amplios conjuntos guerrilleros están abandonando las armas y entregándose al gobierno. Se dirá que la realidad ha demostrado el carácter prematuro de las guerrillas y su inadecuación en definitiva como sustituto eficaz de la lucha electoral por el poder.

Esta posición es, simplemente, una estupidez. Sin guerra abierta, sin organización armada, sin violencia organizada y duradera, no se conseguirá jamás la liberación del imperialismo y la transformación revolucionaria de estas sociedades.

El error no consiste en comenzar la lucha de guerrillas sino en comenzarlas calculando mecánicamente la última revolución realizada, en este caso, cubana. El error no consiste en organizar la lucha armada, sino en aislarla de la lucha política más amplia, no recoger las posibilidades abiertas por los movimientos de masas en curso en cada uno de los países, y particularmente en Perú, por el movimiento campesino.

El error no consiste en lanzar las guerrillas, sino en mantener el empirismo y el pragmatismo exitoso en una ocasión, como posibilidad permanente de la historia. El error no consiste en la lucha armada, finalmente, sino en la ausencia de una concepción política autónoma, desarrollada desde dentro de cada país, y en el mantenimiento de la dependencia político-ideológica de centros de ayuda y de poder revolucionario externos.

Las condiciones del desarrollo de la lucha revolucionaria peruana suponen la cancelación de esta falta de autonomía político-ideológica, la fusión del movimiento armado con los movimientos sociales más amplios, la elaboración de una concepción teórica acerca de la naturaleza del proceso

de cambio de la sociedad peruana y de las vías particulares de la acción revolucionaria que este proceso exige, el abandono de esquemas tradicionales, la flexibilidad y la coherencia, al mismo tiempo, de los modelos de interpretación de la situación de cada momento.

Las guerrillas peruanas no comenzaron prematuramente, puesto que se montan sobre casi diez años previos de desarrollo del movimiento campesino. Pero comenzaron empíricamente, sin evaluación y nacionalización sistemática, de las vías de adecuación y fusión de las guerrillas con el movimiento campesino. En adelante, parece suficientemente demostrado, no será posible la supervivencia misma de las guerrillas si no se reconstruye el control de una gran parte del movimiento campesino para la izquierda revolucionaria, y eso no puede ser cumplido sino fortaleciendo y elevando el nivel de la lucha campesina por la tierra.

En la siguiente etapa, las guerrillas en el campo, tendrán que aparecer como organizaciones armadas de defensa y de apoyo de la lucha por la tierra de los campesinos, en toda una larga etapa, hasta que el campesinado perciba a las guerrillas como su propia causa. Ello requiere la cancelación de los enfrentamientos con el ejército y con la policía al margen de la defensa de la lucha por la tierra campesina, y la reconversión de la acción guerrillera en acción de sostén al movimiento campesino, en represalia contra los terratenientes y sus agentes oficiales locales.

Pero, de otro lado, la creación de un movimiento político urbano-rural, el desarrollo de un aparato político organizado, con control del movimiento estudiantil urbano, con influencia y control de las organizaciones sindicales, urbanas y semi urbanas, es absolutamente indispensable, si se quiere obtener apoyo urbano organizado a la lucha armada si se quiere disminuir la posibilidad del gobierno de concentrar todo su poder represivo sobre los grupos de guerrillas, y si se quiere ganar una influencia efectiva sobre la imaginación y las esperanzas de la masa popular urbana, estampada en la actualidad bajo la carga de los modos tradicionales de lucha y bajo la influencia política e ideológica populista y de la izquierda tradicional.

La organización del Comando Nacional de Coordinación

presenta todas las posibilidades para que esta labor pueda ser planificada y puesta en marcha, a condición de que la desesperación y la prisa por el poder, sean reemplazadas por una perspectiva más realista: la lucha por todo un período histórico.

Tras la experiencia brasileña y dominicana, no parecen fundadas las ilusiones de revoluciones nacionales triunfantes, en ningún país latinoamericano, aún en los casos más desarrollados y de situaciones más explosivas. La lucha final ha de ser la lucha de los ejércitos nacionales revolucionarios, integrados en un vasto ejército revolucionario latinoamericano, operando en cada país y en su conjunto, convergentemente con la violencia urbana organizada y sistemática, enfrentados contra la inevitable Fuerza Interamericana Contrarrevolucionaria, detrás de la cual estará todo el poder bélico del imperialismo norteamericano y sus agentes nacionales.

Las incipientes guerrillas nacionales que no harán sino desarrollarse y aparecer en la mayor parte de los países, tendrán que ir coordinándose e integrándose en el proceso. Pero, en este momento, ese proceso pasa por el camino del fortalecimiento de la lucha armada al nivel nacional, y en el desarrollo de la lucha política revolucionaria más amplia, en todos los frentes, en todos los niveles.

La gran ambición revolucionaria, debe encararse con la firmeza y la paciencia necesaria, para desarrollarse paso a paso, a lo largo de un período histórico acaso prolongado. Pero, por lo mismo, sólo en la medida en que sean superados el empirismo y el pragmatismo revolucionario; el desdén por la elaboración teórico-ideológica, la minimización de la acción política distinta, pero interdependiente, respecto de la lucha armada, y la falta completa de autonomía política a nivel nacional, que ahora es todavía la característica de gran parte del movimiento revolucionario efectivo, y que impide la consolidación de una concepción realista y válida de la lucha en cada país.

Lo que hace particularmente explosiva la situación peruana, como contrapeso a la estabilidad económica urbana, al ascenso y consolidación de una clase media arribista y pragmática en el peor sentido, y a la mediatización de la

lucha obrera urbana bajo el control de una izquierda reformista o tradicional, es la politización casi total de la población estudiantil del país, y el desarrollo extraordinario del movimiento campesino.

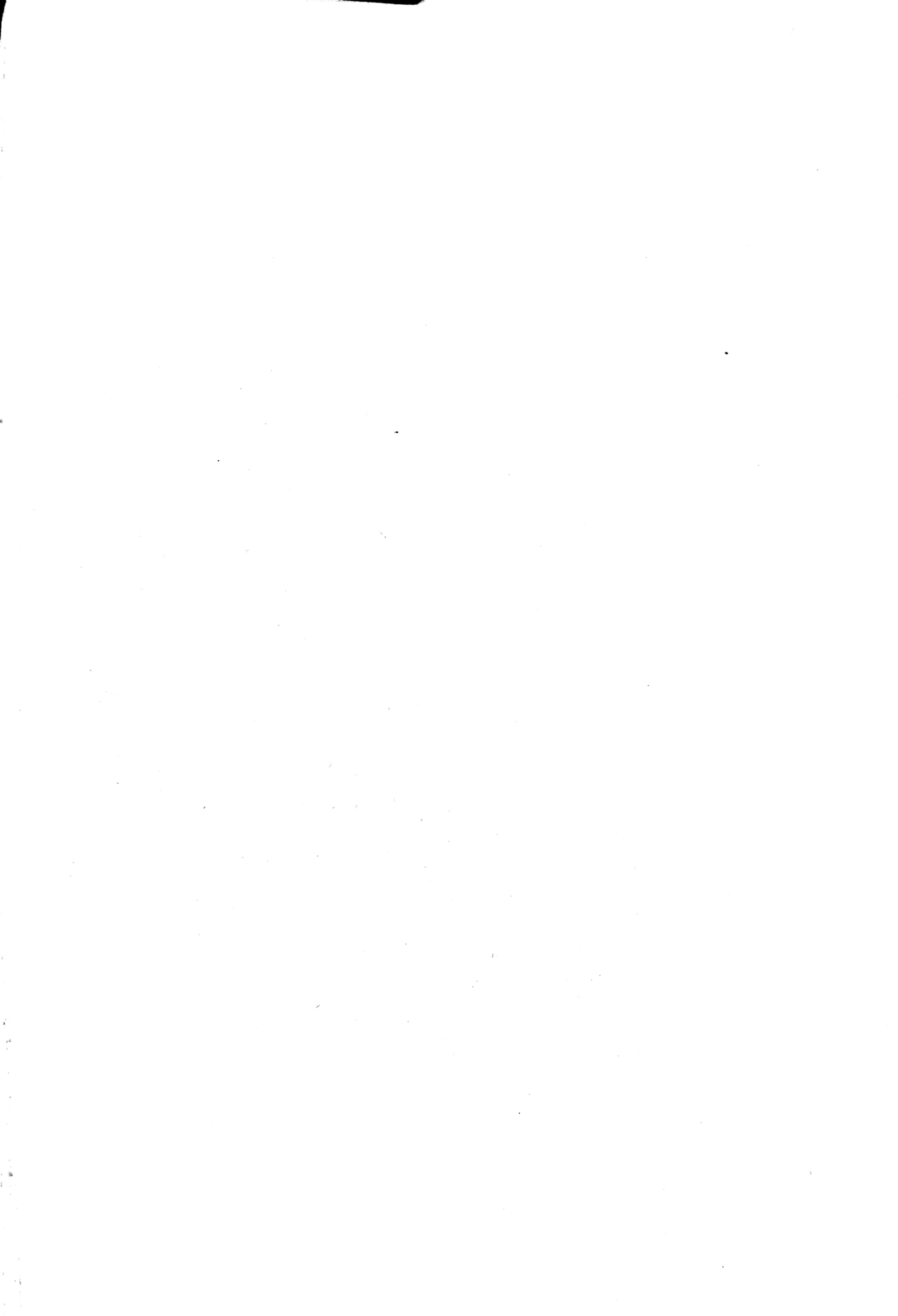
Las organizaciones revolucionarias peruanas, tendrán que encontrar la manera de fortalecer y hacer más estrechos y efectivos esos procesos convergentes como uno de los más reales motores de la lucha revolucionaria en esta etapa.

Por mucho tiempo, acaso, no será posible contar con la elevación del contenido político de la población obrera de las ciudades, sino en una limitada medida. Esta población se desarrolló como clase, en un sector relativamente limitado, bajo la dirección aprista o izquierdista tradicional, y en las condiciones actuales del proceso de cambio social en el Perú, en el cual la migración rural acarrea sin cesar nuevos contingentes a la población obrera urbana, las posibilidades de más rápida elaboración de una conciencia de clase más profunda y real entre la población obrera, son limitados, así como son limitadas las posibilidades de rescatar a la población obrera industrial ya organizada y politizada, de la influencia de las direcciones tradicionales reformistas, que se fortalecen, precisamente, de la condición de clase en formación de esta población obrera.

Sin embargo, la lucha por la politización revolucionaria de la clase obrera, es, sin duda, una tarea urgente e indispensable, si se quiere organizar la lucha política urbana. No obstante, también, en tanto que esto no se podrá lograr tan rápidamente como sería necesario, las rígidas esquematizaciones teóricas, fundadas en la experiencia de lucha de otros países, deberán ser descartadas, para buscar en la situación social y cultural peruana concreta, los núcleos sociales y culturales capaces de servir como sostenes sociales efectivos de la lucha revolucionaria en esta etapa. En este sentido, claramente en el Perú, la población estudiantil y el movimiento campesino, pueden servir como los más importantes núcleos sociales de sostén y de desarrollo de la lucha revolucionaria, tanto en la lucha armada como en todas las otras formas posibles.

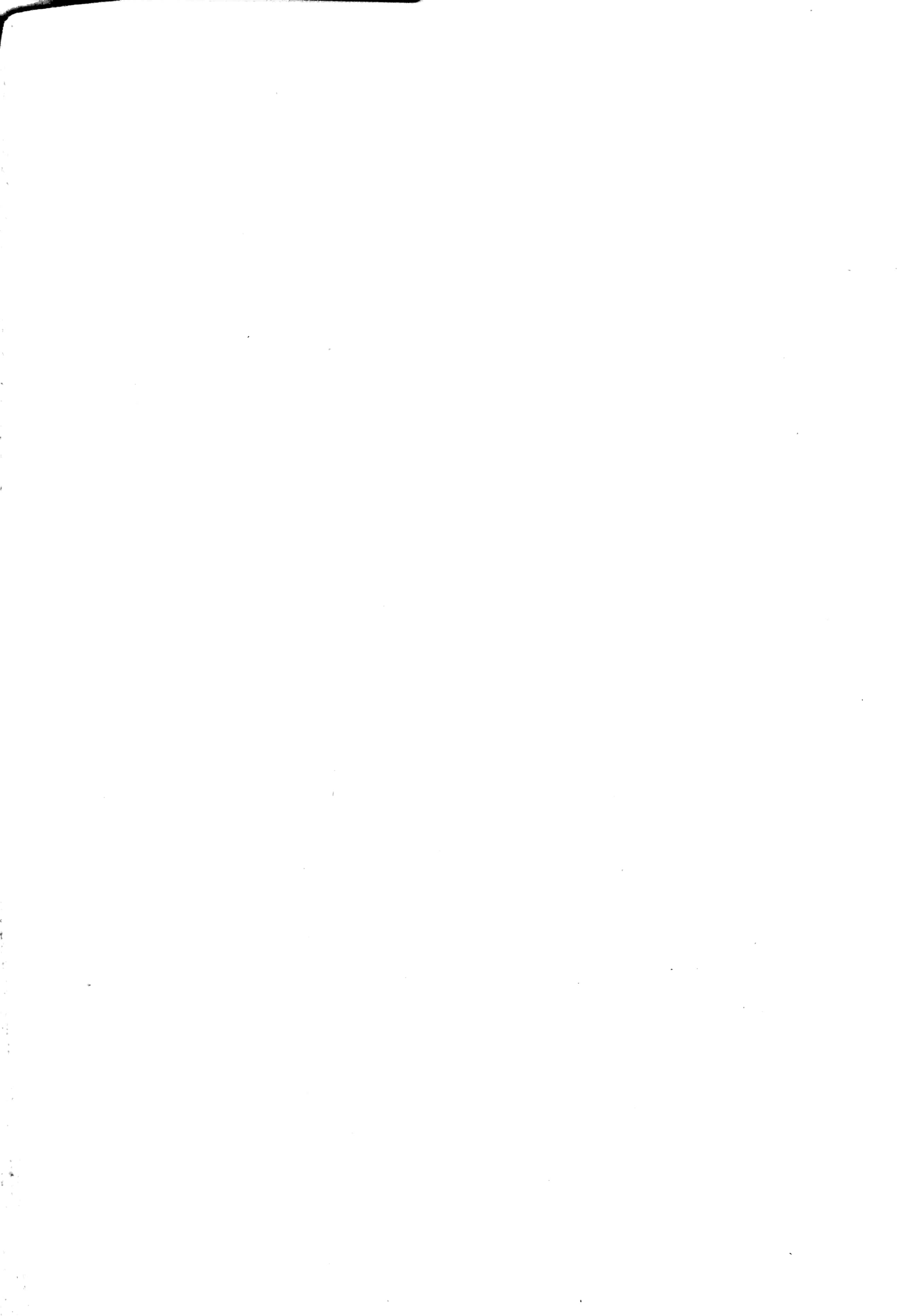
En la medida en que estos y otros problemas sean planteados y examinados por la izquierda revolucionaria pe-

ruana en vías de reagrupación y de reorientación definitiva, será posible elevar el nivel de la lucha e irá sustituyendo el elemental pragmatismo, por una voluntad de poder dotada de concepciones claras y sistemáticamente elaboradas. La posibilidad misma de continuación de la lucha armada, para no decir de su desarrollo, parecen estar adheridas al enfrentamiento resuelto de estos problemas.



CARLOS NUÑEZ

**MLN TUPAMAROS:
LOS COMBATIENTES
NO SE IMPROVISAN**



Tupamaro es una palabra prohibida en el Uruguay 1970, con el riesgo de que no puedan circular en el país estudios históricos y hasta algunos clásicos de la literatura nativa (se ha prohibido, por ejemplo, la difusión de cierta canción criolla que recuerda un pasaje de la gesta independentista expresamente celebrado en los textos escolares). Las interdicciones no terminan ahí: por lo menos media docena de sustantivos y adjetivos, y sus diversas combinaciones, están proscritos, taxativamente y por decreto del Poder Ejecutivo, de todos los medios de información. Tan estulta expresión de la clásica "política del avestruz" parece ciertamente lejos de haber logrado su transparente propósito. Se les nombre o no, se les califique o no como el régimen determina, se les ataque o aplauda, los Tupamaros existen, actúan, combaten, conforman por sí mismos un rasgo esencial del

Uruguay 1970 y, por encima de toda especulación o análisis crítico acerca de su destino y proyecciones, han desatado un proceso ya irreversible.

La repercusión internacional alcanzada por las acciones de los Tupamaros debe medirse en por lo menos un doble contexto. Equívoca o interesadamente, el éxito real de los Tupamaros en la lucha urbana —pero además, y quizá por sobre todo, su impacto psicológico, habida cuenta de que es fundamentalmente en este terreno donde ha de jugarse inicialmente la suerte de una organización de vanguardia—, ha venido siendo presentado como una (falaciosa) contra-cara de las experiencias de guerrilla rural iniciadas en América Latina a partir del triunfo de la Revolución Cubana. El segundo punto de referencia a ser tomado en cuenta, singularmente con vistas a situar a los Tupamaros en el marco de la llamada “nueva izquierda” latinoamericana, llega a entrelazarse sutilmente con el primero, pero requiere en buena medida una profundización más histórica y social que política o estratégica: me refiero al presunto carácter “excepcional” que distinguiría a Uruguay dentro de un continente donde la violencia ha sido y continúa siendo una experiencia cotidiana.

LOS PRIMEROS TUPAMAROS

A fines de 1968, la policía uruguaya logró detener a algunos militantes de la organización, los primeros que caían vivos en manos de las fuerzas represivas, cinco años después que se cumplieran los primeros pasos de lo que llegaría a ser el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros. Cierta jerarca policial exultó entonces un descaminado optimismo: “*La banda —dijo— no tardará en ser desmantelada*”. En 1970, alrededor de un centenar de personas se encuentran detenidas bajo la acusación de pertenecer al M. L. N. ⁽¹⁾; pero los Tupamaros continúan asestando efec-

(1) La condición de estos detenidos, aun bajo pretextos jurídicos, es representativa de la dictadura que se vive hoy en el Uruguay: como el sumario judicial se lleva adelante contra toda la organización del MLN, los implicados en el mismo no son

tivos golpes al régimen uruguayo —que, en rigor, configura hoy por hoy una dictadura cada vez más desembozada— y al sistema socio-económico que lo sustenta. Obviamente, la calificación policial usada en 1968 iba dirigida no sólo a minimizar ante la opinión pública la fuerza real de los Tupamaros, sino también y especialmente a presentarlos como meros delincuentes comunes; en el mismo camino se inscriben transparentemente los decretos gubernamentales que en 1969 prohibieron a la prensa referirse a ellos con denominaciones que establecían diferencia entre sus acciones y los delitos comunes. Todas estas medidas, empero, han resultado vanas: las acciones del M.L.N. poseen inocultablemente una connotación sociopolítica por demás evidente (e incluso están regidas por un código de principios revolucionarios que las sitúan visiblemente fuera del marco del terrorismo vulgar) y su constante eficacia comprueba, en comparación con el número de sus militantes en prisión, que no se trata ciertamente de una “banda”, sino de un movimiento de liberación cuyas raíces populares parecen crecientemente amplias y sólidas.

Pese a los golpes parciales sufridos por la organización —golpes que, naturalmente, son instancias ineludibles en un proceso revolucionario—, los servicios policiales no han logrado penetrar suficientemente la fina red de seguridad que rodea al M.L.N.; por supuesto, no menos difícil llega a presentarse la posibilidad de realizar una tarea periodística sobre la organización de los Tupamaros. Sin embargo, los mismos documentos elaborados por el Movimiento —documentos que circulan clandestinamente en el Uruguay, y que con cada vez mayor frecuencia son recogidos por los medios de información internacionales— y el testimonio que puede recogerse en diversos sectores de la izquierda uruguaya, permiten una aproximación tentativa hasta la historia y las líneas teóricas y prácticas fundamentales de la organiza-

procesados mientras no se cierre el sumario, que naturalmente permanecerá abierto en tanto continúen registrándose acciones de los Tupamaros. Los detenidos, en consecuencia, no son objeto de sentencia judicial: teóricamente, pueden ser mantenidos como prisioneros toda su vida sin que el juez haya fijado la pena que les correspondería.

ción. Pero antes de entrar en ella, resulta imprescindible echar una aunque sea breve ojeada sobre la propia historia uruguaya ⁽²⁾.

La misma denominación de los Tupamaros procura tener una línea directa de vinculación con las fuentes de la nacionalidad. La lucha contra España y por la independencia se inició en la entonces llamada Banda Oriental durante los primeros años del siglo pasado, en forma prácticamente simultánea con el comienzo de la gesta bolivariana y, naturalmente, en estrecha relación con las iniciativas de los independientes argentinos. Pero la lucha de los orientales adquiriría contornos propios a partir de la figura protagónica de José Artigas, conductor militar y político que, a diferencia de la mayoría de los próceres bonaerenses, presentó una programática que no parece exagerado calificar como insólitamente revolucionaria en el marco de la experiencia anti-colonialista americana. Oscurecida y distorsionada por la "leyenda negra" que las nacientes oligarquías urbanas lanzaron en su contra, galvanizada más tarde por el bronce mentiroso de los mismos sectores dominantes nativos, la figura de Artigas ha sido sin embargo empeñosamente rescatada con sus más filosas aristas a través de un proceso de revisionismo histórico cuyos frutos han sido particularmente visibles en las últimas décadas. Campeón de la igualdad —a menudo por encima de los estrechos marcos sociales y raciales de la época— Artigas promovió una verdadera Reforma Agraria que ciertamente los criollos convertidos en clase dominante y autodesignados administradores de la herencia independentista se cuidarían muy bien de dejar sin efecto. Frustradas sus ideas federativas,

(2) Procuero precisamente "una breve ojeada" sobre la historia uruguaya, lo que inevitablemente obliga a reducir a expresiones mínimas procesos largos y complejos, preñados de matices. Me excuso de antemano por las muy probables imprecisiones o los posibles equívocos a que me conducirá la necesidad de síntesis. El riesgo contrapuesto, también presente, es el de obligar al lector a una revisión que tal vez le parezca gratuita; creo, sin embargo, que la historia de los Tupamaros sería inconducente sin por lo menos el intento de relacionarla con la historia del país, particularmente con el proceso político de las dos últimas décadas.

traicionado por la naciente oligarquía porteña, viendo a la nación que soñara saqueada y corroída por las ambiciones subimperiales de las potencias emergentes que la flanqueaban, terminó su vida en el exilio. Los restos de su ejército literalmente popular, dispersados por la campaña, habrían todavía de rendir servicios a la nación oriental, singularmente en lucha contra el invasor lusitano; pero para las autoridades urbanas, en trance ya de aferrarse a la Corona Británica, estos gauchos ariscos y nómades no serían otra cosa que bandoleros. Y para denominarlos no encontrarían nada mejor que nutrirse del vocabulario colonial, aplicándoles una voz tomada del nombre inca que adoptó José Gabriel Condorcarqui al encabezar su insurrección agrarista en el Virreinato de Lima hacia 1780: así nacieron los Tupamaros.

De la frustración de las Provincias Unidas del Río de la Plata (ideal artigista), de la destrucción de la Banda Oriental, tierra feraz y fracturada de la que ya comenzaba a profitar la naciente metrópoli nativa, de los Tupamaros pero contra ellos, nació el Uruguay, "estado tapón" extraído de la galera de Lord Ponsomby para mejor servir los intereses del nuevo patrón: el Imperio Británico.

"LA SUIZA DE AMERICA"

El Partido Colorado gobernó el Uruguay en forma prácticamente ininterrumpida desde 1865 hasta 1958. De hecho, los apólogos del coloradismo hacen remontar los orígenes de esa colectividad hasta Fructuoso Rivera, primer presidente de la República Oriental, quien asumió el poder tras la jura de la Constitución de 1830.

Pero fue sólo en la segunda mitad del siglo XIX cuando el Uruguay quedó conformado como país, y a partir de las primeras décadas del siglo XX cuando comenzó a ser conocido como "la Suiza de América". Tal denominación provino mayormente de las características asumidas por el país tras las reformas realizadas en su estructura social e institucional por José Batlle y Ordóñez, dos veces presidente de la República. De él tomó su nombre la que ven-

dría a ser corriente mayoritaria dentro del Partido Colorado: el "batllismo". Durante esta época, asimismo, cobraron caracteres más nítidos los dos partidos llamados hoy tradicionales": El Partido Nacional (conocido popularmente como Blanco) pasó a representar fundamentalmente a los "estancieros" —terratenientes— y a los "gauchos" a ellos vinculados; es decir, basó su respaldo principalmente en el interior del país; con esas fuerzas contó el caudillo blanco Aparicio Saravia para sus levantamientos de 1897 y 1904 contra la autoridad gubernamental, representada por el Partido Colorado y su naciente "batllismo", que encarnaban los intereses de la emergente oligarquía industrial y comercial y de las clases medias urbanas.

Batlle y Ordóñez, a quien los historiadores coinciden en calificar como un estadista excepcional, se nutría principalmente de las ideas del socialismo utópico europeo; las tendencias socializantes iban unidas en él al liberalismo político y al laicismo, líneas que caracterizaron su prédica desde "El Día", que a principios de siglo era una tribuna de agitación ideológica ciertamente insólita en el continente y que hoy ha llegado a ser el diario reaccionario por excelencia. Pero el hecho es que la labor ideológica y política de Batlle y Ordóñez plasmó lo que habría de ser el rostro del Uruguay en las décadas siguientes: leyes de beneficio obrero (horario de trabajo y, sobre todo, previsión social), separación de la Iglesia y del Estado, socialización de los servicios públicos (aún antes que la Revolución Mexicana llegara a nacionalizar el petróleo, por ejemplo, el Uruguay ponía en manos del Estado la refinación y distribución de combustibles en carácter de monopolio), enseñanza pública gratuita y obligatoria, liberación de la mujer, voto secreto y universal, aliento a las industrias nacientes dentro de un sólido dirigismo estatal, etc. Todo ciertamente a través de un estilo de paternalismo autoritario que no dejaba de evidenciar contradicciones: es innegable, por ejemplo, que la clase obrera se vio ampliamente beneficiada por la legislación batllista, pero también es indiscutible que Batlle no vaciló en reprimir con violencia la agitación sindical que eventualmente llegó a alzarse contra su gobierno. Fue él empero quien hizo de Uruguay una "Suiza"; las caracte-

rísticas de esa imagen pueden resumirse en algunos detalles aparentemente comunes a ambos países: pequeña extensión geográfica, neutralidad a nivel internacional, escasa densidad poblacional (Uruguay posee las tasas de natalidad y mortalidad más bajas de América Latina), vida política mayormente apacible e “institucional”, fuerte predominio de las clases medias (la legislación social de Batlle otorgó a amplios sectores operarios y, especialmente, a la burocracia estatal nacida y crecida al amparo de la socialización de servicios, un alto standard de vida, generando una vasta pequeña burguesía), estabilidad monetaria —en épocas ciertamente lejanas el peso uruguayo era más fuerte que el dólar—; otras características laterales darían al Uruguay un nuevo rasgo común con la nación helvética, a través del Consejo de Ministros que llegó a constituirse en un primer intento de gobierno colegiado.

Esta fórmula de “país empresa”, de *welfare state*, era posible por entonces precisamente por las características peculiares del Uruguay —un pequeño país naturalmente, dotado, por factores topográficos y climáticos, para la ganadería y la agricultura, pilares básicos de su economía—, por los amplios mercados que el capitalismo en ascenso ofrecía para sus materias primas, por la relativa benignidad (en cuanto no implicaba mayormente presiones militares o políticas demasiado directas) del imperialismo inglés en cuya órbita giraba el país. La demanda de materias primas —carne y lana, productos de exportación tradicionales del Uruguay— generada por las guerras europeas permitió prolongar este sueño algo más allá de sus límites naturales.

Durante la primera postguerra se produce la única interrupción institucional sufrida por el Uruguay en lo que va del siglo: desde la presidencia, Gabriel Terra da un golpe de estado para el cual cuenta con el apoyo mayoritario de su partido (El Colorado) y con el de una parte sustancial del rival tradicional (el Partido Blanco). El *putsch* se basa exclusivamente en las fuerzas de la policía y de los bomberos —lo que pasaría a convertirse en una leyenda casi humorística, pero ciertamente reveladora del escaso peso con que cuentan en el país las fuerzas específicamente militares. La persecución política, la censura de prensa, la cárcel

nales, adversarios verbalmente pero aunados en la preservación y acrecentamiento de sus privilegios, efectúan verdaderos saqueos contra el Estado, implantando la corrupción como norma.

Internacionalmente, el crecimiento del imperialismo norteamericano y su incidencia sobre los países latinoamericanos a través de los mercados compradores de materias primas, genera el hoy famoso "deterioro de los términos de intercambio", por el cual se necesitan mayores cantidades de productos primarios para adquirir menores cantidades de productos elaborados. El estancamiento de la productividad determina que el Estado deba hacer frente, a través de mecanismos cambiarios, a las exigencias de los productores. El Partido Colorado en el gobierno continúa aplicando su línea pro-industrialista, proteccionista y dirigista; logra capear el temporal mientras la Segunda Guerra Mundial y más tarde la guerra en Corea mantienen precios relativamente compensatorios para la carne y la lana. Pero a partir de 1950, la "Suiza de América" comienza a derrumbarse.

1958-66: GOBIERNO BLANCO

El deterioro económico-social genera naturalmente un endurecimiento represivo, pero a principios de la década del cincuenta sus signos no son todavía demasiado notorios. El Uruguay conserva mayormente el respeto por la libertad de expresión y demás garantías "democráticas"; aunque la opinión pública comienza a dar muestras de un creciente desprecio hacia "la política" como consecuencia de la corrupción enseñoreada en los grandes partidos, la vida pública se mantiene dentro de los cauces "institucionales". La organización sindical se fortalece en las luchas por mejores salarios, pero su orientación continúa siendo esencialmente economicista; los intentos de sindicalismo amarillo, solventados por la ya activa ingerencia del imperialismo norteamericano, no logran avances duraderos. La efervescencia estudiantil es también creciente. Ocasionalmente, el régimen apela al expediente represivo de las Medidas Prontas de

Seguridad (Estado de Sitio), pero la presión de la opinión pública es aún suficiente para hacerlo apear de esas posiciones. Simultáneamente, el Partido Blanco aprovecha su representación minoritaria en los organismos de gobierno para contribuir, mediante una detallada labor obstruccionista, al deterioro del partido mayoritario, que a su vez comienza a agrietarse por disputas intestinas.

Las elecciones de 1958 se ven precedidas por una masiva movilización estudiantil en favor de la Ley Orgánica Universitaria, que consagra las conquistas de la autonomía y la participación estudiantil en los cuerpos rectores del instituto superior. La Ley se aprueba con votos blancos y colorados en el Parlamento, pero no sin que antes el gobierno haya apelado una vez más a las Medidas de Seguridad, escenificando por primera vez en muchos años, masivos enfrentamientos callejeros entre estudiantes y cuerpos represivos. En las elecciones de noviembre el electorado "independiente" se vuelca decisivamente: los "blancos" ganan por más de cien mil votos. El sector mayoritario que accede al gobierno dentro del lema Partido Nacional encarna una curiosa coalición entre "herreristas" (sector nacionalista de derecha, que en años de la Segunda Guerra Mundial combinó ciertos arrestos antimperialistas con abiertas simpatías por el nazi-fascismo) y "ruralistas", fuerza presuntamente nueva nucleada en torno a Benito Nardone, locutor radial conocido por el seudónimo de "Chicotazo" que logró movilizar a fuertes contingentes del interior, particularmente de los pequeños productores agrícolas del sur.

Es el turno del Fondo Monetario Internacional. En 1959, el Ministro de Hacienda, Juan Eduardo Azzini hace aprobar una Ley de Reforma Cambiaria y Monetaria que elimina los mecanismos dirigistas aplicados por el Partido Colorado, libera el mercado de divisas y desata decididamente la inflación hasta entonces artificialmente contenida. Son años de "vacas gordas" para los terratenientes, exportadores, barraqueros y demás representantes y beneficiarios de la oligarquía agropecuaria. La deuda externa crece con pasos de siete leguas y el país se ve más atado a las directivas del FMI. El "ruralista" Nardone, presunto defensor de los pequeños productores, se alía definitivamente con los

estancamiento
triumfo
nente,
contra
nismo s
tento de
cistas; e
dirigidas
cusión su

En el
irreversibil
sendas can
nacional.
desarrollist
conviene ci

"El estanc
comercio ext
quenio 1955
terno e inter
FMI en la co
esenciales de
de 1959 y la
tiembre de 19

"La aplicac
tante desde 19
consecuencias:

"—inflación

"—endeudam
1962;

"—mantenimie

"—aumento de
ingreso de
pasivos y lo

"El círculo se
limita las posibili
y se da una
actúa com

estancieros y la derecha fascista comienza a cobrar alas. El triunfo de la Revolución Cubana, que conmueve al continente, se hace sentir también en el Uruguay: la represión contra los sindicatos y la izquierda arrecia, el *anticomunismo* se ejerce ya desembozadamente. Se produce un intento de asalto a la universidad por grupos de jóvenes fascistas; el profesor Arbelio Ramírez cae muerto por balas dirigidas contra el Comandante Che Guevara tras una alusión suya en el paraninfo universitario.

En el orden económico, la sujeción al exterior se hace irreversible: en 1960, 1961 y 1962, el gobierno blanco firma sendas cartas de intención con el Fondo Monetario Internacional. Las "recetas" del FMI sustituyen a la utopía desarrollista propiciada por el batllismo. A este respecto, conviene citar un breve resumen:

"El estancamiento en la producción, los desequilibrios del comercio exterior y la subida de precios internos en el quinquenio 1955/60, unidos a un condicionamiento político interno e internacional, dieron base para la penetración del FMI en la conducción de nuestra política económica. Puntos esenciales de la misma fueron la Ley de Reforma Cambiaria de 1959 y la primera Carta de Intención, firmada en septiembre de 1960.

"La aplicación de las directivas del FMI ha sido constante desde 1960 hasta nuestros días. Y ha traído estas consecuencias:

"—inflación agravada en el último trienio;

"—endeudamiento externo, intensificado a partir de 1962;

"—mantenimiento de la estructura productiva estancada;

"—aumento de la desocupación, y peor distribución del ingreso en perjuicio de las clases trabajadoras, los pasivos y los desocupados.

"El círculo se va cerrando: el endeudamiento creciente limita las posibilidades de maniobra internacional del país, y se da una intervención cada vez mayor del FMI, que actúa como auditor y consultor de la gran banca acreedora,

y cuyas sugerencias son órdenes, pues de su aplicación completa depende la renovación de los préstamos" (3).

Este ominoso cuadro económico genera consecuencias no menos ominosas desde el punto de vista social y político. El gobierno blanco aplica, en connivencia con el Fondo Monetario, una política que sólo puede rendir beneficios a los latifundistas y a la oligarquía financiera; las clases medias, que fueran sustento del batllismo, se polarizan en forma cada vez más aguda. La pauperización progresista de amplios sectores de estas pequeñas burguesías coincide con un creciente desencanto por los nombres y los resortes de la política "tradicional", expresado en el convencimiento popular de que "todos son iguales".

En 1962, sin embargo, los mecanismos electorales vuelven a ser aceitados y los blancos conservan el gobierno; pero esta vez con una ventaja mucho menor (apenas diez mil votos), perdiendo enclaves importantes de la administración comunal (Montevideo entre ellos) y dando paso a una rotación interna de sectores. El herrero-ruralismo es sustituido por la llamada Unión Blanca Democrática (UBD), precariamente aliada a un sector minoritario del herrerismo. Estos últimos cuatro años de gobierno blanco pueden resumirse en una sola palabra: desastrosos. La inepticia política de los personajes de la nueva administración, las calamitosas consecuencias de la aplicación persistente de las fórmulas del FMI, el enfrentamiento de los dos partidos tradicionales" que obstruyen mutuamente la gestión de sus respectivas responsabilidades, la misma atomización interna de esos partidos, notoria sobre todo en el blanco, corroído por las pugnas intestinas en torno al poder, precipitan al Uruguay en el barranco. Al cabo del nuevo cuatrienio blanco, Uruguay está lejos de poder compararse a Suiza; de hecho, comparte el dudoso honor de ser el país de más acelerado ritmo inflacionario nada menos que con Vietnam del Sur.

El miedo, consecuentemente, empuja a los sectores dominantes hacia la represión contra los movimientos populares;

(3) "El FMI y la crisis económica nacional", de Alberto Couriel y Samuel Lichtensztejn, Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo, 1967.

el acceso al poder de regímenes militares en Argentina y Brasil enfrenta al país a la amenaza siempre latente de una intervención subimperial. Es en los dos últimos años de "administración" blanca cuando algunos oficiales de las fuerzas armadas comienzan a realizar reuniones presuntamente "secretas" y claramente conspirativas, con el escándalo consiguiente; en el último año, sobre todo, cuando Alberto Heber Usher ocupa la presidencia rotativa del Consejo de Gobierno, puede preverse coherentemente un intento continuista por la vía de un *pustch* político-militar. Pero éste se dilucidaría en 1966, ante un nuevo golpe de palanca en la maquinita ilusionista de las elecciones.

1966: REFORMA Y VUELTA DE LOS COLORADOS

En la perspectiva de cuatro años, las elecciones de noviembre de 1966 aparecen como una instancia decisiva para la pretendida supervivencia de la "institucionalidad" uruguaya, como el certificado de defunción de la democracia liberal burguesa nacida al amparo del batllismo. De hecho, como ya se ha dicho, la "Suiza de América" ha muerto por lo menos dos décadas atrás; las elecciones del 66 no hacen otra cosa que legalizar esa muerte. Hay que entender como una nueva muestra de los resortes instintivos que suelen servir de defensa al sistema burgués el hecho de que ese certificado de defunción aparezca en realidad, ante buena parte de las masas populares, como una efectiva instancia de cambio, como una posibilidad de recobrar el paraíso perdido de los años cuarenta. Es útil, por lo tanto, detenerse aunque sea brevemente en algunos detalles de este proceso electoral. En primer lugar como lo han hecho habitualmente toda vez que el fracaso de sus esquemas resulta inocultable, los partidos tradicionales lanzan la consigna de una reforma constitucional; en este caso, la frustración del desarrollismo fondomonetarista se achaca a la inoperancia del régimen ejecutivo colegiado, alegando que él encubre de hecho un obstruccionismo destructivo, diluye la responsabilidad personal de los mandatarios, transforma al Ejecutivo en un cuerpo esencialmente deliberativo. Buena parte

de estos argumentos debe ser ciertamente avalada por el más elemental sentido común, pero el caso es que el régimen los usa como cortina de humo para encubrir su medular fracaso. La publicitación masiva y desbordante en torno a la consigna reformista, y el acuerdo finalmente logrado entre los grupos mayoritarios de los dos partidos "tradicionales", revelan en última instancia la identidad esencial de esas colectividades, que han ido perdiendo sus rasgos definitorios en el proceso de deterioro del sistema burgués y de efectiva coparticipación en el poder; infortunadamente, algunos sectores de izquierda, a pretexto de no desdeñar el "*sentimiento reformista latente en las masas*", se pliega a esta maniobra. El proyecto surgido del acuerdo entre los grandes partidos propicia la vuelta a un régimen unipersonal, con un Ejecutivo "fuerte". La atomización de los partidos, por su parte, deriva en la presentación de por lo menos cuatro candidaturas presidenciales con posibilidades teóricas de acceder al poder.

En este contexto, el triunfo del general retirado Oscar Gestido y la consagración de la llamada reforma "naranja" parecen abrir en primera instancia una expectativa política promisoriosa para las clases medias. Desechado el colegiado, derrotados los blancos que en ocho años se habían mostrado enteramente incapaces de encontrar efectivas soluciones a la crisis (en rigor, mal podían hacerlo, ya que ésta es estructural y no responde a divisas políticas ya incoloras, sino a sistemas socio-económicos íntimamente vinculados con la explotación imperial que abarca todo el Tercer Mundo), derrotada asimismo la candidatura funesta de Jorge Batlle Ibáñez dentro del lema Partido Colorado, buena parte de la población confía ahora en que un gobierno "fuerte", encabezado por el "civilista" Gestido, y aparentemente decidido a liberarse de algunas ataduras fondomonetaristas, logre encaminar nuevamente al país por el camino de un imposible retorno a las fuentes.

Nueve meses alcanzó a gobernar Oscar Gestido (que constituyó de alguna manera la última figura de caudillo dentro de los partidos tradicionales, aun cuando fuera una imagen aparentemente renovada, modernizada y ciertamente atemperada de esa tradicional personalista latinoamericana), sin

1968-...: DICTAD

Al asumir la presidencia, el vicepresidente de opaca trayectoria, cuyo mayor aporte a la cultura física de la Federación Uruguaya de Fútbol fue el de haber llegado a ser sujeto de transacción en la coalición que sustentó el gobierno, ya que la medida generalizada de huelgas pareció inicialmente que se hubiera mantenido la estabilidad institucional, a medida que se fue produciendo el deterioro del programa. En noviembre de 1973, el gobierno de Gestido, y el equipo de gobierno, y el otro, y

lograr avanzar un solo paso: constreñido por las presiones externas y las pugnas intestinas de su propio partido, se debatió en una espiral sin fin. A través de un proceso que sería bizantino describir en sus detalles, Gestido intentó primero un gobierno de "Unidad partidaria", luego una vía pretensamente "nacionalista", apoyándose en la izquierda liberal del coloradismo para desatarse del Fondo Monetario, más tarde volviendo al redil del FMI, e implantando el estado de sitio. Un síncope cardíaco cerró el círculo.

A su muerte, en diciembre de 1967, parecía evidente que el Uruguay no tenía salida alguna dentro de los moldes del sistema.

1968- . . . : DICTADURA POLICIAL

Al asumir la presidencia en virtud de la muerte de Gestido, el vicepresidente Jorge Pacheco Areco es un político de opaca trayectoria, prácticamente desconocido por el electorado, cuya mayor fama pública proviene de su inclinación a la cultura física y de su gestión como presidente de la Federación Uruguaya de Boxeo Amateur. En rigor, Pacheco llegó a ser candidato a la vicepresidencia como sujeto de transacción en las negociaciones que dieron forma a la coalición que sustentó a Gestido. Si no en un primer momento, ya que la muerte de Gestido determinó una sensación generalizada de estupor y desconcierto, y la población pareció inicialmente tranquilizada por el mero hecho de que se hubiera mantenido, con la asunción de Pacheco, la "estabilidad institucional", por lo menos algún tiempo después, a medida que el nuevo Ejecutivo comenzaba a transitar por la senda del gorilismo y la creciente represión comenzó a producirse en la sensibilidad de las masas un fenómeno que resulta imprescindible evaluar en toda su extensión. En noviembre del 66 los uruguayos no votaron por un programa, ni siquiera por lo que podría entenderse como un "equipo de gobierno": lo hicieron por un color en contra de otro, y por una imagen personal dentro del que finalmente resultaría triunfador; el electorado "independien-

te", es decir fluctuante entre los dos grandes partidos, decidió (como en 1958 y 62 había ocurrido con los blancos) la victoria de los colorados, y dentro de esa victoria, la asunción de Gestido a la presidencia. En consecuencia, militando en el Partido Colorado, no se siente representada en lo absoluto por Pacheco Areco, que nunca hubiera podido ser candidato presidencial y que, de haberlo sido, no habría juntado ni cien votos. Aunque el cambio de presidencia se debió a una circunstancia accidental, los uruguayos tienden a verlo, subconscientemente y de manera no precisa pero evidente, como una suerte de golpe de Estado, como la sustitución de una autoridad legítima por otra ilegítima, en la medida que ésta no tiene punto de contacto alguno con el significado de la "imagen" que ellos eligieron para la presidencia. Tal vez en tiempos de paz y bonanza, este proceso no habría cobrado importancia real, pero viene a adquirir relevancia en la actual situación, en la misma medida que el gobierno de Pacheco acude a la represión y a los métodos policiales en su confrontación con las clases populares. "Golpe de Estado" y "dictadura" son en consecuencia conceptos presentes en la mente de los uruguayos. Esa sensación se ve probablemente acentuada por la separación que el más reciente proceso político ha establecido entre dirigentes y bases: el Ejecutivo puede por ejemplo obtener eventualmente el apoyo de los sectores blancos en el Parlamento, pero esto no implica ciertamente ganar la anuencia de los votantes blancos; de hecho, no hace sino conllevar para estos dirigentes un deterioro sensible de su base electoral.

¿Y cómo sostener que no se trata de una dictadura? El país vive permanentemente bajo estado de sitio, los salarios están congelados, las garantías individuales en suspenso, los medios de información bajo censura, las fuerzas represivas son dueñas y señoras a todo nivel, la tortura se ejerce sin límites en las prisiones del régimen, el Parlamento —mantenido como fachada— es olímpicamente ignorado por el Ejecutivo. El Uruguay ya no tiene nada que ver con Suiza (¿tuvo alguna vez algún parecido?): hoy por hoy debía ser llamado "la Grecia de América".

Del estado de derecho al estado de derecha: los partidos y los sectores poco tienen que ver con el régimen de Pacheco, que ha llevado adelante su política de "estabilización" sobre la base de un gabinete compuesto por representantes directos de la oligarquía industrial-financiera asociada a los intereses del imperio. Esta fórmula vuelve inevitable la división de las aguas: una tal integración gubernamental hace inocultable y frontal el enfrentamiento clasista. Se ha eliminado el tradicional intermediario, el político profesional, que aun desde actitudes superficialmente demagógicas debía cuidar su clientela electoral al mismo tiempo que administraba los intereses de las clases dominantes. Hoy por hoy, los obreros, los campesinos y pequeños productores, los comerciantes minoristas y los integrantes de las clases medias, pueden esperar bien poco de un industrial, un terrateniente y un banquero que fungen como ministros; la polarización de clases se hace identificable, tiene rostros y apellidos: en el gobierno, los patronos, las clases explotadoras, a cara descubierta; en la oposición, los sectores populares. Durante décadas, la acción de los políticos profesionales y los mecanismos electorales de la "democracia representativa" que preservaban sus privilegios, determinaron en el Uruguay una situación singular: cientos de miles de funcionarios y obreros eran capaces de movilizarse contra la política del régimen en huelgas generales y confrontaciones callejeras, pero, a la hora de las elecciones, un altísimo porcentaje de esos mismos funcionarios y obreros se volcaba en apoyo de los dos grandes partidos, sustentados por la Ley de Lemas. Hoy, resulta más visible que nunca que tales votos, y aun las elecciones en sí, no hacen otra cosa que apuntalar el poderío patronal.

¿Puede la "izquierda tradicional" ofrecer una salida? A riesgo de alargar la historia, toda respuesta que procure ser mayormente objetiva debe referir a los antecedentes de esta izquierda, al papel que ha jugado en el proceso político dibujado en las páginas precedentes.

Como muchos de sus partidos hermanos en América Latina, el PC uruguayo atravesó durante sus primeras décadas de existencia una instancia de neto cuño stalinista, bajo formas de dominio personalista (a través de su dirigente

Eugenio Gómez, que sería finalmente expulsado, en este caso), y como furgón de cola de las directivas de la III Internacional, cocinadas en Europa con prácticamente total prescindencia de las particularidades nacionales vigentes en esta parte del mundo. En Uruguay, la tarea se hacía más difícil, porque el reformismo socializante de Batlle y Ordóñez había incorporado ya a la vida nacional una buena parte de las reivindicaciones originales de las clases trabajadoras. Desde otro punto de vista, sin embargo, esto hacía más transitable el camino sindical: a partir de su concepción paternalista del Estado, el batllismo prácticamente desdeñó la creación de un aparato sindical que pudiera estructurar y solidificar su acción política y su apelación a las masas. El Partido Comunista lo hizo, y en 1946, al calor de la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial (el Uruguay se había mantenido oficialmente neutral pero, a nivel popular, aliadófilo), alcanzó una considerable representación parlamentaria; su dominio en los gremios urbanos se fue haciendo creciente, hasta constituirse en la principal fuerza dirigente de la Convención Nacional de Trabajadores, central única del sindicalismo uruguayo. Pero el dominio sindical, a través de las directivas de los gremios, no era enteramente traducible en fuerza política electoral: dentro del marco de la Ley de Lemas, los partidos menores (Comunistas, Socialistas, Demócrata Cristiano) no han alcanzado nunca en conjunto más allá de un 10 ó 11% del total de votos, mientras blancos y colorados se reparten el restante 90%. Verbalmente, el PC uruguayo se ha contado habitualmente entre los "avanzados" del continente (su secretario general, Rodney Arismendi, fue de los primeros en plantear la tesis de la continentalización de la lucha en América Latina) y desde el triunfo de la Revolución Cubana en 1959 apareció siempre situado en posiciones de apoyo a ésta. Pero, para los observadores más suspicaces, la clave de estas actitudes podía encontrarse en que, respecto a la lucha armada, puesta sobre el tapete para la liberación continental precisamente por Cuba, el PC consideraba que Uruguay era una "excepción".

A su vez, el Partido Socialista, que originalmente había sido apenas "la izquierda del batllismo", y que ha debido

atravesar múltiples escisiones y fracturas internas, llevó adelante lo que pretendía ser una batalla ideológica contra estas posiciones del PC, pero se limitó a hacerlo verbalmente, actitud que igualmente adoptaron, en mayor o menor medida, las agrupaciones menores de izquierda discrepantes con aquella línea. Tanto el PC como el PS probaron la estrategia "frentista": en 1962, los comunistas, aliados a diversas agrupaciones pequeñas y a algunas figuras independientes, crearon el Frente Izquierda de Liberación (F. I. de L.); los socialistas, por su parte, integraron su alianza con un sector escindido del partido blanco. La experiencia del PC permitió aumentar en algo su votación; la "Unión Popular" creada por los socialistas fue un desastre electoral, que los dejó sin representación parlamentaria. En conjunto, la "izquierda tradicional" quedó en las mismas, y esa situación no parece haber variado de entonces acá: en la siguiente elección, el F. I. de L. volvió a aumentar su electorado y el PS, esta vez solo, disminuyó aún más. Al parecer, no se trata de otra cosa que de un trasiego de votos.

En diciembre de 1967, apenas una semana después de asumir el gobierno, Pacheco Areco ilegalizó al Partido Socialista y a otras cinco organizaciones de izquierda, que entonces habían comenzado a editar un diario sobre la base de un acuerdo programático en torno a las resoluciones de la conferencia de OLAS (La Habana, agosto de 1967). El acuerdo se quebró, el PS volvió a la actividad publicitaria a través de algunos semanarios y el PC, indemne ante esta primera arremetida dictatorial, conserva hasta hoy su periódico, sus mecanismos legales y su representación parlamentaria.

En este cuadro han irrumpido, con inocultable impacto, los Tupamaros.

UNA BREVE HISTORIA

En julio de 1963, diez años después del asalto al Cuartel Moncada que marcara el inicio de la lucha insurreccional en Cuba, un grupo de militantes de izquierda encabezados por Raúl Sendic penetró en el local del Club de Tiro de

Colonia Suiza (una apacible villa de descanso del interior uruguayo) y se apoderó de una docena de fusiles sin cerrojo. A la vuelta de algunos años, esta acción ha llegado a ser vista por la mayoría de los uruguayos como el "bautismo" noticioso de lo que con el tiempo llegaría a ser el Movimiento de Liberación Nacional; pero, por entonces, a esa "expropiación" de armas despertó las más diversas reacciones. La gran prensa, inicialmente escandalizada por el surgimiento de acciones "subversivas" en el escenario de la lucha política uruguaya ("*ejemplo y modelo de democracia representativa*", reiteraron empalagosamente los diarios oficialistas de la época), volvió prontamente sobre sus pasos, comprimiendo los riesgos que ese escándalo conlleva, y buscó minimizar la noticia hasta las proporciones de un hecho delictivo común. Desde la izquierda tradicional, por su parte, que venía de plantear la ya referida experiencia "frentista" en las elecciones del 62, no faltó el calificativo de "provocadores" para los responsables de la acción. Pero en la base de estos sectores y en los círculos más politizados de la opinión independiente, el episodio marcó una sensible conmoción: la perplejidad, y aun el escepticismo, ante hechos como éste (comunes en la historia de América Latina, especialmente a partir del triunfo de la Revolución Cubana, pero prácticamente inéditos en el Uruguay), no llegaban a ocultar una comprobación contrapuesta: la de la creciente agudización de la crisis que golpeaba al país desde hacía una década —y cuyos indicios auguraban días mucho más negros para las clases trabajadoras—, la progresiva gangrena que corroía las estructuras del *welfare state* promovido por el liberalismo desde comienzos del siglo, la ineficacia de los canales electorales para quebrar el predominio político de los sectores dominantes y la entrega del país a los intereses imperialistas que ellos representan.

La policía identificó a Raúl Sendic y a otros militantes de izquierda como autores del asalto al Club de Tiro, pero no logró detenerlos. Miembro del Partido Socialista Uruguayo, Sendic se había dedicado, desde antes de 1960, a un trabajo de politización en algunos sectores rurales largamente postergados por las organizaciones de izquierda, tradicionalmente volcadas hacia los trabajadores urbanos. Los

núcleos hacia los que orientó su trabajo Sendic eran (son) los más típicamente proletarizados del ámbito rural, lejanos tanto del pequeño propietario que suele encontrarse en las zonas granjeras del sur como del “peón de estancia” que se desempeña en los latifundios ganseros, de ambigua ubicación dentro de la escala de clases y prácticamente sin posibilidades de efectiva agremiación: se trataba de los trabajadores zafreros del arroz en el este, y de la remolacha y la caña de azúcar, en el norte del país. Estudiante de Derecho (con el título de Procurador), Sendic no se limitó a una tarea de prédica política o de asesoría organizativa; entendió que la única forma de ganar la confianza de los trabajadores de asimilar sus problemas, de hablar su lenguaje, era integrarse a su vida y a su trabajo: se convirtió así en un “*peludo*” (como llaman en la zona a los cañeros, como los propios cañeros se llaman a sí mismos). Tras movilizar y organizar a los remolacheros del Departamento de Paysandú y a los cañeros de Salto —ambos departamentos se encuentran en el litoral del Río Uruguay, que marca la frontera con Argentina, al oeste del país— Sendic formó la UTAA (Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas) con los trabajadores de las plantaciones de caña que abastecen a la empresa CAINSA (de propiedad norteamericana), en el extremo norte del Uruguay, limítrofe con Brasil y Argentina. A través de UTAA los “*peludos*” obtuvieron el respeto a una serie de leyes sociales que las empresas incumplían al amparo de la negligencia (o, directamente, la complicidad) gubernamental, la falta de organización de los trabajadores y el desconocimiento del resto del país sobre las condiciones de vida y trabajo en los cañaverales de Artigas, literalmente subhumanas. Pero, con la orientación de Sendic, los cañeros comprendieron pronto que esa lucha por el cumplimiento de disposiciones legales —pagada ciertamente al precio de la persecución y la violencia contra dirigentes y militantes de UTAA— no era sino el primer paso en un camino que debía profundizarse.

En 1962, los cañeros, encabezados por Sendic, llegan hasta Montevideo tras una marcha a pie a lo largo de más de seiscientos kilómetros con sus mujeres y sus hijos: reclaman “*tierras para trabajar*” (a través de una ley que

expropiara latifundios improductivos en su zona de trabajo). En alguna medida, los "peludos" crean conmoción en la capital, no sólo por la publicitación de las condiciones en que deben vivir y trabajar, sino también y especialmente por lo que implica esta interrupción de un sector campesino sindicalizado y radicalizado en sus concepciones políticas en el marco de la campaña electoral que se desarrolla en esos momentos. La izquierda, sectarizada, los ignora totalmente o intenta aprovecharlos demagógicamente como bandera. Pero los "peludos" quiebran las leyes del juego y provocan un enfrentamiento con los burócratas de la Confederación Sindical del Uruguay, central amarilla hoy desaparecida; hay tiros, heridos, un muerto; Sendic y algunos de los "peludos" son encarcelados pero posteriormente salen en libertad. Muchos interpretan este episodio como el antecedente directo de la "expropiación" de armas llevada a cabo el año siguiente, ante el convencimiento de Sendic y sus compañeros de que la violencia era inevitable en la confrontación con el régimen.

Y así como hoy se señala el caso del Club de Tiro como el primer indicio público sobre la existencia de una organización dispuesta a llevar la confrontación de clases hasta sus más elevadas expresiones, el movimiento de los cañeros es considerado en última instancia como la génesis de los Tupamaros.

Según puede registrarse entre algunos de los sectores consultados para realizar esta crónica, en 1963, tras su identificación como responsable del asalto al Club de Tiro, Raúl Sendic fue instado a entregarse; al parecer se contaba con la relativa latitud del ordenamiento jurídico uruguayo en cuanto a "delitos políticos", con los atenuantes que podrían manejarse en su defensa, e, incluso, con la oportunidad que podía significar un proceso de esta naturaleza para agitar públicamente el movimiento de los cañeros y el panorama global de injusticia y opresión en el que ese movimiento se inscribía como su extremo más dramático. Pero finalmente prevaleció, sobre estas especulaciones "políticas", la visión de Sendic y de algunos de sus compañeros: el camino estaba elegido y no admitía retornos; aun en el caso de que los responsables de la "expropiación" de armas no

hubieran sido identificados, no otro camino sino el de la clandestinidad habría de acogerlos. Ciertamente, la identificación policial parecía a primera vista acrecer los riesgos, pero al mismo tiempo implicaba un obligado "handicap", una exigencia insoslayable de la vía por la que se había decidido transitar. Desde 1963, hay una fotografía de Raúl Sendic en cada una de las seccionales policiales de todo el país, pero la "eficacia" de los cuerpos represivos no ha logrado ir más allá de eso.

En sectores de la izquierda uruguaya se tiene entendido, que el grupo encabezado por Sendic operaba por entonces como "brazo armado" del Partido Socialista, que acababa de salir del frustráneo intento electoral de 1962. Esa estructura, al parecer, no se mantuvo mucho tiempo; según suponen los sectores consultados, los integrantes del grupo armado encontraban crecientes contradicciones entre las necesidades técnicas de su organización (que debían contemplar un hermético mecanismo de seguridad para proteger su obligada clandestinidad) y las tradicionales vías de acción y decisión a nivel de un aparato político legal y público. Puede asimismo presumirse, con la perspectiva del tiempo, que esas contradicciones mayormente prácticas reflejaban forzosamente una subyacente y aún no precisada divergencia teórica en cuanto a la forma en que debía encararse la acción política en el Uruguay. Cuatro años después de aquella separación, los Tupamaros plantearían en uno de sus documentos algunas expresiones esclarecedoras acerca de los "brazos armados" de organizaciones políticas legales: *"Ningún partido cumple con los principios revolucionarios que enuncia si no encara seriamente esta preparación para la lucha armada en toda la escala del partido. De otra forma no se logra la máxima eficiencia posible para enfrentar a la reacción en cada etapa, lo cual puede resultar una negligencia fatal (cabe recordar a Brasil y Argentina), o el desperdicio de una coyuntura revolucionaria. No encarados para su fin específico, los pequeños grupos armados partidistas pueden transformarse en triste masa de maniobras políticas"*.

Es en esta época, 1963-64, que los observadores acostumbra situar el nacimiento de los Tupamaros como or-

ganización; consecuentemente, este período aparece como el más oscuro y menos conocido, aun para los militantes de los restantes grupos de izquierda. Según los escasos indicios que pueden hoy ser recogidos al respecto, los integrantes del "brazo armado" del PS procuraron inicialmente una fórmula de coordinación con otros sectores de militantes de izquierda escindidos de sus organizaciones por una —aparentemente— similar visión sobre la lucha revolucionaria en el Uruguay. Simultáneamente (1964), se realizan "expropiaciones" de explosivos y armas y acciones esporádicas de los llamados "comandos del hambre", que se apoderan de camiones con comestibles y los distribuyen entre los pobladores de los llamados "cantegriles" (viviendas de emergencia situadas en el cinturón de las ciudades).

Pero, de hecho, según la opinión generalizada de los medios de izquierda, los Tupamaros nacen después que los intentos de coordinación con otros grupos de militantes se ven interrumpidos por discrepancias tácticas y estratégicas. La versión más verosímil de las que circulan entre los observadores uruguayos indica que el embrión inicial de lo que es hoy el MLN reunía apenas una veintena de militantes; éstos, convencidos, de que el objetivo central era "preparar un ejército", y que tal propósito implicaba un hecho técnico y organizativo singularmente riguroso, habrían decidido pasar a una etapa de "puertas cerradas". Esa voluntariosa y decisiva entrada en la clandestinidad y el silencio habría de prolongarse aproximadamente por un año y medio.

Los dieciocho o veinte meses que van desde el nacimiento objetivo de los Tupamaros hasta que, en 1965, cartelones de alquitrán en los muros de la ciudad comienzan a difundir esa denominación ciertamente extraña a primera vista, resultan literalmente impenetrables para toda labor investigativa ajena a la organización. En ellos se encuentran seguramente las claves originales del crecimiento y la maduración del MLN, de su firme camino hacia la creación de una vanguardia revolucionaria.

De allí en más, ese crecimiento y esa maduración vendrían a coincidir con el ya reseñado deterioro del régimen

liberal burgués en la ex "Suiza de América". En diciembre de 1966 y diciembre de 1967 los Tupamaros protagonizaron sus primeros enfrentamientos violentos con los cuerpos represivos; en el primer episodio resultaron muertos dos militantes y fueron descubiertos algunos locales clandestinos, pero el MLN probó que estaba en condiciones de superar ese "bautismo de fuego" sin que resultara comprometida su existencia misma como organización. El enfrentamiento de 1967 resultó un fiasco para la policía, que después de tender un espectacular cerco y anunciar que los "subversivos" no podrían escapar, debió reconocer que los Tupamaros habían eludido sin dificultad el asedio. Durante este período, el MLN lleva a cabo acciones de menor envergadura, al tiempo que acepta y afina su organización: será a partir de 1968, cuando Pacheco Areco hace trizas los últimos afeites legales del sistema, que los Tupamaros comenzarán a golpear con toda su fuerza.

TEORIA Y PRACTICA DE LOS TUPAMAROS

De acuerdo con sus propios documentos, los conceptos teóricos que respaldan las acciones de los Tupamaros pueden resumirse en estos términos:

a) Como lo recordara Che Guevara, no hay que esperar a que estén dadas todas las condiciones objetivas y subjetivas para llevar adelante la revolución; la lucha armada (el foco en el planteo del Che) puede crearlas. Según los Tupamaros, el principio fundamental de su organización es el de que *"la acción revolucionaria en sí, el hecho mismo de armarse, de prepararse, de procesar hechos que violen la legalidad burguesa, genera conciencia, organización y condiciones revolucionarias"*. Esto plantea una diferencia fundamental entre el MLN y las restantes organizaciones de izquierda uruguaya, *"la mayoría [de las cuales] parecen confiar más en los manifiestos, en la emisión de enunciados teóricos referentes a la Revolución para preparar militantes y condiciones revolucionarias, sin comprender que fundamentalmente son las acciones revolucionarias las que precipitan las situaciones revolu-*

rias". En este sentido, la existencia de un grupo armado preparado para llevar a cabo acciones revolucionarias admedianamente preparación fundamental: "Si no hay un grupo revolucionarias se desaprovechan o no se capitalizan para la revolución. Suceden cosas para el "Bogotazo". El grupo armado le da eficacia y cohesión a la lucha, y la conduce a su destino. Además, el grupo armado puede contribuir a crear la coyuntura revolucionaria, o, para decirlo con palabras de Raúl Castro, puede ser el pequeño motor que pone en marcha el gran motor de la revolución. El grupo armado va creando o ayudando a crear las condiciones subjetivas para la revolución desde el mismo momento en que empieza a prepararse, pero sobre todo, desde que comienza a actuar".

b) Tampoco hay que esperar a lograr la unidad de las fuerzas revolucionarias para comenzar la lucha: "...la famosa unidad de la izquierda puede darse en la lucha (...) las fuerzas que se laman revolucionarias [una vez lanzada la lucha] se ven obligadas a optar entre apoyar o desaprovechar. En Cuba, el Partido Socialista Popular optó por apoyar una lucha que no había iniciado ni dirigido y subsistió. Pero Prío Socarrás, el que se llamaba principal opositor de Batista, no apoyó y desapareció". Las mayorías populares también despertarán con esa lucha: "Para el pueblo —realmente disconforme con las injusticias del régimen— la opción es mucho más fácil. Quiere un cambio y tiene que elegir entre el improbable y remoto cambio que le ofrecen algunos por medio de proclamas, manifiestos o acción parlamentaria y el camino directo que encarna el grupo armado y su acción revolucionaria". En cuanto a la relación entre la creación del partido de masas y la lucha armada "...sin considerar esfuerzo perdido el que se realice para crear un Partido o Movimiento de masas antes de crear un Partido o Movimiento de masas antes de lanzar la lucha armada, hay que reconocer que la lucha armada apresura y precipita el movimiento de masas. Y no es sólo el ejemplo de Cuba; también en China el Partido de masas se fue creando en el transcurso de la lucha armada. Quiere decir que la fórmula rígida de ciertos teó-

ricos, “primero crear el Partido para después lanzar la Revolución”, históricamente reconoce más excepciones que aplicaciones. A esta altura de la historia ya nadie puede discutir que un grupo armado, por pequeño que éste sea, tiene mayores posibilidades de éxito para convertirse en un gran ejército popular, que un grupo que se limite a emitir “posiciones revolucionarias”.

c) Por supuesto, esta convicción no implica ni con mucho desdeñar las necesidades políticas de esa lucha: “...un movimiento revolucionario necesita plataformas, documentos (...) pero no hay que confundir. No es sólo puliendo plataformas y programas que se hace la revolución. Los principios básicos de una Revolución Socialista están dados y experimentados en países como Cuba y no hay más que discutir. Basta adherir a esos principios y señalar con hechos el camino insurreccional para lograr su aplicación”. (Cabe observar, precisamente, que aun cuando los Tupamaros recurren ocasionalmente a proclamas o documentos, el mismo carácter de éstos es de por sí definitorio; valga como ejemplo el citado mayormente en este resumen, *Treinta preguntas a un Tupamaro*: su propia estructura, en forma de diálogo, revela las coordenadas de la lucha clandestina, que no permite ni exige densidad teórica o brillantez de exposición, sino apenas claridad, accesibilidad y rigor pragmático en los planteamientos centrales). El caso es que, para el MLN, “un movimiento revolucionario debe prepararse para la lucha armada en cualquier etapa, aun cuando las condiciones para la lucha armada no estén dadas (...) por dos razones al menos. Porque un movimiento armado de izquierda puede ser atacado por la represión a cualquier altura de su desarrollo y debe estar preparado para defender su existencia... recordar Argentina y Brasil. Y porque si a cada militante no se le inculca desde el principio la mentalidad del combatiente, iremos elaborando otras cosas: un mero movimiento de apoyo a una Revolución que harán otros —por ejemplo—, pero no un movimiento revolucionario en sí mismo”. Como se anotara antes, empero, esto no debe interpretarse como un “militarismo” a ultranza, como un menosprecio de toda otra actividad: “... el

trabajo de masas que lleve al pueblo a posiciones revolucionarias también es importante. De lo que el militante —incluso el que está en el frente de masas— ha de ser consciente, es que el día en que se dé la lucha armada él no se va a quedar en su casa esperando el resultado. Y debe prepararse en consecuencia, aunque su militancia actual sea en otros frentes. Esto, además dará autoridad, autenticidad, sinceridad y seriedad a su prédica revolucionaria actual". De momento, la actividad de un militante o movimiento de masas debe tratar de crear un gremio específico: "Si bien se trata de un militante en gremio sea un grupo dentro del gremio, sea todo el gremio, donde se pueda organizar el apoyo para la acción del aparato armado y la preparación para ingresar al mismo. Formación teórica y práctica, reclutamiento, serán las tareas concretas principales dentro de ese ámbito. Además, la propaganda de la lucha armada. Y en caso de que sea posible, llevar al gremio a luchas más radicales y a etapas más definitivas de la lucha de clases". Aunque no declaradamente (el documento citado no tiene fecha; los observadores tienden a situarlo, por algunas referencias contenidas en el texto, en el segundo semestre de 1967), estas precisiones del MLN coinciden con las conclusiones centrales de la primera conferencia de OLAS: "La Conferencia ha dejado esclarecido que siendo la lucha armada la vía fundamental es igualmente necesario emplear otras formas de lucha, siempre que se encuentren subordinadas o tengan por objetivo ayudar a desarrollar la que se estima principal". (4)

d) La necesidad de que un movimiento revolucionario se prepare para la lucha armada en cualquier etapa de su desarrollo aparece también presidida, en el concepto de los Tupamaros, por la convicción de que "un combatiente no se puede improvisar". Allí reside quizá el elemento que ha colocado al MLN en una singularísima posición a la vanguardia de la lucha revolucionaria en el Uruguay:

(4) OLAS, Resolución General del Punto I de la Agenda, "Para nosotros la patria es América".

cuando la violencia reaccionaria del régimen obliga a llevar la lucha al terreno de la acción directa, los Tupamaros aparecen como los únicos capaces, por su empeñosa preparación, de contestar eficazmente con la violencia revolucionaria. De hecho, han llevado a la práctica una concepción expresada en estos términos: *“La lucha armada es un hecho técnico que requiere, pues, conocimientos técnicos, entrenamiento, práctica, materiales y psicología de de combatiente. La improvisación de este terreno, se paga onerosamente en vidas y fracasos. El espontaneísmo que propician los que hablan vagamente de la “revolución que hará el pueblo” o “las masas”, o es mera dilatoria o es librar a la improvisación, justamente, la etapa culminante de la lucha de clases. Todo movimiento de vanguardia, para conservar ese carácter en el momento culminante de la lucha, debe intervenir en ella y saber encauzar técnicamente la violencia popular contra la opresión, de modo que se logre el objetivo con los menores sacrificios posibles”*.

e) El rechazo del “tecnicismo” en sí, y la necesidad de formular la lucha en términos políticos y militares interrelacionados, conceptos ya expresados en la opiniones de la organización sobre los “brazos armados” partidarios, encuentran en los documentos del MLN una síntesis precisa y realista: *“Todo aparato armado debe formar parte de un aparato político de masas a determinada altura del proceso revolucionario y en caso de que tal aparato no exista debe contribuir a crearlo. Esto no quiere decir que sea obligado, en el panorama actual de la izquierda, a adscribirse a uno de los grupos políticos existentes o se deba lanzar uno nuevo. Esto es perpetuar el mosaico o sumarse a él. Hay que combatir la mezquina idea en boga de Partido, que lo identifica como una sede, reuniones, un periódico o posiciones sobre todo lo que lo rodea. El conformismo de esperar que los otros partidos de izquierda se disuelvan ante sus andanadas verbales, y sus bases y el pueblo en general vengan un día a él. Esto es lo que se ha hecho durante 60 años en Uruguay, y el resultado está a la vista. Hay que partir de la realidad. Hay que reconocer que hay revolucionarios auténticos en todos los partidos*

de izquierda, y muchos más que no están organizados. Tomar estos elementos y grupos donde estén y unirlos, es una tarea para la izquierda en general, para el día en que los sectarismos queden atrás; cosa que no depende de nosotros. Pero mientras esto no suceda, la Revolución no se puede detener a esperar. A cada revolucionario, a cada grupo revolucionario sólo nos cabe un deber: prepararse para hacer la Revolución. Como dijo Fidel en uno de sus últimos discursos: "... con Partido o sin Partido. La Revolución no puede esperar".

UNA ESTRATEGIA CON LOS PIES EN LA TIERRA

Llevar adelante la lucha armada revolucionaria plantea obviamente la necesidad de una estrategia; según surge de sus mismos documentos, el MLN no ve esta necesidad como "un bello objeto de reflexión" ni mucho menos. También en este punto, los Tupamaros prefieren soslayar los brillos meramente teórico para procurar empeñosamente un acercamiento a las duras realidades de la praxis: declinan exponer "una estrategia detallada" [para la toma del poder en el Uruguay], proponiendo en cambio "algunas líneas generales estratégicas y esto mismo sujeto a modificaciones, con el cambio de circunstancias. Es decir, líneas generales estratégicas válidas para el día, mes y año en que se enuncian", porque "Una estrategia se va elaborando a partir de hechos reales básicos y la realidad cambia, independientemente de nuestra voluntad (...) no es lo mismo una estrategia basada en el hecho de un movimiento sindical fuerte y organizado, que una basada en el hecho de que ese movimiento haya sido desbaratado, para poner un ejemplo ilustrativo". Con esta salvedad, los hechos reales básicos más importantes en que el MLN funda sus líneas generales estratégicas (en la segunda mitad de 1967, cuando fue elaborado el documento que se toma como fuente) son:

1) "La convicción de que la crisis, lejos de irse superando, se va profundizando día a día. El país está fundido y un plan capitalista de desarrollo para aumentar la pro-

ducción de artículos exportables, en caso de que se pudiera aplicar, no dará rendimiento sino muy menguado y dentro de varios años. Quiere decir que tenemos varios años por delante donde el pueblo deberá seguir apretándose el cinturón. Y con 500 millones (5) de Deuda Externa no es previsible que vengan desde el extranjero cuantiosos créditos capaces de devolverles su mediano standard de vida a los sectores que lo han perdido. Este es un hecho concreto básico: habrá penuria económica y descontento popular en los próximos años". Tal comprobación incide, según el MLN, "... en las condiciones objetivas y subjetivas para la revolución. Es fundamental que la mayoría de la población, aunque no esté para lanzarse a la insurrección por lo menos tampoco está para hacerse matar por un régimen que la golpea. Esto, entre otras cosas, reduce los cálculos estratégicos respecto a las fuerzas del enemigo, prácticamente, a sus fuerzas armadas organizadas y posibilita un clima favorable para las primeras medidas de un gobierno revolucionario".

2) "Un segundo hecho básico para una estrategia, es el alto grado de sindicalización de los trabajadores del Uruguay. Si bien todos los gremios no tienen un alto grado de combatividad —sea por su composición, sea por sus dirigentes— el solo hecho de que prácticamente todos los servicios fundamentales del Estado, la Banca, la Industria y el Comercio están organizados, constituye de por sí un hecho altamente positivo, sin parangón en América. La posibilidad de paralizar los servicios del Estado ha creado y puede crear coyunturas muy interesantes desde el punto de vista de la insurrección porque —para poner un ejemplo— no es lo mismo atacar a un Estado en la plenitud de sus fuerzas, que a un Estado semiparalizado por las huelgas (...). Los sindicatos, aun con sus limitaciones actuales, han comprometido y pueden comprometer a la mayoría de la población trabajadora en una lucha frontal contra el gobierno que muchas veces ha sido resuelta por éste apelando a las FF.AA. De existir un grupo armado revolucionario capaz de llevar a etapas superiores la lu-

(5) Dólares.

cha de clases, podemos tener una lucha en mejores condiciones: con una gran parte de la población a favor y con los servicios fundamentales del Estado deteriorado".

3) "Otro factor estratégico a tener en cuenta —éste negativo—, es el factor geográfico. No tenemos lugares inexpugnables en el territorio como para instalar un foco guerrillero que perdure, aunque tenemos lugares de difícil acceso en campaña. En compensación tenemos una gran ciudad con más de 300 kilómetros cuadrados de edificios, que permite el desarrollo de la lucha urbana. Esto quiere decir que no podemos copiar la estrategia de aquellos países que por sus condiciones geográficas puedan instalar un foco guerrillero en las montañas o selvas con posibilidades de estabilizarse. Por el contrario, tenemos que elaborar una estrategia autóctona, adecuada a una realidad diferente a la de la mayoría de los países de América".

La geografía uruguaya, ¿es completamente adversa para la lucha rural? Según el MLN, "no es estrictamente así. No tenemos lugares inexpugnables como otros países, pero existen precarios accidentes naturales que permiten refugios transitorios a un grupo armado. El latifundio, es decir, en 2/3 de la superficie del país, los índices de población bajan a 0,6 habitantes por kilómetro cuadrado, lo que facilita el desplazamiento clandestino de un contingente armado; compárese con el promedio general de Cuba, más de veinte habitantes por kilómetro cuadrado, y aun de las zonas de chacras de nuestro país, como Canelones y sur de San José, con igual promedio. Al mismo tiempo, el latifundio ganadero resuelve el arduo problema logístico de la alimentación, que en otros lados necesita de una cadena de abastecimiento lograda con una gran complicidad de la población. Por otra parte, las tremendas condiciones de vida de los asalariados rurales, algunos ya organizados en sindicatos, han creado un sector espontáneamente rebelde que puede ser muy útil en la lucha rural. Si nuestra campaña no puede servir para instalar un foco permanente por lo menos puede servir para maniobras de dispersión de las fuerzas represivas". En cambio, plantean los Tupamaros, es posible encontrar condiciones adecuadas para la lucha urbana: "Montevideo es una ciudad lo

suficientemente grande y polarizada por las luchas sociales como para dar cobijamiento a un vasto contingente de comando en actividad. Constituye un marco mucho mayor que el que tuvieron otros movimientos revolucionarios para la lucha urbana. Desde luego, toda organización que pretenda perdurar en la lucha urbana, debe constituir pacientemente sus bases materiales y el vasto movimiento de apoyo y cobertura que necesita un contingente armado para operar o subsistir en la ciudad.

4) "Además, siempre para un estudio estratégico debemos tener en cuenta las fuerzas de la represión. Nuestras fuerzas armadas, de unos 12.000 hombres precariamente armados y preparados constituyen uno de los aparatos represivos más débiles de América". Desde el punto de vista estratégico, agregan los Tupamaros, las fuerzas represivas "deben ser evaluadas teniendo en cuenta su grado de preparación para la lucha, sus medios y su distribución en el país. En el interior hay una unidad militar (valor 200 hombres) cada 10 mil kilómetros cuadrados, aproximadamente. Las FF.AA. deben cubrir todos los objetivos que pueden ser atacados por un movimiento insurreccional, con 12.000 hombres de la fuerzas armadas y 22 mil de la policía, de los cuales la mitad de los primeros, y 6.000 de los segundos están concentrados en la capital. Dentro de la policía solamente hay un cuerpo preparado y pertrechado para la lucha propiamente militar" (6).

5) "Otro factor estratégico importante lo constituyen nuestros poderosos vecinos y Estados Unidos, siempre potencialmente dispuestos a intervenir contra cualquier revolución en el continente". En este contexto, ¿la posibilidad de una intervención extranjera puede ser motivo para posponer toda lucha armada en el Uruguay? Este argumento, más de una vez esgrimido por sectores seudorrevolucionarios, es rechazado de plano por el MLN: "Si así fuera, Cuba no habría hecho su revolución a 90 millas de los EE. UU., ni habría guerrillas en Bolivia, país que limita con Brasil y Argentina, como nosotros. La intervención

(6) En este punto, y precisamente en forma fundamental por las acciones de los Tupamaros, las condiciones referidas han cambiado notoriamente a lo largo de los últimos dos años.

extranjera puede constituir un revés militar inmediato, pero un avance político que se traduciría en un avance militar con el tiempo. (Imagínese) la ciudad de Montevideo ocupada por tropas extranjeras, con su consiguiente agravio para el sentimiento nacional, molestias para la población, y frente a ello un grupo armado revolucionario con buenas bases dentro de la ciudad... podrá hacerse una idea cabal de lo que significa política y militarmente la tan temida intervención extranjera. Además, en todo caso, nuestra estrategia se inscribe dentro de la estrategia continental de "crear muchos Vietnam", y los intervencionistas tendrán profuso trabajo en muchos y diversos frentes".

6) "Y por fin, un factor estratégico fundamental es el grado de preparación del grupo armado revolucionario"; a este respecto, las opiniones de los Tupamaros han sido ya consignadas en el subtítulo anterior. Pero ellos mismos sostienen que, especialmente en este punto, los hechos hablan mejor que las palabras.

A partir de estos hechos básicos, el MLN proponía, a fines de 1967, algunas líneas generales estratégicas "para todas las organizaciones auténticamente revolucionarias y para todos los individuos que realmente anhelan una revolución" en el Uruguay: "Crear una fuerza armada con la mayor premura posible, con capacidad para aprovechar cualquier coyuntura propicia creada por la crisis u otros factores. Crear conciencia en la población, a través de acciones del grupo armado u otros medios, de que sin revolución no habrá cambio. Fortificar los sindicatos y radicalizar sus luchas, y conectarlas con el movimiento revolucionario. Echar bases materiales para poder desarrollar la lucha urbana y la lucha en el campo. Conectarse con otros movimientos revolucionarios de Latinoamérica, para la acción continental".

EL FUTURO

Tres años después de enunciados esos propósitos, y hasta donde puede deducirse de los hechos, ellos están siendo cumplidos a plenitud por el MLN. Esos mismos

hechos, por su parte, ayudan a precisar la imagen que surge de los planteamientos teóricos de la organización. Un análisis detallado de las acciones llevadas a cabo por los Tupamaros desde lo que los observadores suelen calificar como su primer "gran golpe" (el secuestro y retención durante cinco días, ante la impotencia de los cuerpos represivos, de Ulises Pereira Reverbel, hombre de gobierno estrechamente vinculado a Pacheco Areco y representante de la política antiobrera del régimen) podría resultar aleccionador pero extendería en exceso los límites de esta nota. Con todo, resulta ineludible a los efectos de un mejor análisis crítico anotar algunas conclusiones.

En primer lugar, la que aparece a los ojos de la mayoría de los observadores como característica más notable del proceso cumplido hasta ahora por los Tupamaros es que en todas sus acciones los objetivos políticos destacan nítidamente por encima o a la par de su eficacia estrictamente "técnica". Este propósito, empeñosamente ejercido, se manifiesta no sólo en la gradación milimétrica de la violencia física que eventualmente implican tales acciones (los secuestros, por ejemplo, han sido realizados siempre en el contexto de una lucha social, sin que supongan necesariamente peligro de muerte para el secuestrado) en la clarificación que procura hacerse permanentemente ante quienes resultan testigos forzados o víctimas indirectas de una acción del Movimiento, sino también en la elección precisa de los "expropiados"; resulta significativo, en este punto, que aun las "expropiaciones" (dinero, armas) necesarias *per se* para el sostenimiento de la organización, conllevan habitualmente una connotación política que apunta a la impugnación global del régimen y a la denuncia de quienes detentan el poder. No menos significativo resulta a su vez el planteamiento amplio, de "Unidad nacional" (obviamente a partir de la unidad de clase) que los Tupamaros ofrecen a través de sus proclamas, y que avalan con sus acciones: la lucha se plantea entre explotados y explotadores, y no contra el gobierno en sí ni contra uno de sus integrantes, sino contra el sistema que, precisamente, permite que "unos estén arriba y otros abajo". Por este camino se procura asimismo el rescate y la purificación de

las verdaderas raíces nacionales. En una proclama radial, el MLN afirma: "Todo rebelde es un Tupamaro, aunque no pertenezca a la organización". Sobre esta base, en el combate, habrá de lograrse la unidad.

Las conclusiones podrían aun extenderse a otros detalles, pero quizá convenga, por sobre todo, subrayar hasta dónde todas ellas surgen de un hecho básico: la precisa visión política y social con que, en 1963, los primeros Tupamaros optaron por la larga, dura, silenciosa y paciente acción clandestina que los ha convertido en un factor de poder insoslayable para entender el Uruguay de 1970, la América Latina de hoy. Y hay también, en esa elección y en el tránsito consecuente de esa escabrosa y sacrificada senda, una lección de humildad: un observador atento de este proceso habrá de encontrarse efectivamente con una a menudo sorprendente dosis de realismo y austeridad expresiva. La literatura política del MLN se limita a lo imprescindible y directo no solamente por las ya anotadas exigencias de la actividad clandestina, sino también —parece evidente— por una muy ajustada y modesta visión de los objetivos propuestos. Así por ejemplo, la "toma del poder", que innegablemente es el objetivo central de las acciones del MLN (en rigor, puede afirmarse que quizá ninguna agrupación política de izquierda se lo ha planteado en el Uruguay con tanta decisión y entereza como los Tupamaros), difícilmente aparezca en sus proclamas como la torta de cumpleaños que los "revolucionarios de café" suelen ver siempre a la vuelta de la esquina. Para el MLN, cada acción persigue un objetivo concreto y preciso, que obviamente juega su papel en la estrategia general que conduce a la toma del poder; pero su mismo planteamiento parte de la base de que la lucha liberadora será larga y accidentada, y que el Uruguay no podrá escalar solo las cimas más altas de esa lucha. Notoriamente, los círculos del Partido Comunista uruguayo se equivocan de largo a largo cuando pretenden definir a los Tupamaros como *blanquistas*; si los militantes del MLN tienen ciertamente la mística, el coraje y la decisión apasionada de los discípulo de Blanqui, poseen a la vez una concepción lo suficientemente clara del proceso revolucio-

nario nacional y latinoamericano como para suponer que alcanza con una acción de comando sobre el Palacio de Gobierno para implantar el poder revolucionario.

“La realidad cambia, independientemente de nuestra voluntad”, admiten los Tupamaros, y en ese reconocimiento radica probablemente buena parte de su indestructibilidad actual, porque un proceso revolucionario sólo es capaz de consolidarse y avanzar en la medida en que se nutre de sus propias experiencias. Para algunos observadores, el operativo militar que el MLN desató sobre la localidad de Pando, algunos meses atrás (y que determinó la muerte de cuatro de sus militantes y la detención de otros quince), fue aventurado y destinado previamente al fracaso; un examen más apegado a los hechos, empero, indica que sólo una conjunción de azarosas circunstancias pudo frustrar la operación, y que ésta determinó de todas maneras un salto cualitativo en la vida del Movimiento. Una organización simplemente lanzada a la aventura no habría sido seguramente capaz de sobrevivir a esta experiencia con la solidez suficiente como para seguir jaqueando al régimen en cuanta oportunidad se lo proponga. Los contrastes forman obviamente parte integral de todo proceso revolucionario, y todo indica que éste, duro como fue, ha sido enteramente asimilado por el MLN. Porque la base de su teoría revolucionaria se presente en cualquier momento (pero obviamente reconoce también la posibilidad de que un error de apreciación o circunstancias fuera de contexto conviertan en contraproducente el intento de aprovechar esa coyuntura; ¿Qué otra cosa fue, por ejemplo, el asalto al Moncada?), y que en consecuencia, sobre la convicción acerca de la inevitabilidad de la victoria final, lo que importa es prepararse. Y un combatiente no se improvisa.

La decisión de los primeros Tupamaros, siete años atrás, se hizo irreversible porque irreversible era el mismo proceso en que ella se inscribía. El tiempo, efectivamente, ha venido a confirmar los planteos básicos del MLN;

1) La crisis, lejos de detenerse, se ha agudizado hasta límites insostenibles;

2) La existencia del grupo armado obliga al régimen a desnudar su esencia agresiva: a la violencia cotidiana que

subyace en el sistema, el gobierno agrega ahora la violencia desembozada de la represión armada; la máscara de la legalidad se cae a pedazos;

3) Esa violencia alcanzar a las organizaciones revolucionarias y al movimiento de masas en cualquier etapa de su desarrollo; sólo podrán superarla quienes estén preparados técnicamente para hacerle frente;

4) La acción conjugada del grupo armado y del movimiento de masas está en condiciones de derrotar al régimen;

5) El grupo armado genera conciencia y radicaliza a los sectores indecisos: unas pocas acciones de los Tupamaros han ganado más apoyo de la población que meses de trabajo político o sindical a nivel tradicional.

En 1963, estas proposiciones podían ser aún materia opinable; hoy son verdades duras y calientes, avaladas por la historia. Quienes ahora, bajo la dictadura (a la que bien poco costaría arrancarse la última máscara y perpetuarse sin escrúpulos), vuelven a dibujar el espejismo electoral, harían bien en revisarlas. Y si por un momento se decidieran a abandonar sus asépticos y mullidos gabinetes, podrían comprobar que la sangre derramada por los compañeros que han creído hasta el fin en aquellas profecías no es por cierto la menor de las pruebas sobre su última, dura y contundente verdad.

Santiago de Chile, abril de 1970.

RUY MAURO MARINI

**LA IZQUIERDA
REVOLUCIONARIA BRASILEÑA
Y LAS NUEVAS CONDICIONES
DE LA LUCHA DE CLASES**

El desarrollo reciente de la izquierda brasileña presenta dos características principales: de un lado, la quiebra de la ideología reformista y de la política de colaboración de clases, y, de otro, la emergencia de la lucha armada como criterio rector de la acción revolucionaria. Aunque estrechamente vinculados entre sí, estos dos fenómenos corresponden a momentos distintos del proceso político y contribuyen de manera específica a conformar la situación que atraviesan actualmente las organizaciones de vanguardia en el país. Trataremos de analizarlos aquí, en la inteligencia de que todo intento para aclarar la problemática a que se enfrenta hoy el movimiento revolucionario en Brasil representa un esfuerzo para encaminar su solución.

I

El reformismo y la colaboración de clases correspondieron a las condiciones del desarrollo capitalista brasileño en el período de post-guerra y a los cambios de allí derivados para las relaciones de clases. Animada por una expansión ininterrumpida, la economía brasileña agotó, en esa fase, las posibilidades de la industrialización sustitutiva de importaciones en el renglón de bienes de consumo, con lo que el crecimiento de este sector de producción pasó a estar determinado por el aumento del mercado interno. Las condiciones para una acelerada reproducción del capital que allí existían se han visto así reducidas, lo que impulsó al capital a desplazarse hacia aquel sector de la economía en donde era posible seguir llevando a cabo la sustitución de importaciones —la industria de bienes intermedios, de capital y de consumo durables—. Este proceso se cumplió sin que se modificara profundamente la estructura agraria del país, y mediante una participación creciente de los monopolios extranjeros en el mismo.

En la primera etapa de la industrialización, es decir, antes de consumarse el cambio de tendencia expresado por la dislocación de su eje dinámico para la industria pesada, se había observado un aumento relativamente importante del proletariado fabril, mediante la incorporación a la producción de efectivos de fresco origen campesino o desplazados del sector artesanal, y un incremento aún más acentuado de las capas medias, gracias a la expansión de los servicios públicos y privados. Efectuado el cambio de tendencia, hacia la mitad de los años cincuenta, el rasgo más saliente de la estructura social pasó a ser el crecimiento del contingente urbano de masas sin trabajo o de ocupación ocasional, así como la proletarización y la pauperización de las capas medias. Al propio tiempo, la burguesía industrial, que se había reforzado a lo largo de todo el período, aceleró su desdoblamiento interno, conformando dos capas que pasaron a oponerse de manera cada vez más visible: la primera, vinculada al gran capital nacional y asentada principalmente en la industria pesada,

representaba una fracción reducida, dado su carácter marcadamente monopolístico, y marchaba rápidamente hacia la integración con los grupos extranjeros; la segunda, referida a las empresas medias y pequeñas, y teniendo como base exclusiva a la industria ligera, constituía una capa más numerosa y disponía de una relativa fuerza política, la cual se fue enmoheciendo a medida que el país se adentraba en la década de los sesenta.

A esa estructura social urbana correspondía una estructura agraria caracterizada por el binomio empresas capitalistas-latifundios tradicionales, dominados éstos por una clase de grandes propietarios que derivaba de la renta de la tierra una parte importante de sus ingresos. El alto grado de concentración de la propiedad territorial hacía que esa cúspide se expresara en un grupo social estrecho, que encimaba una amplia base de trabajadores asalariados y de pequeños productores individuales, apareciendo éstos últimos bajo distintas formas, que se reducen básicamente al minifundista y al arrendatario. La subordinación del latifundio tradicional a la economía de mercado llevaba a que las fronteras entre el obrero agrícola y el pequeño productor fueran imprecisas, y que el mismo trabajador las cruzase periódicamente en uno o en otro sentido; las grandes disponibilidades de mano de obra así obtenidas por los dueños del capital conducían a que el aumento de la producción agrícola, inducido por la expansión de la demanda urbana, se lograra mediante el empleo extensivo de la fuerza de trabajo, lo que se traducía en la más despiadada explotación de la población rural. Hacia fines de los años cincuenta, bajo el influjo de la agitación promovida en el Nordeste por las Ligas campesinas, la inmensa realidad de ese Brasil agrario empieza a influir en el desarrollo de las luchas políticas de la ciudad.

Tales luchas habían arreciado ya en la primera mitad de la década, movidas por los intereses de la burguesía industrial, que se enfrentaba a la burguesía agraria en lo referente a las prioridades de inversión —lo que repercutía tanto en el rumbo de la política cambiaria como en las decisiones relativas al gasto público, para dar algunos ejemplos. Simultáneamente, esa misma burguesía industrial se

dividía en cuanto a la posición a adoptar frente al capital extranjero, principalmente el norteamericano, que embes-
tía entonces sobre el prometedor campo de inversión re-
presentado por el Brasil. En el marco de esos conflictos, y
provocado en cierta medida por ellos, irrumpió, a princi-
pios de la década de 1950, el movimiento nacionalista, en-
tusiásticamente apoyado por amplios sectores de la pe-
queña burguesía, el cual se proponía defender la alterna-
tiva de un desarrollo capitalista autónomo para el país y
llevar a cabo algunas medidas de tipo democrático-burgués
que esto parecía requerir, principalmente la reforma agra-
ria.

Tras un momento de vacilación, la principal fuerza de
izquierda, el Partido Comunista Brasileño, se adhirió al
movimiento nacionalista. Definiendo su contenido en tér-
minos de una lucha antimperialista y antifeudal, el PCB
le señaló como cauce el camino pacífico, como instrumento
de las reformas y, como garante, el frente único de la bur-
guesía con la clase obrera. La extremada juventud del pro-
letariado brasileño, el carácter todavía fluido de las con-
tracciones entre el trabajo y el capital, y las condiciones
favorables de la coyuntura económica hicieron de esa po-
lítica todo un éxito: el PCB penetró fácilmente en los sec-
tores obreros y medios, aumentó su área de influencia y
se convirtió, para fines de la década, en una pieza impor-
tante del juego político brasileño.

Al decir que la política del PCB constituyó un éxito, la
estamos considerando exclusivamente en la perspectiva des-
de la cual el partido planteaba su participación en la lucha
de clases: su propio fortalecimiento. En efecto, aunque
trajo crecimiento y prestigio al partido, lo encauzó hacia
una dirección que no guardaba proporción con los fines
inmediatos que él se proponía, ni con los objetivos estraté-
gicos que, en tanto que organización marxista, deberían
nortear su acción. La política nacionalista y reformista
expresada por la burguesía industrial y respaldada por el
PCB fue incapaz de impedir la embestida llevada a cabo
por el imperialismo sobre la economía nacional y tampoco
logró golpear la estructura de dominación en el campo.
Bien al contrario, fue precisamente en el curso de los años

cincuenta que los monopolios extranjeros —mediante los mecanismos de la asociación de capitales, del control financiero y de la subordinación tecnológica— ampliaron y consolidaron su dominación interna, mientras el campo se plegaba definitivamente a la hegemonía del sector capitalista más avanzado, con sede en las ciudades. Con ello, el PCB no sólo contribuyó a agrandar el poderío del gran capital (hecho reflejado en el contenido cada vez más “desarrollista” y cada vez menos nacionalista y reformista de la política económica), sino que neutralizó el aspecto positivo que se derivaba de allí: la mayor concentración de la clase obrera, la cual no pudo traducirse en el surgimiento de una fuerza política independiente ante la burguesía; inversamente, gracias al proceso de domesticación llevado a cabo por la burguesía con apoyo del PCB, el proletariado quedó en una posición subordinada, convirtiéndose en una fuerza auxiliar de que se valían algunas fracciones burguesas en su lucha contra las demás.

La política del PCB, aunque aparentara ser un éxito para el partido, representó en realidad un fracaso, cuando evaluada a la luz de los fines que éste pretendía alcanzar, y como una verdadera traición, si se la enfoca a partir de los intereses de los trabajadores. Se planteaba así una contradicción entre el punto de vista del partido y el punto de vista de la clase. Las razones profundas de esa contradicción tienen que ver con la naturaleza misma de la concepción teórica y de la práctica política reformistas.

Señalando como objetivo inmediato la obtención de reformas parciales en el sistema de explotación, mediante las cuales la clase reúne condiciones y acumula fuerzas para, en una segunda etapa, volverse contra el mismo sistema, el reformismo es una caricatura de la estrategia leninista y refleja una concepción irreal del desarrollo capitalista en nuestros países. En efecto, separa mecánicamente dos aspectos de la lucha revolucionaria del proletariado, los cuales están estrechamente vinculados, en el tiempo y en el espacio: la movilización independiente y orgánica de la clase por sus fines socialistas y el aislamiento progresivo del enemigo a combatir —la burguesía— mediante el arrinconamiento, la neutralización o la atracción a la esfera de

la política obrera de las clases o capas que contribuyen a la mantención de la dominación burguesa. El elemento central de la estrategia leninista es siempre la formulación y la implementación de una política obrera, de lucha por el socialismo, y el enemigo a combatir, en última instancia, es la burguesía; simultáneamente, y con carácter táctico, esto es, con el fin de reforzar la línea estratégica central, se plantean combates parciales con otras fuerzas que integran el sistema burgués de dominación. Al perder esto de vista, el reformismo trastoca táctica y estrategia, confunde medios y fines, y acaba por poner en práctica una política de colaboración de clases que, al sacrificar la movilización independiente del proletariado, lo deja a éste sin conducción política, entregado al juego de apetitos que prevalecen en el interior del bloque dominante.

Del mismo modo como separa el momento táctico del tiempo estratégico y los erige en dos etapas sucesivas, esa política distingue mecánicamente las formas de explotación contenidas en el sistema capitalista, rubricándolas de feudales, capitalistas e imperialistas, de acuerdo a la apariencia que revisten. No se preocupa con ello de conocer los nexos reales que esas formas mantienen entre sí ni de determinar qué principio las articula. Muy al contrario, se agarra a la abstracción de un sistema capitalista puro, a un modelo ideal que no encuentra correspondencia en ningún sistema capitalista concreto existente, lo que lleva una vez más al reformismo a distinguir etapas sucesivas en lo que coexiste en un solo tiempo y a desdoblar su plan de lucha en varios tiempos. Entre el equívoco teórico y la desviación práctica se establece pues una simbiosis, cuyo resultado es dejar a los viejos partidos comunistas evolucionando a una distancia cada vez mayor de la línea que demarca el campo de la acción revolucionaria.

Del seno de la lucha de clases y ante el vacío de conducción que afectaba a las clases trabajadoras brasileñas va a surgir la fuerza que se propone realizar esa acción —la izquierda revolucionaria. Esta aparece, inicialmente, como una práctica política que, sin salirse todavía del marco institucional, se lleva a cabo fuera del control de la izquierda reformista —como es el caso de las Ligas campe-

sinas, surgidas en el Nordeste en la segunda mitad de los cincuenta— o como brotes de contestación ideológica al reformismo —cuyo primer fruto orgánico es la Organización Revolucionaria Marxista— Política Operaria (POLOP), creada a principios de los años sesenta. Sin relación entre sí, estas dos tendencias se acercan posteriormente, sin llegar empero a fusionarse, al tiempo que, pese a que no se derivan de allí, tienen su desarrollo favorecido por el curso que asume la Revolución Cubana. Sus raíces profundas deben buscarse en la dialéctica misma del desarrollo capitalista en Brasil, y su evolución ulterior, en la crisis coyuntural al que éste ingresa a partir de 1962. Los dos fenómenos no son, por lo demás, excluyentes: es la crisis coyuntural la que pone al desnudo la esencia del capitalismo brasileño y permite que se echen las bases de una teoría revolucionaria, que enmarcará el desarrollo de la nueva izquierda.

II

Lo que el desarrollo capitalista brasileño exhibe crudamente, en los años sesenta, es el hecho de que se realiza con base a un proceso de acumulación de capital llevado a cabo en condiciones marcadamente monopolísticas de los medios de producción, condiciones éstas agravadas por los efectos que acarrea la incorporación de una tecnología ahorradora de mano de obra, importada de los países capitalistas centrales. Esto provocó una concentración acelerada de la riqueza en el polo capitalista de la sociedad y desempleo, subocupación y pauperismo en el polo que corresponde al factor trabajo, engendrando una situación contradictoria, en la que el crecimiento del excedente económico invertible se acompaña de una retracción relativa de las posibilidades de inversión. La crisis coyuntural de 1962 fue una primera expresión de este proceso; la política económica del régimen militar implantado en 1964, así como este mismo régimen, representó una segunda expresión, aquélla mediante la cual el gran capital trató de someter a su control la lucha de clases desencadenada por esa forma de acumulación.

Para comprender el sentido de la dinámica social brasileña a principios de la pasada década, hay que considerar inicialmente la situación de la burguesía. La diferenciación de los sectores de producción, motivada por el desarrollo de la industria pesada, y la asociación progresiva de los grupos burgueses vinculados a ésta con el capital extranjero, no hicieron sino acusar la estratificación capitalista se había basado esencialmente en la explotación extensiva de la mano de obra, mediante la incorporación de más trabajadores a la producción o la extensión de la jornada de trabajo. Con esto, el mecanismo regulador del reparto de la plusvalía era la tasa de plusvalía absoluta, y el proceso de concentración se veía determinado en lo esencial por la dimensión misma del capital invertido, lo que lo mantenía dentro de límites tolerables para los distintos estratos burgueses. La introducción de nuevas técnicas de producción, que acompañó al doble fenómeno del desarrollo de la industria pesada y de la penetración masiva de capitales extranjeros, cambió esa situación: incidiendo directamente en la productividad del trabajo, incrementó la plusvalía relativa obtenida por los grupos burgueses que participaron de ese proceso (*).

(*) Es útil tener aquí presente que la producción y acumulación capitalistas tienen, como mecanismo fundamental, la creación de plusvalía y que ésta expresa la diferencia entre el valor producido por el obrero y la parte del mismo que le es devuelta, devolución que toma generalmente la forma de salario. Desde otro punto de vista, la plusvalía corresponde a la parte de la jornada de trabajo en la que el obrero, habiendo producido un valor igual al de los bienes que necesita para su subsistencia (tiempo de trabajo necesario), trabaja gratuitamente para el capitalista (tiempo de trabajo excedente).

Cuando la plusvalía aumenta, se altera la relación entre esos dos tiempos de la jornada de trabajo, es decir, crece la parte del tiempo de trabajo excedente; ese aumento de la plusvalía se dice absoluto cuando implica la extensión de la jornada de trabajo, y relativo cuando, sin que se altere necesariamente la jornada, disminuye allí el tiempo de trabajo necesario. Es posible identificar todavía una modalidad de aumento de la plusvalía, aquél en que ésta se origina de una reducción del salario que no corresponde a una disminución real del tiempo de trabajo necesario. Este caso, en el que lo que parece ser una plusvalía relativa es de hecho una plusvalía absoluta, tiende a ser excepcional en los países ca-

La consecuencia de esto fue acelerar la concentración del capital en beneficio de esos grupos y en detrimento de aquéllos que debieron seguir utilizando la tecnología tradicional. Sin embargo, ello no se tradujo de inmediato en fuertes tensiones internas, por dos razones. La primera se debió a que el gran desarrollo logrado por el gran capital, principal beneficiario de la nueva tecnología, se hizo en una esfera distinta a aquélla en que actuaban los capitales medianos y pequeños, ya que se dirigió, como señalamos, a los renglones donde se abrían mayores posibilidades de sustitución de importaciones, y pues de mercado; al hacerlo, creó nuevas oportunidades de expansión a los capitales de menor porte, como sucedió, por ejemplo, con la industria automotriz, a cuya sombra surgieron empresas de refacciones cuya dimensión no sobrepasaba a la media. La segunda razón residió en que, aún cuando el gran capital actuó en la misma esfera que los demás, no trató de bajar la tasa de plusvalía absoluta en la misma medida en que aumentaba su plusvalía relativa: las superpuso, con lo que permitió la supervivencia de las empresas más rezagadas; así, por ejemplo, en el sector textil, el abanico salarial existente no variaba significativamente según el tamaño y el grado de tecnificación de las empresas, y tampoco variaban los precios de los productos que llevaban al mercado.

De esta manera, pese a que la nueva etapa del desarrollo capitalista brasileño se caracterizaba por una acelerada concentración del capital en favor de una reducida fracción de la burguesía, generaba efectos secundarios que permitían a la burguesía en su conjunto aprovecharse de la expansión de allí derivada y enmascaraba así para los demás sectores burgueses la posición desventajosa en que iban quedando. La euforia desarrollista de la segunda mitad del cincuenta reflejó esa situación y permitió que el enfrentamiento entre las distintas capas burguesas se rea-

pitalistas avanzados, pero reviste un carácter generalizado en países capitalistas atrasados, como el Brasil, donde configura una situación de superexplotación del trabajo. En el texto, se toma la expresión plusvalía absoluta también para designar esta última modalidad.

lizara en un clima de cordial liberalismo. El mismo gobierno que dispensaba con una mano favores al movimiento nacionalista, permitiéndole cristalizarse ideológicamente (a través de instituciones como el Instituto Superior de Estudios Brasileños, creado por Juscelino Kubitschek), abría de par en par, con la otra mano, las puertas de la economía nacional al capital foráneo (al dar plena vigencia a la Instrucción 113 de la SUMOC, que concedía facilidades y ventajas a las inversiones extranjeras). Por otra parte, una vez que el capitalismo era todavía capaz de crear nuevos campos de inversión, la cuestión de las reformas de estructura se mantenía en un segundo plano para la conciencia burguesa, lo que impidió que se tomara al respecto cualquier iniciativa.

Más que secundarios, esos efectos de la concentración de capital eran pasajeros y acabarían por poner a la economía brasileña ante una opción crucial. En efecto, la concentración no implicaba tan sólo un drenaje hacia aquella fracción de la burguesía que tenía asiento en la industria pesada: implicaba también, como vimos, que esa gran burguesía utilizara cada vez más ampliamente a la tasa de plusvalía relativa, que su mayor nivel tecnológico le permitía extraer, sin reducir por ello substancialmente la tasa de plusvalía absoluta que las condiciones técnicas de las empresas más rezagadas establecían. Llegado un cierto momento, esos distintos mecanismos de reproducción del capital empezarían a ser irreconciliables y plantearían la necesidad de marchar hacia una mayor homogeneidad de las formas de explotación del trabajo en ambos sectores.

Ahora bien, la dinámica propia a la industria ligera configuraba una tendencia rigurosamente opuesta. Frente a la mayor capacidad del gran capital para drenar hacia sí tajadas crecientes de la masa total de plusvalía, es decir, frente a la concentración que la superposición de las tasas de plusvalía acarrearía, las capas burguesas inferiores reaccionaban mediante la elevación de la plusvalía absoluta, lo que, aunque beneficiara al gran capital, les proporcionaba mayores ventajas, puesto que, por el hecho mismo de disponer de niveles tecnológicos inferiores, empleaban más mano de obra. De esta manera, al tratar de extender al

conjunto de la economía la tasa de plusvalía relativa, el gran capital iría a chocar con la resistencia tenaz de los grupos representativos de los intereses de la mediana y pequeña empresas (1).

El conflicto no tardaría en estallar. El comportamiento de estos grupos llevaba a que la industria liviana se mostrara incapaz de crear condiciones dinámicas para la realización de la producción de la industria pesada, lo que se constituyó en un factor limitativo de la expansión de ésta, impidiéndole incluso evolucionar hacia formas de producción más sofisticadas. Copadas sus posibilidades de inversión en este campo, el gran capital se volvió hacia atrás, es decir, fue a buscarlas allí donde el margen de elevación de la plusvalía relativa era todavía amplio —la industria ligera. La dialéctica misma de la acumulación capitalista la llevaba así a pasar, después de una fase acelerada de concentración de capital, a una fase de centralización y a amenazar la posición de las empresas menores, rompiendo la complementaridad de intereses que había prevalecido hasta entonces entre las diversas fracciones de la burguesía.

La coyuntura política registró esa situación de manera aparentemente contradictoria, cuando, después de la euforia desarrollista de la década de 1950 y tras la derrota electoral de las corrientes lideradas por el reformismo, se constituyó, a principio de 1961, el gobierno encabezado por Janio Quadros. Apoyado por un conjunto heterogéneo de fuerzas, Quadros se encamina en el sentido de conformar un poder bonapartista, capaz de imponerse como árbitro en la política nacional. Sin embargo, como se verifica siempre en estos casos, la línea central de la acción gubernamental iría a corresponder a los intereses de la gran burguesía en hacer avanzar la centralización del capital, promoviendo simultáneamente la integración definitiva del gran capital nacional al capital extranjero. Por otra parte, el gobierno manifestaría su intención de reformar las estructuras de la economía brasileña, subrayando sin embargo que lo haría sin aceptar cualquier tipo de presión de masas.

La reacción de los grupos burgueses a quienes no convenía esa política se dará a partir de allí. Por un lado,

moverán su oposición al gobierno con base en los planteamientos nacionalistas, con lo que tratarán de dificultar la integración al capital extranjero, pero, necesitados del apoyo de las clases populares, tratarán de frenar la afirmación política de Quadros mediante el estímulo a las presiones de las masas en pro de sus reivindicaciones económicas y políticas. La división de las fuerzas burguesas favorecía así al movimiento de masas, el cual adquirirá un dinamismo creciente, que se traduce por el fortalecimiento del reformismo.

Ese fortalecimiento era, sin embargo, engañoso. La manera cómo las distintas capas burguesas se habían beneficiado de la industrialización había implicado, para las masas trabajadoras y la misma clase media asalariada, desventajas evidentes. Además del deterioro constante de su nivel de vida, contrapartida necesaria de la elevación de la tasa de plusvalía absoluta, su nivel de empleo también se resintió. En efecto, la restricción de las oportunidades de empleo, en las áreas en que el gran capital generalizara el uso de técnicas más sofisticadas de producción, sólo en parte pudo compensarse con la expansión verificada en la pequeña y en la mediana empresas. La misma concentración de capital en favor de las unidades productivas más tecnificadas condujo a que, aún en el período que correspondió a la euforia desarrollista, la fuerza de trabajo fuera arrancada de sus condiciones vegetativas de subsistencia, principalmente en el agro, y viniera a gravitar en cantidades siempre más ponderables en torno al capital, sin que éste le proporcionase oportunidades suficientes de inserción en el aparato de producción. Este fenómeno, que caracterizaba al conjunto de la economía brasileña y que incidía también en el campo, fue responsable de que se produjera, en ese entonces, el aumento vertiginoso de masas sin trabajo o de ocupación ocasional.

El dinamismo febril verificado en la economía industrial, gracias a los frentes de inversión que el desarrollo del gran capital creaba para las capas capitalistas inferiores, enmascaró entonces la gravedad del fenómeno, una vez que permitía a uno o más miembros de la familia lograr esa inserción. Sin embargo, la estrecha correspondencia entre el

desarrollo del gran capital y el proceso de concentración condujo, como señalamos, a que los grupos burgueses más rezagados hicieran jugar con fuerza siempre creciente el mecanismo de la plusvalía absoluta, en lo que fueron imitados por los sectores agrarios. El grado de explotación del trabajo tendió así a intensificarse, principalmente en las zonas rurales, en donde era menor el poder de discusión de los trabajadores.

En el momento en que la concentración del capital acentuó el proceso de centralización del mismo, esto no sólo trajo una mayor presión burguesa sobre las masas en el sentido de aumentar la tasa de plusvalía absoluta, sino que, siendo un resultado de la pérdida de dinamismo de la economía, hizo que la restricción a las oportunidades de empleo se extendiera a todos los sectores. Las contradicciones de clase se agudizaron y buscaron una forma de expresión política, hecho visible ya en la campaña electoral de Quadros y en la derrota de las corrientes reformistas.

La derrota del reformismo en las elecciones de 1960 evidenció un hecho de gran trascendencia, que iría a acentuarse rápidamente: el de que las masas trabajadoras empezaban a deslindar sus reivindicaciones de los intereses propiamente burgueses y a ganar autonomía de acción. Al contrario de lo que creyó entonces el reformismo, el apoyo popular a la candidatura de Quadros no fue tan sólo el fruto de una confusión provocada por la demagogia de éste, sino un resultado de la búsqueda de expresión política por parte de las masas. En efecto, el énfasis que pusiera la campaña reformista en el nacionalismo había sido captado por éstas como lo que realmente era: la expresión ideológica del conflicto interburgués, cuya resolución no les abría mayores perspectivas. Carentes de otra alternativa, las masas se volvieron hacia Quadros, quien, respondiendo al apremio del gran capital en el sentido de romper los límites con que chocaba su expansión, enfatizaba la necesidad de las reformas estructurales.

El ascenso de Goulart a la presidencia, con base en una amplia movilización de masa, revistió la forma de un auge reformista, pero estará signado por una creciente radica-

lización de las mismas. Con ello, se configuraba una situación en la que los intentos hechos por el reformismo para acaudillarlas en función de planteamientos nacionalistas acababan por tener que plegarse a las reivindicaciones económicas que ellas plantean. La burguesía se dio progresivamente cuenta de esto y empezó a retirar su apoyo al reformismo; al hacerlo lo llevó a depender cada vez más de la dinámica del movimiento de masas. La radicalización de sectores reformistas, principalmente de los que identificaban con el liderazgo de Leonel Brizola, acabó por acercarlo cada vez más a la fuerza que buscaba representar los intereses más legítimos de las masas, es decir, a la izquierda revolucionaria.

III

Considerando exclusivamente a las fuerzas que seguirán jugando un papel importante a lo largo de la década de 1960, el espectro de esa izquierda era, al momento del golpe militar de 1964, bastante variado. Además de la POLOP (las Ligas llegaron a organizarse efímeramente en el Movimiento Radical Tiradentes, pero entraron progresivamente en un proceso de desintegración), habría que destacar a la Acción Popular, que agrupaba a los católicos de izquierda; el PC del Brasil, una escisión del PC brasileño, que adoptara, más por razones de supervivencia que de principios, una posición pro-china; y una corriente nacionalista de izquierda, expresada principalmente por Leonel Brizola, ex gobernador de Río Grande do Sul.

La característica general de todas esas tendencias era la de abrir cauces orgánicos a la polarización hacia la izquierda que se producía en el movimiento de masas, principalmente en los sectores de clase media —lo que dio una posición privilegiada en todas ellas a elementos provenientes de la pequeña burguesía, principalmente estudiantes, profesionales y militares. Sin embargo, la hegemonía pequeño-burguesa no debe oscurecer el hecho de, que en mayor o menor grado, esa izquierda se vinculaba a sectores importantes de campesinos, en el Nordeste, pero tam-

bién en el centro-sur; a fracciones de las masas urbanas sin trabajo o de ocupación ocasional, en el centro-oeste; y a las capas subalternas de las fuerzas armadas, como los sargentos y, en grado más significativo, los marinos. Esa base de masa llegaba incluso a la mediana burguesía y aún más —en áreas periféricas, geográfica o económica-mente, donde era menor el control del PCB— a la misma clase obrera.

Se verificaban así, de hecho, las premisas de un amplio movimiento revolucionario, con su propia base de masa y su vanguardia política. Es por lo tanto natural que, al encontrarse ante el hecho consumado del golpe militar, llevado a cabo con notable facilidad, esa vanguardia política y las mismas masas se preguntasen, perplejas, cómo se había producido. La primera respuesta —la crítica a la política del PCB— tenía naturalmente su validez, principalmente por el efecto inhibitorio que dicha política ejerció en la clase obrera. Pero no era suficiente, sobre todo si consideramos que, hasta el momento del golpe, el PCB, por cuestionado y combatido que fuera, se computaba en los cálculos de la izquierda revolucionaria, principalmente como un factor de contención de la derecha. La ligereza con que se presentó al PCB como el único culpable de la derrota tendría efectos sumamente negativos en el desarrollo ulterior de la izquierda revolucionaria, una vez que cerró el camino a una discusión más profunda de sus propios errores.

Una segunda línea de explicación está basada en la división que reinaba entonces entre las filas de la izquierda. En cierta medida, tratase de un hecho real. Sólo vistas en su perspectiva histórica, las corrientes políticas más poderosas, en términos de movilización popular, pueden ser incluidas en el núcleo de la izquierda revolucionaria: en el fragor de los sucesos que precedieron al golpe, Brizola se enfrentaba a la desconfianza, por parte de éstas, y el más ligero desplazamiento hacia la izquierda dejaba envueltos en la misma desconfianza a los que quedaban atrás.

Sin embargo, por graves que fueran los problemas que creaba el sectarismo, no hay que exagerar su alcance. En el terreno de la práctica política, esa actitud se desvanecía en una amplia medida, permitiendo que se conformaran

los dos grandes bloques en que se dividía entonces la izquierda —el reformista y el revolucionario—; los enfrentamientos intergrupos en el seno del bloque revolucionario, si le restaban eficiencia, no le impedían ejercer su influencia en el curso de los acontecimientos, del mismo modo como el conflicto inter-bloques no privaba a la izquierda en su conjunto de una presencia en el plano político. Basta recordar, al respecto, esa expresión de coexistencia pluralista que representó el Frente de Movilización Popular, auténtico parlamento de las izquierdas, así como la acción común que éstas pudieron emprender en circunstancias críticas, como por ejemplo en octubre de 1963, cuando Goulart intentó implantar el estado de sitio.

Las razones del fracaso de la izquierda para enfrentarse con éxito a la coyuntura política han de buscarse, por tanto, a un mayor nivel de profundidad y serán ellas las que nos permitirán comprender el porqué del sectarismo que le impidió contrabalanzar el peso del reformismo y enfrentarse con éxito al golpe militar. En último término, esas razones se reducen a su incapacidad para captar la esencia del proceso que estaba viviendo y afirmar allí una estrategia global de acción. En la medida en que visualizaron aspectos parciales de ese proceso, desde perspectivas limitadas, las distintas fuerzas de izquierda tendieron a plantearse antagónicamente en la lucha de clases, sin poder constituir pues el bloque unido que la situación creada en 1964 les exigió.

Señalamos ya que el factor principal que caracteriza a la coyuntura brasileña en principios de la década fue la irrupción del movimiento de masas en la vida política, en la cual reinara hasta entonces soberanamente la burguesía. Ese hecho mismo acarrearba como consecuencia el fortalecimiento del reformismo, es decir, de la tendencia que procura afirmarse en la esfera de la política burguesa con base en la dinámica de las clases explotadas. Pero la recíproca era también verdadera: la aceleración de la dinámica de las masas restaba al reformismo cualquier viabilidad, en tanto que fórmula de solución a los problemas planteados por la lucha de clases, y apuntaba necesariamente hacia una salida revolucionaria. La tarea de la izquierda consis-

tía en facilitar esa transición, proporcionando al movimiento de masas la conducción política necesaria.

Entre los grupos que intentaron entonces crear condiciones para ello, se destaca sin duda la POLOP. Por un lado, realizó una seria labor de formación de cuadros, que aprovechó ampliamente a la mayoría de las organizaciones que actúan en el presente en Brasil. Por otro lado, su elaboración teórica y la lucha ideológica que libró contra el reformismo ejercieron considerable influencia en las concepciones de la mayoría de esas organizaciones, además de haber contribuido a la ola de escisiones que sufrió el PCB hacia 1967. Si tales razones no bastaran para justificar su estudio, habría otra más, decisiva: al pretender sistematizar un cuerpo de ideas sobre la revolución brasileña, la POLOP acusó mejor que cualquier otra los principales aspectos de la concepción que subyacía a la práctica política de las distintas fuerzas y abrió una tradición teórica que marca profundamente la actual izquierda revolucionaria de Brasil, incluso en sus desviaciones. Los elementos centrales a considerar en este análisis serían básicamente los siguientes: a) la cuestión del carácter de la revolución brasileña; b) la determinación de las clases revolucionarias y sus aliados; y c) la forma que asumiría el proceso revolucionario en las condiciones concretas del país.

En lo referente al primer punto, cupo a la POLOP plantear por primera vez el carácter socialista de la revolución brasileña, iniciando una discusión que permanece todavía encendida en el seno de la izquierda, a través de la actual controversia entre revolución socialista y revolución de liberación nacional. En aquel entonces, el planteamiento de la POLOP se encaminaba directamente a cuestionar la concepción reformista que, al hablar de revolución antiimperialista y antifeudal, le confería necesariamente un carácter democrático-burgués. De allí se derivaba la tesis reformista del frente único entre la burguesía y la clase obrera, principal blanco de los ataques de la POLOP, que percibía claramente que, dadas las condiciones de atraso político que primaban en el proletariado, ese frente conducía a la inevitable subordinación de la clase a la política burguesa.

No insistamos aquí en el ultra-izquierdismo de la POLOP, que la llevó, para retirar al reformismo su principal punto de apoyo, es decir, el concepto de una burguesía nacional antiimperialista y antifeudal, a desconocer los conflictos internos que se estaban produciendo dentro de la clase burguesa. En efecto, si esto le impidió muchas veces a la organización sacar partido de la coyuntura política, presentó un error de táctica, más que un error estratégico. Muy pronto, ese concepto sería negado por los sucesos mismos de 1964, y las contradicciones interburguesas, así como los conflictos entre la burguesía y el imperialismo, mostraron ser lo que realmente son: factores secundarios, que sólo un movimiento revolucionario maduro puede explotar en beneficio propio.

Más importante para la acción práctica en aquel entonces, y para el desarrollo futuro de la izquierda revolucionaria, fue el hecho de que la POLOP aceptara la concepción generalizada en toda la izquierda respecto a la forma del proceso revolucionario, que privilegiaba a la ciudad en relación al campo y concebía ese proceso como una insurrección de masas dirigida por la clase obrera. La aceptación de esa concepción influyó definitivamente la práctica de la POLOP, en dos sentidos.

En primer lugar, le impidió preocuparse de su propio aparato armado. Desde su punto de vista, la lucha armada se entendió siempre como un levantamiento de masas urbanas, apoyadas por las capas militares inferiores. No preveía la posibilidad de una lucha prolongada, que implicaría necesariamente un aparato militar partidario, capaz de desencadenar acciones de guerrillas urbanas y rurales. Lo máximo a que llegó la organización fue a la previsión de una estructura semi-clandestina, que le permitió ser la única fuerza a continuar operando con relativa eficiencia en el período inmediato al golpe militar.

En segundo lugar, ese planteamiento estratégico llevó a la POLOP, en la medida en que se preocupó realmente de penetrar en la clase obrera, a centrar su actuación precisamente en el terreno que le era más desfavorable: el proletariado industrial de las grandes ciudades, en donde eran fuertes las posiciones del PCB. La organización facilitó

así su propia neutralización y no supo sacar partido de lo que la experiencia le estaba mostrando, esto es, que progresaba más rápidamente en sectores como el campesinado, los estudiantes y los obreros no organizados, subempleados o cesantes, principalmente cuando éstos se ubicaban fuera del eje más industrializado de Río y São Paulo. Sólo en las fuerzas armadas, donde la influencia del PCB se encontraba en declinación o era inexistente, la POLOP obtuvo cierto éxito, aunque debió enfrentarse a la competencia de Brizola.

Sin disponer de aparatos armados y carente de una base de masa significativa, la POLOP debió escudarse detrás de sus principios, para lograr afirmarse en el seno de la izquierda. Sus relaciones con las otras fuerzas estuvieron, pues, signadas por una gran intransigencia, cercana al dogmatismo e indudablemente sectaria. Con ello, lo que constituía su consigna táctica inmediata —el frente político revolucionario, capaz de contrabalancear el peso del reformismo— se vio seriamente perjudicado.

Los principios políticos que no logran una concreción práctica acaban por dejar de ser una guía para la acción para convertirse en factores inhibitorios. Es por lo que, aunque planteara correctamente la necesidad de un frente de la izquierda revolucionaria, que incluyese a todas las organizaciones y tendencias a la izquierda del PCB, la POLOP sólo en una escala muy limitada contribuyó a su formación. La escasa fuerza política de que disponía dificultó la aplicación de su línea frentista, ya porque reducía el alcance de su influencia, ya porque le producía en la misma organización una sensación de inseguridad. Sin embargo, la principal limitación de la POLOP para favorecer la aglutinación de la izquierda revolucionaria (lo que constituía, sin embargo, la única alternativa de enfrentar las maniobras golpistas de la derecha), se debió principalmente a su incapacidad para profundizar sus aciertos teóricos y convertirlos en una estrategia global de acción, que respondiese a las exigencias de la lucha de clases en lo político y en lo militar.

Al plantear el carácter subordinado del movimiento campesino a la ciudad, la POLOP puso como premisa lo que

constituía más bien un resultado. La radicalización de los trabajadores del campo, aunque determinada por la marcha de las contradicciones engendradas por la acumulación de capital en la industria, como bien lo vio la POLOP, era más acentuada que la radicalización de las masas urbanas, por varias razones. Desde luego, era allí donde la explotación del trabajo presentaba características más brutales, dado que la codicia despertada en los terratenientes y empresarios capitalistas por la expansión de la demanda urbana los llevó a arrancar del trabajador asalariado y del pequeño productor un excedente económico sin relación con el aumento real de la producción. La interferencia creciente de intermediarios en el drenaje de esa producción para el mercado urbano tenía su contrapartida en la captación de una parte significativa de la plusvalía por la burguesía mercantil e impulsaba a los terratenientes y empresarios a resarcirse de esa pérdida descargándola sobre el campesino. Aun cuando el pequeño productor cedía su producción directamente a los grupos mercantiles, esto no mejoraba su situación, en virtud de la debilidad de su posición frente a éstos.

Las reivindicaciones de la masa campesina, tanto en lo referente a la supresión del pago de la renta, como en lo que hacía a salario y empleo —frecuentemente mezcladas, además, dada la fluidez de las fronteras entre el obrero agrícola y el pequeño productor— se desencadenaban, pues, con singular vigor y se radicalizaban rápidamente. Dicha radicalización resultaba parcialmente de la rigidez de las estructuras de dominación en el campo, que convertían cualquier reivindicación en fuente de violentos conflictos. Pero se debía también a que los trabajadores rurales, a diferencia de los obreros de la ciudad, no habían tenido hasta entonces ninguna participación política, quedando así al margen de la dominación ideológica e institucional que la burguesía había impuesto a la ciudad. El movimiento campesino venía, pues, marcado por una gran combatividad, pero prácticamente sin pasado político. Plantearse de inmediato su alianza con la clase obrera constituía una abstracción, aún más irrealizable cuando se pretendía dirigirlo a partir de las concentraciones obreras de

las grandes ciudades. Insistir en esa formulación, como lo hizo la POLOP, era rehuir el trabajo concreto de organización de las masas rurales, el cual, como lo mostraba la experiencia, se realizaba en términos eminentemente locales.

El mismo carácter abstracto de sus planteamientos, que le impidió explotar las potencialidades del movimiento campesino, llevó a la POLOP a quedar al margen del movimiento obrero. Señalamos ya que la organización eligió como campo de batalla precisamente el terreno que el PCB, junto con la maquinaria gubernamental, había logrado ocupar. La obstrucción que el reformismo hacía a su penetración en el movimiento obrero podía ser, sin embargo, flanqueada, de dos maneras: mediante el trabajo político en las capas más bajas del proletariado, como los trabajadores de la pequeña industria y las masas urbanas sin trabajo o de ocupación ocasional, en los grandes centros, y a través de la movilización de los trabajadores de las zonas industriales periféricas, sobre todo el Noreste y el extremo sur.

La subestimación de la población subempleada o desocupada que hizo la POLOP se debe a una equivocación imperdonable en cuanto a su carácter proletario. La confusión se debe en lo esencial al propósito deliberado de la ideología burguesa para presentar a esa parte del proletariado como una "masa marginal", que estaría "cercando" las ciudades en búsqueda de su "integración" al sistema. Las comillas se justifican, si consideramos que esa masa nace del movimiento propio a la acumulación de capital, en un sistema que exsuda desocupación por todos sus poros, y sigue estrechamente vinculada al mismo. No hace falta recurrir a argumentos de orden teórico para desmistificar ese engendro de la ideología burguesa: la simple constatación empírica nos muestra que una porción significativa de esa masa está constituida de obreros no calificados, que trabajan en la construcción y en la pequeña empresa, o constituyen un ejército de reserva para éstas, y que otra parte importante se destina a la prestación de servicios mal remunerados, principalmente de carácter doméstico. Es cierto que el grado de miseria material y moral que allí

prevalece la hace más propensa que cualquier otra capa de la población a pasarse al lumpenproletariado; pero no es menos cierto que lo que aparece como delincuencia o vicio es la manifestación de la violencia y de la desesperación, y la pone, por ello mismo, en la antesala de la revolución.

El otro flanco, quizá el más decisivo, que la clase obrera abría a la penetración de la izquierda revolucionaria estaba constituido, como dijimos, por los trabajadores industriales de los centros periféricos, tanto del punto de vista geográfico, como económico. Insertos en subsistemas de producción, sometidos a un constante drenaje de plusvalía en beneficio del complejo industrial de Río de Janeiro y São Paulo, los obreros de esos centros son objeto de una explotación más fuerte, al propio tiempo que sufren en menor grado la incidencia de los controles burocráticos del gobierno y del PCB. Ofrecían así una mayor permeabilidad a la influencia de la izquierda revolucionaria, pero su importancia iba más allá de esto: dado el carácter local del trabajo campesino, y el hecho de que se realizaba en general a partir de los centros urbanos más próximos, los obreros de esas zonas tendían a ser el instrumento natural para concretizar la unidad obrero-campesina; era particularmente el caso del noreste y, en cierta medida, de Minas Gerais y del centro-oeste. Por otra parte, representaban un factor de importancia decisiva en el marco de una correcta estrategia militar para la revolución brasileña, como pasaba sobre todo con la región sur.

Para comprender esta última asertiva, es útil tener presente que el proceso brasileño presentó rasgos que lo acercaron a la concepción insurreccional de la POLOP, tales como la creciente movilización obrera y las rebeliones militares, llegándose —en el levantamiento de los marinos, en marzo de 1964— a una confraternización entre trabajadores y militares que hizo a la misma prensa burguesa hablar de los soviets. Sin embargo, se estaba lejos de contar con verdaderos soviets y las semejanzas que el Brasil de entonces haya presentado con la Rusia de 1917 eran más aparentes que reales. Haciendo a un lado incontables

diferencias, la especificidad brasileña descansaba en este elemento esencial: el proletariado industrial de la zona más desarrollada —el triángulo Río-São Paulo-Minas— no sólo continuaba controlado por los reformistas, sino que había sido cercado por un dispositivo militar y civil cuidadosamente preparado por los sectores que preparaban el golpe militar. Estos tuvieron fuertes razones para hacerlo.

Condicionadas como están por las estructuras económicas y sociales, las crisis políticas suelen repetir su configuración general, hasta que cambie la base objetiva que las determina. Cuando la renuncia de Janio Quadros, en 1961, las fuerzas armadas habían ensayado un golpe de Estado para impedir la toma de posesión de Goulart en la presidencia, golpe que se había visto frustrado por el levantamiento que encabezara Brizola, con el apoyo de parte del ejército, en el extremo sur, y por la debilidad de las posiciones golpistas en el triángulo central. 1961 pudo haber sido el 1905 de la revolución brasileña, pero fue la burguesía quien lo aprovechó. En abril de 1964, los militares se apoyaron firmemente en el triángulo central, contando con la solidaridad activa de los gobiernos estaduais, y se dispusieron a enfrentar la resistencia del sur.

El éxito de la maniobra mostró de inmediato que era efectivamente del sur que se podría partir para la deflagración de la guerra civil en el país y todas las atenciones se volcaron hacia aquella dirección. Fue cuando se evidenció la debilidad del planteamiento estratégico de la izquierda: no habiendo explotado las posibilidades revolucionarias del sur, la iniciativa quedó, ya ni siquiera en las manos de Brizola, sino en las de Goulart, el único que —dado el grado de conciencia de las masas— podría haber reivindicado la legalidad constitucional para deslegitimar el golpe de Estado. Goulart no lo hizo y el golpe triunfó.

Los militares no se encontraban todavía un mes en el poder cuando se inició el vuelco estratégico de la izquierda revolucionaria. Una vez más, cupo a la POLOP adelantarse a los acontecimientos que marcarían la dinámica de la izquierda en los años siguientes. En un documento emitido por su dirección nacional, a fines de abril, la or-

ganización planteaba la guerra de guerrillas como el camino a seguir después del cambio político verificado, al tiempo que orientaba sus recursos para instalar en el país el primer foco guerrillero. La izquierda revolucionaria brasileña había entrado en una nueva etapa.

IV

La reconversión de la estrategia de las organizaciones de la izquierda revolucionaria a la guerra de guerrillas y el prestigio que ésta adquirió en las bases radicalizadas del PCB fue algo por demás rápido para que implicara una real maduración política y una revisión efectiva de los planteamientos teóricos que se habían manejado hasta entonces. En una amplia medida, el vuelco que se verifica entonces representa más bien un movimiento de autodefensa: enfrentada a la dictadura abierta del gran capital nacional y extranjero, insegura de su propia fuerza, demoralizada ante el proletariado y, al mismo tiempo, decepcionada porque éste, pese a la falta de conducción política, no había reaccionado contra el golpe de Estado, la izquierda revolucionaria descargó la total responsabilidad de los acontecimientos sobre el reformismo, en particular sobre la dirección del PCB, y se protegió detrás del escudo de la lucha armada. Hizo jugar así el mismo principismo que la POLOP utilizara antes. En último término, era la desconexión con el movimiento de masas y las nuevas dificultades que la represión gubernamental creara para superarla lo que la llevó a renunciar al trabajo inmediato de organización de la resistencia obrera y campesina contra la política de superexplotación que el gobierno empresaba, y a tomar al foco guerrillero como tarea política central.

Dijimos que ello no implicó una revisión radical de sus bases teóricas. En efecto, el terreno se encontraba ya preparado, por la manera cómo la POLOP utilizara a la Revolución cubana contra el reformismo, esforzándose simultáneamente por legitimar su propia concepción insurreccional. La Revolución cubana se presentó, en esa perspec-

tiva, como un proceso en el que el foco guerrillero aparecía como un catalizador del movimiento urbano de masas, y se coronaba con la insurrección obrera expresada en la huelga general. Una vez que el objetivo del foco era el proletariado industrial, y no el campesinado, éste se ubicaba en el esquema general como simple zona social de inserción de la guerrilla; de esta manera, tanto se subestimaba la dinámica propia al movimiento campesino, como se ponía poco énfasis en la lógica interna de la guerra de guerrillas, entendida como una forma de guerra civil revolucionaria y, por lo tanto, como manifestación superior de la lucha de clases. Al contrario, el foco guerrillero se tomaba como un elemento ejemplar para el movimiento de masas y, en la visión particular de la POLOP, un factor de cohesión de las vanguardias revolucionarias dispersas.

Era natural que la preparación del foco guerrillero asumiera el carácter de una empresa eminentemente técnica. Para enfrentarla, la izquierda revolucionaria, al no haber desarrollado sus propios aparatos armados, dependería de los cuadros formados en el interior del aparato militar del Estado, y se encontraría en este sentido con una cierta disponibilidad, en virtud de la depuración a que el gobierno sometía dicho aparato. La ventaja inicial de la POLOP, hasta 1965, consistió precisamente en que pudo contar con esos cuadros, lo que le dio un margen de superioridad sobre las demás organizaciones. Estas no tardarían, sin embargo, en entrar en la competencia, la cual resultó finalmente favorable a la corriente nacionalista revolucionaria, de inspiración brizolista.

El Movimiento Nacionalista Revolucionario, que se constituye en 1966, estaba constituido esencialmente por ex-militares, principalmente sargentos y marinos, expelidos de las fuerzas armadas después del golpe de Estado, y de elementos civiles de clase media, por lo general profesionales y estudiantes. Su objetivo central y, podría decirse con muy poca exageración, su plataforma política se cifraban en la instalación del foco guerrillero, destinado a iniciar la lucha armada en contra del régimen. La tesis difundida por la POLOP, en el sentido de que el foco guerrillero debería actuar en el corazón mismo de la economía indus-

trial brasileña, a fin de cumplir mejor su papel de catalizador del movimiento de masas urbanas, y los estudios exploratorios hechos por esa organización llevaron a que la zona elegida fuera la sierra de Caparaó, ubicada en la zona limítrofe entre los estados de Río de Janeiro y Espírito Santo.

La guerrilla de Caparaó obtuvo gran publicidad a merced de 1967, cuando, detectada prematuramente por los servicios de la represión, fue cercada por las fuerzas armadas y se rindió sin combatir. La insuficiente preparación de los participantes, el carácter inhóspito de la región, la falta de disciplina y organización, la ausencia de apoyo logístico y de trabajo político en la zona fueron algunos de los factores señalados para el fracaso de la empresa del MNR. De allí derivaron algunas consecuencias importantes. La primera de ellas es que el fracaso de Caparaó se atribuyó en una amplia medida a la influencia que los antiguos sectores populistas habían tenido en la experiencia; dada la asociación que se hacía entre populismo y burguesía nacional, esto jugó desfavorablemente en relación al reformismo, pese a que el PCB seguía firme en su oposición a la lucha armada. Por otra parte, dicho fracaso debilitó enormemente al MNR y lo redujo a su núcleo más combativo, básicamente los cuadros militares. Todo ello contribuyó a reforzar la posición de las organizaciones revolucionarias dentro de la izquierda.

Este reforzamiento se ha visto acentuado por la visible declinación del PCB en los frentes de masa. Conviene tener presente que, después de 1964, preocupada con el desencadenamiento de la lucha armada, la izquierda revolucionaria no asumió, sino lateralmente, su responsabilidad en la reorganización y en la conducción del movimiento de masas. Sin embargo, desarrollándose en estrecha conexión con el movimiento estudiantil, que ha sido tradicionalmente su principal fuente de reclutamiento, pudo aprovecharse de las condiciones relativamente favorables que primaban en él, dado el carácter menos intenso que allí asumía la represión gubernamental. De todos los sectores del movimiento de masas, el frente estudiantil fue el que, tras el golpe militar, presentó un mayor dinamismo y re-

gistró más agudamente la declinación del reformismo, en favor de las tendencias expresadas por la AP y la POLOP.

Una circunstancia excepcional estimuló el desarrollo del movimiento estudiantil. La política económica del régimen militar, desde un principio se orientó abiertamente en el sentido de afianzar la posición del gran capital nacional y extranjero, que era particularmente fuerte, como vimos, en la industria de bienes de consumo durable y de producción. En el esquema ideado por el equipo tecnocrático-militar del mariscal Castello Branco, el problema de la realización de la producción de estos sectores, en las condiciones de debilidad que afectaban a la industria de bienes de consumo, se resolvería mediante la exportación y las compras del Estado, siendo que esta segunda orientación llevó al gobierno a estimular la reconversión de la industria pesada hacia la producción bélica. El resultado de ese modelo subimperialista de desarrollo era el estrangulamiento de la pequeña y de la mediana empresa, así como la aplicación a la clase media asalariada de las duras condiciones de salario impuestas al proletariado.

La reacción de las capas más bajas de la burguesía, aliadas a la clase media, después de la depresión que se inicia en el segundo semestre de 1966, provocó el reemplazo de Castello Branco por el mariscal Costa e Silva, en enero de 1967. La ulterior recuperación económica dio a esos sectores mayor impulso y les hizo creer que había llegado la hora de superar lo que consideraban un régimen de emergencia, hecho para un período de crisis, en favor de las instituciones previas a 1964, que les aseguraban una participación más efectiva en el poder político. Disponiendo de importantes órganos de prensa, de asientos en el Congreso y en el judicial, de puestos e influencias en el aparato burocrático y militar del Estado, dichos sectores, apoyados por el PCB, siguieron presionando al nuevo gobierno en el sentido de proceder a la redemocratización del país. Las fisuras que este proceso abrió en las estructuras monolíticas de poder que Castello Branco tratara de implantar favoreció ampliamente al ascenso del movimiento de masas. En particular, benefició al movimiento estudiantil que, aunque se hubiera reorganizado bajo la égida de la iz-

quierta revolucionaria (principalmente la AP, sectores disidentes de la juventud del PCB y la POLOP), constituía, por su mismo origen de clase, una proyección de las clases medias.

A la desmoralización del reformismo y al ascenso del movimiento de masas, que enmarcan el desarrollo de la izquierda revolucionaria en 1967, viene a agregarse un tercer factor, de orden internacional: el impacto de la obra de Régis Debray, que la Casa de las Américas divulga a principios del año, y la conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). La esquematización de la experiencia cubana y su generalización a América Latina, así como el aliento a aplicar su ejemplo, llegaban a las organizaciones revolucionarias en el momento mismo en que, reforzadas por la plétora de cuadros que les había proporcionado la quiebra del MNR y la radicalización de la juventud universitaria, y enfrentadas a una realidad social en efervescencia, ellas debían asumir la responsabilidad de abrir a las masas una alternativa política al reformismo. A fines de 1967, tienen lugar en São Paulo las primeras acciones armadas.

V

El año de 1968 se caracteriza en Brasil por una violenta eclosión de las fuerzas sociales, que, contenidas por la represión gubernamental, habían empezado a repuntar a fines del período de Castello Branco y mantuvieron una tendencia ascendente a lo largo de 1967. Desde las esferas burguesas, en donde la oposición al gobierno militar se delineaba cada vez más nítidamente, hasta las grandes manifestaciones estudiantiles y la movilización de sectores de vanguardia de la clase obrera, la vida política ostenta un gran dinamismo. Entre los puntos altos del proceso, habría que mencionar, en el mes de abril, los sangrientos choques entre estudiantes y las fuerzas represivas, en todo el país, así como la huelga metalúrgica de Minas Gerais, que se prolonga por más de una semana; el "Primero de Mayo rojo", cuando la masa reunida en la plaza central

de São Paulo, donde debería tener lugar un acto oficial, expulsa a pedradas de la tribuna a los representantes gubernamentales y promueve su propio mitin; la “marcha de los cien mil”, manifestación multitudinaria en Río de Janeiro, en el mes de julio, que confiere al dirigente estudiantil carioca, Vladimir Palmeira, una dimensión de líder político nacional; la huelga de los metalúrgicos de Osasco, en la zona industrial de Sao Paulo, también en julio, en la que los obreros llegan a la ocupación de fábricas; y la segunda huelga metalúrgica de Minas Gerais, en octubre, en que participa toda la masa trabajadora de ese sector en aquel estado y que coincide con la huelga general de los empleados bancarios de Belo Horizonte.

Pero 1968 fue algo más que el renacimiento del movimiento de masas: fue sobre todo la aparición de un movimiento de masas cualitativamente distinto, en la medida en que, expresando el desencanto de la pequeña burguesía con el régimen militar, se desarrollaba totalmente fuera de los marcos reformistas y se encontraba incluso más próximo de la vanguardia revolucionaria. Los cambios verificados en la izquierda, a partir del último trimestre de 1967, habían creado las condiciones para ello, al tiempo que traducían la conmoción que se verificaba en su soporte social: paralelamente a la liquidación de la base orgánica del reformismo en el seno de las masas, la izquierda revolucionaria pasó por una intensa transformación, que hizo estallar la vieja estructura heredada del período anterior a 1964. La principal consecuencia de esa transformación fue que la izquierda entró a participar de las luchas políticas en una situación organizatoria más bien caótica, que no le permitió proporcionar al movimiento de masas un centro de gravedad capaz de llenar el vacío dejado por el PCB.

Así pasó con la POLOP, que se escindió en tres partes, de las cuales una conservó por poco tiempo la antigua sigla, hasta fusionar con sectores rebeldes del PCB, formando el Partido Obrero Comunista (POC), que reivindicaba la línea de la vieja organización, aunque acentuando sus aspectos obreristas; otra, la escisión de Sao Paulo, fusionaría rápidamente con los remanentes del MNR, dan-

do lugar a la Vanguardia Popular Revolucionaria (VPR), una de las organizaciones político-militares más activas e influyentes del período subsecuente; y la tercera, la escisión de Minas Gerais, que comprendía además a elementos de Río de Janeiro, constituiría el Comando de Liberación Nacional (COLINA), de carácter también político-militar.

Dado su peso numérico y su importancia política, la desintegración del PCB asumió características aún más acentuadas. De allí se originaría, teniendo como epicentro al Comité Universitario de Sao Paulo, la organización de corte eminentemente político-militar que lideró Carlos Marighella, y que tomaría algún tiempo después la denominación de Acción de Liberación Nacional (ALN). Una segunda organización nacida de ese proceso fue el Partido Comunista Brasileño Revolucionario (PCBR), liderado por las fracciones rebeldes de Río de Janeiro, que seguían a Mario Alves y Jacob Gorender, miembros del Comité Central, y que intentó poner de pie una línea revolucionaria de trabajo de masas. Finalmente, habría que mencionar el importante fenómeno de las disidencias comunistas, que agrupaban a nivel estadual y en forma laxa a las bases juveniles del partido, de las cuales las más importantes fueron la DI de Sao Paulo, que proyectó el dirigente más popular del movimiento estudiantil paulista, José Dirceu, y la DI de Guanabara (Río de Janeiro), a la que pertenecía Vladimir Palmeira. El viejo PCB, privado de bases y reducido a sus elementos de derecha, que se reagruparon alrededor del antiguo secretario general, Luis Carlos Prestes, quedó convertido en un cascarón vacío y se integró definitivamente a la esfera de la política burguesa, a través del llamado "Frente Amplio".

Beneficiándose inicialmente de la quiebra del PCB, el PC del Brasil no tardaría en verse afectado también por la tendencia renovadora. El Ala Roja, que se constituye allí con carácter fraccional, acaba por escindirse, acusando al principal representante del maoísmo brasileño de interpretar a las tesis chinas sobre la burguesía nacional de manera tan equivocada que lo llevaba a tener una línea política francamente reformista. Mientras tanto, la ola renovadora trascendía al ámbito marxista y llegaba a la AP,

donde asume una configuración específica, manifestándose como el tránsito desde el existencialismo cristiano que la caracterizara hacia un marxismo de corte chino, como suele suceder con las organizaciones de la izquierda católica que se radicalizan. Posteriormente tiene lugar la escisión de un sector leninista que dio lugar, juntamente con elementos provenientes del PCB, al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT).

El cuadro que llega a presentar la izquierda brasileña es aún más complejo que el que se esboza aquí. Su rasgo dominante es la multiplicidad de organizaciones y el trasvasamiento constante de cuadros, sin que la variedad ideológica presentase la misma riqueza. Las diferencias entre los distintos grupos, cuando se los considera en las tendencias en que se inscribían, eran más bien de matices, y sólo se acusaban claramente cuando se referían a problemas operacionales y organizatorios.

Sin embargo, no habría que menospreciar esas diferencias. Enfrentada a un ascenso del movimiento de masas, que se desarrollaba fuera de la esfera de influencia del PCB, la izquierda revolucionaria se veía llamada a asumir la responsabilidad de su liderazgo. La ola de escisiones se explica en una amplia medida por las divergencias que se presentaron dentro de las organizaciones existentes en cuanto a la manera de enfrentarse al problema de la movilización de masas, es decir, en cuanto a los métodos de acción mediante los cuales la izquierda podría marcar su presencia junto a las masas e imprimirles el sello de su conducción. En la medida en que representa la mediación entre la línea teórica y la práctica política, la cuestión organizatoria tenía necesariamente que presentarse.

Ello es particularmente claro en las organizaciones de tipo político-militar, como la VPR, la ALN y el COLINA. No cabe duda que fueron esas organizaciones, que pregonaban su desprecio por los "teóricos" y que ponían en primer plano las cuestiones prácticas de la lucha armada, las que más innovaciones trajeron a la izquierda brasileña, en lo referente a formas de organización. Para hacerlo, tuvieron que atacarse a la ortodoxia que en esta materia defendían tanto el PCB como el PC del Brasil y la POLOP,

y que la AP, por su falta de tradición marxista, no llegaba a cuestionar. Como no hay ortodoxia organizatoria que no esté vinculada a la ortodoxia teórica, los problemas teóricos acabaron por ser puestos en la mesa de discusión.

La gran herejía organizatoria se debió a Marighella. Reaccionando contra el monolitismo del viejo PCB e impresionado por las tesis de Debray en contra del partido como estructura válida para la lucha armada en América Latina, Marighella, al escindirse, opta por una organización extremadamente flexible, una verdadera federación de grupos. Aunque la práctica lo haya forzado a evolucionar después en el sentido de fortalecer los nexos orgánicos, Marighella nunca abandonó su concepción de que la organización estaría formada por grupos operativos autónomos, vinculados exclusivamente a la coordinación central e independientes del movimiento de masas. El criterio de integración de esos grupos era su propia práctica armada, lo que minimizaba todo lo referente a la discusión ideológica.

La concepción de Marighella era, en realidad, fruto de un agudo olfato político. Intuyendo que la gran debilidad de la izquierda revolucionaria era su fraccionamiento y que todo intento de afirmar en aquel momento una línea política definida equivalía a acusar el particularismo de quien lo hacía, trató de constituirse en un centro de aglutinación rehusando poner a la discusión política como piedra de toque de la organización. Por otra parte, ya con el propósito de captar a los cuadros más combativos de la izquierda, cuya disposición de lucha no aceptaba cortapisas, ya por ser ésta su idea del papel que debía cumplir la vanguardia revolucionaria, adoptó como consigna el enfrentamiento directo con el régimen.

El marighellismo constituyó sin duda la expresión más acabada de la manera como amplios sectores de la izquierda encararon el avance del movimiento de masas. 1964 dejará la idea de que, si hubiesen contado con una conducción decidida, las masas se habrían opuesto al golpe de Estado. En 1968, las organizaciones político-militares no querían repetir lo que consideraban el error de 1964: las masas habían despertado y el papel de la vanguardia era

señalarles certeramente el enemigo a golpear: las fuerzas armadas. El régimen militar era tomado como un cuerpo extraño a la realidad social brasileña, un engendro del imperialismo que el pueblo debía expelir de la misma manera como se estaba haciendo en Vietnam con las tropas invasoras norteamericanas.

Ello explica que, pese a su tesis de la guerra prolongada, la izquierda brasileña no se haya preocupado de disponer de bases sólidas en la ciudad y en el campo antes de diferir los golpes que asestó al régimen y que, en lugar de preparar la guerra, se limitara a dar el ejemplo del combate en una lucha que consideraba ya iniciada. El uso amplio que se hizo entonces de la terminología militar y la adopción de los esquemas estratégicos establecidos por los teóricos de la guerra revolucionaria reflejaron una cierta visión del proceso brasileño, que los hechos sólo en parte confirmaron.

Esa confirmación se dio sobre todo en la caja de resonancia propia a la izquierda revolucionaria: el movimiento estudiantil. El prestigio ganado allí por las organizaciones político-militares no sólo impulsó al estudiantado a desarrollar nuevas formas de lucha en el enfrentamiento callejero con la represión, sino que engrosó los contingentes de las mismas organizaciones. La penetración en el movimiento obrero fue mucho menos sensible, pero los sectores más combativos de la clase, y por lo tanto los que hicieron notar más su presencia, se dejaban claramente sensibilizar por las organizaciones político-militares. El carácter naturalmente violento de los conflictos en el campo jugaba a su vez en favor de los que veían en marcha el proceso de la guerra revolucionaria. Se estableció así una simbiosis entre el clima general de radicalización política y la práctica de lucha armada de las organizaciones político-militares, en el marco de la cual los dos fenómenos se influenciaban por capilaridad pero seguían un curso paralelo.

Enfrentadas al dinamismo vibrante de los grupos político-militares, las demás organizaciones tuvieron poca capacidad de respuesta. Partidarias ellas mismas de la lucha armada y sensibilizadas también por el ascenso de masas,

centraron sus críticas en lo que consideraban métodos militaristas y crearon una dicotomía más bien peligrosa entre las acciones armadas y el trabajo de masas. Su desventaja era evidente, en la medida en que no tenían a ofrecer sino los métodos tradicionales y cuasi artesanales de trabajo de masa, totalmente inadecuados a la fase de acelerada radicalización política que se vivía. Fueron los grupos político-militares los que conservaron, pues, la iniciativa, llevando a que, ante la urgencia de conducción política que el curso ascendiente del movimiento de masas planteaba, la izquierda se limitase a intensificar el ritmo de su propia práctica de lucha armada.

VI

Los sucesos de 1968 sacudieron fuertemente los cimientos de la dominación de los militares. Bajo el liderazgo de la pequeña burguesía, que el movimiento estudiantil había movilizado y que multiplicaba sus iniciativas contra el régimen, gracias sobre todo a las posiciones que ocupaba en los partidos políticos, en el Congreso, y en los medios de comunicación, así como en los círculos intelectuales y artísticos, los sectores de la burguesía descontentos con la política económica pasaron a presionar al gobierno para lograr una mayor liberalización política, procuraron obtener el apoyo norteamericano, confiando en su interés por debilitar su monolítico interlocutor militar, y entraron a maniobrar en los cuarteles. El malestar que cundía en la baja oficialidad empezó a ser azuzado por las distintas fuerzas opositoras, quienes esperaban hacer jugar en beneficio propio las fisuras que se acusaban en el dispositivo de sustentación del gobierno.

El golpe militar del 13 de diciembre puso en evidencia el verdadero carácter de las contradicciones que se desarrollaban en las fuerzas armadas. La insatisfacción de la oficialidad joven, con la que tanto había especulado la oposición burguesa, se orientaba en efecto contra la debilidad del gobierno y exigía un reforzamiento de la política de mano dura sobre los sectores civiles. El Acta institucio-

nal número 5, decretada por el gobierno a raíz de los conflictos suscitados con la Suprema Corte y el Congreso, confería al mariscal-presidente poderes discrecionales, concentrando en sus manos todas las facultades de decisión política y llegando incluso a retirar a la Suprema Corte la prerrogativa de juzgar la constitucionalidad de los actos gubernamentales.

Autonomizándose de la clase que representa para mejor servirla, el régimen militar centró inicialmente su poder de fuego sobre los sectores rebeldes de la burguesía. El documento titulado *Contra-Revolución*, emitido por la oficina de la Presidencia de la República el 19 de diciembre, con el fin de justificar las medidas de excepción adoptadas por los que las fuerzas armadas llaman la "Revolución", decía explícitamente, después de presentar su versión de los hechos acaecidos en 1968, que éstos "demuestran, más allá de toda duda, en las proporciones y dimensiones evidenciadas, que el movimiento de falsos estudiantes, de muchos políticos activos, de personas privadas de sus derechos (políticos), del clero autodenominado progresista y de parte de algunos de los responsables de los medios de difusión, estaba dirigido exclusivamente a subvertir el orden interno, lo cual configuraba una contrarrevolución en marcha". Se hacía igualmente referencia al terrorismo, añadiéndose que "la subversión puesta en marcha en Brasil" se hallaba "dentro de la línea recomendada por la conferencia de solidaridad latinoamericana llevada a cabo en La Habana en 1967, sobre la lucha armada como único camino para conquistar el poder".

La confusión que se establecía entre la oposición burguesa y la acción de la izquierda revolucionaria era deliberada, una vez que permitía al régimen ejercer sobre la burguesía una represión sin precedentes en el país. Un gran número de políticos e intelectuales quedaron con sus derechos políticos suspendidos, otros fueron encarcelados, algunos tuvieron sus bienes confiscados. El Congreso fue disuelto, la Suprema Corte y las universidades expurgadas, la prensa censurada, al tiempo que los principales diarios de la oposición cayeron bajo la férula del gobierno; la Iglesia pasó a ser objeto de creciente hostilidad. Simul-

táneamente, se intensificó la represión que ya se ejercía contra las organizaciones revolucionarias, llegándose a un grado extremo de violencia y crueldad.

El golpe militar de 1968 tiene varias implicaciones. Por un lado, representa la sumisión forzosa y definitiva de las capas inferiores de la burguesía a la dictadura del gran capital, implantada en 1964. Privadas de expresión política y aterrorizadas por la reacción que sus intentos de rebeldía habían desencadenado, esas fracciones burguesas renunciaron a la pretensión a plantear sus intereses específicos y se acurrucaron temerosas junto a la bota que las había castigado. A partir de entonces, las divergencias interburguesas pasan a tener un peso insignificante en la vida política nacional.

Por otro lado, el golpe militar significa la supresión de los restos del aparato institucional previo a 1968, que había sufrido ya profundas modificaciones en los cuatro años anteriores. Las instituciones que sobreviven al sablazo de 1968, y que podrían hacer pensar en una república parlamentaria burguesa, tales como los partidos políticos, el Congreso, las cortes de justicia, constituyen meras apariencias, cuyo contenido real es el de coadyuvar al ejercicio del poder militar. El verdadero nervio político del país pasa a ser definitivamente el ejército y será en los cuarteles donde se decidirán en adelante los destinos del capitalismo brasileño.

La tercera implicación del golpe de 1968 es la aplicación hasta las últimas consecuencias de la doctrina de la guerra anti-subversiva, que inspiró la acción de los militares desde 1964. Siguiendo los postulados de los teóricos franceses y norteamericanos de la guerra revolucionaria, el gobierno brasileño se dará como tarea la eliminación física del movimiento revolucionario, sin preocuparse del impacto de sus medidas sobre la opinión pública nacional e internacional y del aislamiento que ello le pudiese acarrear. La brutalidad de la represión policial-militar en Brasil, las prisiones en masa, la aplicación indiscriminada de la tortura, los asesinatos y los campos de concentración para los presos políticos se derivan directamente de los métodos utilizados por el ejército francés en Argelia y por

el norteamericano en Vietnam. La novedad del caso brasileño consiste en que dichos métodos no son el fruto de la ocupación extranjera, ni siquiera de la dominación de una minoría étnica, como en Africa del Sur, sino que los utiliza el mismo gobierno nacional. El mejor parangón para el Brasil actual sería, en este sentido, la Alemania nazista, sin que la violencia política, en el caso que nos ocupa, esté enmarcada en una situación excepcional, como lo fue la gran depresión.

Como quiera que sea, las organizaciones revolucionarias han debido enfrentarse a un grado de represión que superaba ampliamente lo que habían sufrido antes de 1968. Peor aún, lo han hecho en condiciones en que el movimiento de masas entraba en una fase de reflujo, retirándose la base con que habían contado y amenazando con dejarlas sin periferia, es decir, totalmente a descubierto ante las acciones de aniquilamiento emprendidas por el gobierno. Disponían de una sola ventaja táctica: la urgencia de éste en lograr rápidos resultados. En la llamada guerra anti-subversiva, la fase de aniquilamiento tiene que ser necesariamente corta y coronada de éxito, para permitir al enemigo pasar a la etapa de conquista de bases sociales, en las condiciones que su eventual victoria le permita dictar. En el Brasil post-1968, la izquierda no se preocupó de rehuir la acción del gobierno, frustrando su campaña de aniquilamiento, sino cuando ésta ya le había costado muy caro. La actitud de la izquierda se debió a razones que tanto hacían a su situación interna como a factores objetivos, que empezaron entonces a actuar.

Cuando el golpe de 1964, la izquierda revolucionaria encaró los acontecimientos como un accidente de la lucha de clases, cuya principal responsabilidad cabía al reformismo, y se limitó a izquierdizar aún más sus planteamientos. En 1968, el movimiento de masas, si no bajo la conducción de la izquierda revolucionaria, por lo menos más sensible a su conducción que a cualquier otra, sufrió una derrota aún más terrible si se considera lo difícil que le fue rearticularse y su gran independencia en relación a la política burguesa. Sin embargo, al no poder tomar como responsable de esa derrota al reformismo, la izquierda le

atribuyó el carácter de una fatalidad de la lucha de clases, es decir, el producto necesario e inevitable de los movimientos de masas en la situación creada por el régimen militar. Esto influiría seriamente en su actuación ulterior.

Es de hecho a partir de 1969 que el fenómeno del militarismo de izquierda gana toda su dimensión. Sin poder contar con el factor político que la movilización de masas introducía en la vida nacional, las organizaciones político-militares plantean sus acciones armadas no ya como estimulante y ejemplo para las masas, sino como destrucción directa de las bases de sustentación del poder militar. La caracterización de la etapa como de guerra revolucionaria se generaliza, y en ella la izquierda aparece simultáneamente como destacamento de vanguardia y como cuerpo de ejército. Las dificultades para mantener esa situación y la imposibilidad de levantar a corto plazo el movimiento de masas harán incluso emerger tesis como la relativa a las dos etapas de la guerra, de las cuales, en la primera, la responsabilidad en la lucha cabría enteramente a la izquierda, y sólo en la segunda podrían las masas intervenir. Ante la apatía creciente de las masas urbanas, esas organizaciones darán nuevo énfasis a la guerrilla rural, la cual, alejadas como están las organizaciones del problema campesino, seguirá siendo para ellas una cuestión técnica de inserción de los destacamentos armados en el campo.

El ritmo de las acciones armadas se intensifica de manera extraordinaria en el curso de 1969, hasta el punto máximo representado por el secuestro del embajador norteamericano en Río de Janeiro, en el mes de septiembre. La acción, de que participaron elementos de la DI de Guanabara (que tomó entonces el nombre de Movimiento Revolucionario 8 de octubre —MR-8— en homenaje a un grupo operativo emanado de ella y desmantelado por la represión poco antes) y de la ALN, mostró con toda fuerza las características que había asumido en Brasil el enfrentamiento izquierda-gobierno: por un lado, la audacia y la decisión evidenciadas por las organizaciones político-militares; del otro, el trato brutal que, indiferente a la repro- bación internacional, el gobierno dio a los prisioneros canjeados por el embajador, y la violenta represión que

desencadenó en el país, hiriendo indiscriminadamente a elementos de izquierda, simpatizantes periféricos y pacatos ciudadanos.

La ferocidad de la represión tuvo su importancia para la evolución de la izquierda. La gran mayoría de los cuadros pasaron a vivir en la clandestinidad, dependiendo de la organización para sobrevivir, y residiendo en "apartamentos", es decir, casas o departamentos mantenidos por ésta, una vez que ya no podían contar con la hospitalidad de simpatizantes o aliados. Además de repercutir negativamente en la vida política interna y en la práctica del centralismo democrático, ello implicó el aislamiento de la izquierda, de profunda significación para las condiciones existenciales de los cuadros, y su alejamiento progresivo de las masas. El resultado fue el afianzamiento de la tendencia al militarismo y el hecho de que los militantes se volvieron más y más detectables por la represión, que los iba a encontrar seriamente quebrantados y aptos a prestar a la tortura la colaboración psicológica que ésta requiere para ser eficaz.

A medida que se estrechaba el círculo de la represión y que la izquierda, desvinculada de las masas, no pudo recurrir al reclutamiento de nuevos cuadros en escala significativa, se impuso la práctica del trabajo en frente y de la fusión. Las fusiones, realizadas como medida de auto-defensa y carentes, por lo tanto, de real contenido político, mostraron ser ineficientes, tendiendo a desembocar en nuevas escisiones. El caso más representativo fue el de la fusión VPR-COLINA, y algunos grupos menores, que dio lugar a la Vanguardia Armada Revolucionaria-Palmares, organización que se escindió en el curso mismo del congreso de fusión, a fines de 1969. De allí se originó la nueva VPR, cuya figura más destacada es el excapitán del ejército Carlos Lamarca y que es la fuerza más representativa actualmente de la corriente militarista, y la organización que conservó el nombre de VAR-Palmares, cuya línea es una transición entre el militarismo y las nuevas formas que el trabajo de masas plantea hoy día en Brasil.

Los frentes de trabajo, constituidos en función de acciones aisladas de mayor envergadura o de coincidencia real

de línea y métodos de lucha, han revelado ser más fructíferos. Gracias a ellos, la gran atomización de la izquierda brasileña se ve considerablemente aminorada, configurando algunos bloques o tendencias de importancia: el eje VPR-ALN, al que se ha sumado recientemente el MR-8; una nueva escisión, que tomó de nuevo la denominación de POLOP); y el eje AP-PC del Brasil, prácticamente fundados ya, gracias a su senda adhesión al maoísmo y al carácter duradero de su alianza.

Basta mirar ese cuadro para que salte a la vista que la aproximación entre las organizaciones va más allá de meras conveniencias operacionales. En efecto, los tres bloques señalados divergen entre sí en cuanto al carácter de la revolución, las fuerzas motrices del proceso revolucionario y las formas de lucha que éste implica en el presente. Al reseñar estas particularidades, conviene tener presente que ello induce necesariamente a simplificaciones, que no dan cuenta de las diversidades que aparecen en el interior de cada tendencia, al tiempo que omiten los puntos de contacto que pueden existir entre las organizaciones que integran diferentes tendencias.

Es así como la VPR y la ALN (la constitución reciente del MR-8 no permite opinar todavía sobre él) caracterizan a la revolución brasileña como una revolución de liberación nacional, lo que las lleva a enfatizar sus rasgos anti-imperialistas en detrimento de la definición precisa de las clases sociales comprometidas en el proceso. Ambas organizaciones defienden a la guerra de guerrillas como forma dominante de lucha, en la etapa actual, y privilegian en consecuencia el papel del campesinado. En la formulación teórica de los supuestos que informan su práctica, la VPR ha ido más lejos que la ALN, que se vincula más a la práctica empiricista de Marighella. En consecuencia, mientras la ALN evita la discusión propiamente ideológica, y sostiene en general las tesis más clásicas del marxismo, como la que se refiere a la hegemonía de la clase obrera, documentos de la VPR han aplicado al Brasil mucho de los planteamientos marcusianos sobre el aburguesamiento del

proletariado industrial, y llegan incluso a afirmar la cuasi inexistencia de la clase obrera y el papel revolucionario o decisivo que cabe a las masas urbanas llamadas “marginales”, así como al campesinado. Ambas organizaciones se han caracterizado por la realización de acciones armadas de gran efecto propagandístico.

Las organizaciones que integran el segundo bloque constituyen la tendencia socialista propiamente dicha, por defender el carácter socialista de la revolución y el papel hegemónico de la clase obrera en todas las fases del proceso. La principal divergencia entre ellas reside más bien en su posición frente a la cuestión de la guerra de guerrillas —y, pues, al campesinado— que, aunque todas adopten en general, adquiere mayor o menor énfasis en sus planteamientos, según se trate, por ejemplo, de la VAR-Palmares o del POC. El origen político-militar de la primera la inclina, también, más fuertemente hacia las acciones armadas, pero todas preconizan la realización de acciones directas vinculadas estrechamente a los intereses propios de la clase a que se dirigen y tienden a concentrar sus efectivos en la ciudad.

La tesis de la revolución popular que defiende el bloque maoísta está más cerca de la concepción de liberación nacional, pero, basado en un análisis de clases más preciso, destaca con mayor nitidez el papel que se atribuye allí a la burguesía nacional. La hegemonía de la clase obrera es defendida con mayor calor por el PC del Brasil que por la AP, aunque ambos grupos hayan acordado tradicionalmente una gran importancia al trabajo campesino; ello se debe a su definición de la guerrilla como forma principal de lucha, aunque ninguno de los dos la plantee como tarea inmediata. Sin embargo, el rasgo distintivo de las dos organizaciones ha sido su defensa de un trabajo de masa más tradicional, realizado pacientemente a partir del grado de conciencia de la masa y en una perspectiva de largo plazo, así como su condena formal a la práctica armada de las organizaciones político-militares.

El bloque maoísta se ha caracterizado en los últimos años por el acrecentamiento sistemático de su base de

masa, fenómeno que sólo el POC, y a mucha distancia de él, ha registrado también, y por lo que se podría llamar de "populismo de izquierda"; sin embargo, pese a la gran identidad existente entre las organizaciones que lo integran, el distinto origen de las mismas ha tenido incidencia en esa práctica. Así, el PC del Brasil, que nace de una matriz más sectarismo que la AP en sus relaciones con las demás fuerzas de izquierda, al mismo tiempo que una mayor flexibilidad para adecuarse a los marcos legales de trabajo de masa impuestos por el régimen militar. El PC del Brasil ha llegado incluso a ocupar puestos sindicales de importancia, después de 1968, y se ha acercado en ciertas ocasiones a los remanentes de la oposición liberal burguesa y pequeño-burguesa.

Inversamente, originaria de la izquierda cristiana y mucho más joven en tradición y en cuadros, la AP maduró en el trabajo de masa —estudiantil primero, campesino y obrero después— y ha evolucionado hacia una práctica revolucionaria siempre más pura. De la política de infiltración en el gobierno, que preconizó y practicó antes de 1964, la AP pasó, después del golpe de abril, a una abierta oposición al régimen y se radicalizó progresivamente, hasta llegar al marxismo. Su trayectoria desde entonces estuvo marcada por una visión mecánica de la relación vanguardia-masa, propia a los grupos chinos en América Latina, que la llevó a exigir la integración de sus militantes al trabajo productivo (posición que sometió posteriormente a autocrítica), y que le ha costado a veces la pérdida de cuadros o bases enteras, que se desprenden de la esfera de la vanguardia y se incorporan al movimiento de masas: el caso más significativo es el del "Grupão" (grupón), un importante núcleo de obreros de avanzada que actúan en la zona industrial de São Paulo y que nace de una ex base de la AP. De todas maneras, y cualquiera que sea el papel que el futuro le reserva, la evolución de la AP anticipa un esfuerzo de identificación con la masa que la crisis actual de la izquierda brasileña exigirá de todas las organizaciones revolucionarias.

VII

Para muchos militantes, la crisis por la que pasa actualmente la izquierda brasileña se reduce a cuestiones técnicas de resistencia a la represión policial-militar, o a los problemas operacionales a que se enfrenta para desarrollar su práctica política, o aún a las diferencias ideológicas que enarbolan sus distintas tendencias. Para otros, que plantean más críticamente la situación de conjunto que caracteriza al país, esa crisis es antes que nada un resultado de la baja que afecta hoy día al movimiento revolucionario y al mismo movimiento de masa. Siendo todo eso, el problema es sin embargo mucho más profundo: vivimos presentemente la crisis de un liderazgo de clase y el tránsito del proceso brasileño a una etapa cualitativamente diferente.

El retrospecto histórico de la trayectoria de la izquierda brasileña en la última década muestra, en efecto, que, más allá de ser la de una vanguardia revolucionaria, fue la trayectoria de una clase, la pequeña burguesía, y la manera particular como ésta vivió los cambios estructurales que se verificaron entonces en el capitalismo brasileño. Polarizándose en función de los conflictos interburgueses que la centralización del capital acarreó, la pequeña burguesía llegó dividida a 1964: mientras una parte significativa de los grupos que la componen apoyaron entusiastamente a la política del gran capital, desfilando por las calles antes y después del golpe militar, amplios sectores de ella se desplazaban progresivamente de la influencia del PCB y otros liderazgos reformistas moderados y se agrupaban en torno al liderazgo más radical de Brizola, Julião y de la misma AP, y alimentaban la dinámica de los grupos más extremistas, cuya mejor expresión era la POLOP. La capitulación de la oposición burguesa, en 1964, y la subordinación progresiva de las capas más bajas del capital a la gran burguesía, que empieza entonces, conducen a la pequeña burguesía radicalizada a extremar sus posiciones, al mismo tiempo que los sacrificios impuestos por la política económica la llevan en su conjunto a alejarse del régimen. La crisis del reformismo se hace entonces visible y expresa el

desplazamiento del eje de la alianza de la pequeña burguesía desde los estratos capitalistas más bajos hacia las masas trabajadoras de la ciudad y del campo.

Independizada así de la tutoría burguesa, la pequeña burguesía, cuya expresión más dinámica fue el movimiento estudiantil, se vio convertida en la fuerza hegemónica del movimiento popular. Sin embargo, inserta en una sociedad fuertemente polarizada, en que las distancias que la separan de los trabajadores son singularmente amplias, ella carecía de vínculos reales con las masas. Cuando éstas reclamaron una efectiva conducción política, la pequeña burguesía no supo hablarles sino a través de sus actos y procuró guiarlas por su ejemplo al enfrentamiento directo con el régimen.

1968 marca el momento culminante de la hegemonía pequeño-burguesa sobre el movimiento de masas; pero también su fracaso. El deterioro progresivo de las condiciones de actuación de la izquierda revolucionaria, en el período subsecuente, resultó, como señalamos, de que no aprovechó de una cierta ventaja táctica que podía explotar en relación al régimen. La izquierda aceptó el enfrentamiento directo y se encontró de pronto aislada, expuesta a los golpes del enemigo. Pero la separación de su base social sólo en parte se debe al hecho de que la izquierda se hubiese adelantado; se deriva más bien del hecho de que dicha base retrocedió. Al mirar en torno, la izquierda se dio cuenta de que la pequeña burguesía quedará atrás y asistía como simple espectadora a los combates que ella libraba.

La abdicación de la pequeña burguesía a su puesto de lucha fue parcialmente una victoria de la campaña de aniquilamiento lanzada por el régimen. Cuando llamaba al enfrentamiento, la pequeña burguesía esperaba que fuera una breve batalla, en la que la clase obrera ocuparía la primera línea de fuego. Sin embargo, el proletariado apenas empezara a regimentar sus fuerzas cuando el régimen contrató. La pequeña burguesía abandonó el terreno, sin preocuparse de su vanguardia, que ella sí se mantuvo en el frente de combate.

Sería incorrecto creer, sin embargo, que fue sólo el

miedo lo que hizo retroceder a la pequeña burguesía. Mencionamos ya que nuevos factores objetivos hicieron sentir su presencia en el Brasil de 1969, los cuales influyeron decisivamente en la configuración política en cuyo marco la izquierda revolucionaria debió actuar. Dichos factores se derivaron directamente de la adaptación a la que procedió el régimen en el modelo subimperialista de desarrollo, formulado en el período Castelo Branco, y que sufriera los primeros cambios desde la ascensión de Costa e Silva a la Presidencia de la República.

Recordemos que el problema estructural de la economía industrial brasileña reside en el desajuste entre el sector de bienes de capital y el de bienes de consumo, y que ello dio lugar, a principios de la década, a una grave crisis coyuntural. En el planteamiento del equipo tecnocrático-militar de 1964, la crisis coyuntural constituía el primer objeto de preocupación, y la medida más eficaz empleada en este sentido fue la rebaja forzosa de los salarios, mediante una política altamente lesiva a los sectores que viven de remuneraciones, inclusive la pequeña burguesía asalariada. El debilitamiento inevitable que esto trajo al mercado interno no preocupó mayormente al régimen militar: la perspectiva de explotar el mercado externo, mediante una alianza con los monopolios extranjeros, le parecía sumamente promisorio. Se esperaba que dichos monopolios abrieran a la burguesía brasileña los mercados controlados por ellos, a cambio de las facilidades que le daría ésta para superexplotar conjuntamente al proletariado nacional. Paralelamente, se asignaba al Estado un papel complementario en la atención a las exigencias de realización, planteadas por la gran industria.

Entre 1964 y 1968, se persiguió la concretización de esa alianza, con relativo éxito. Sin embargo, como mostramos, la lentitud con que los resultados se iban alcanzando y las dificultades surgidas para acelerarlos reforzaron la posición política de los sectores burgueses más débiles, a quienes esa política no aprovechaba, y condujeron al reemplazo de Castelo Branco. Con el nuevo gobierno, el modelo subimperialista, sin ser abandonado, sufrió adaptaciones, que se centraron sobre todo en mayores facilidades de cré-

dito a la mediana empresa, así como en la formulación de una política moderada de subsidios y exenciones de impuestos en su favor, lo que le permitió a ésta reactivar el ritmo de sus negocios. El Estado asumía el costo de esa política, descargándolo, por vía de la inflación, sobre la masa trabajadora.

Los sucesos internos de 1968 y la recesión norteamericana, que se esboza entonces para afirmarse el año siguiente, determinan la acentuación de esa tendencia, que desplazaba el énfasis de la política económica desde el comercio exterior hacia el Estado, sin que aquél haya sido jamás abandonado. Simultáneamente, a medida que se acentuaba la captación parasitaria de recursos estatales por las distintas capas burguesas —lo que, además de representar el precio que pagaba el régimen por su sumisión, creaba la necesidad de crearle condiciones internas de realización— la pequeña burguesía pasó a recibir una parte más significativa de los beneficios de la superexplotación del trabajo empresada por el Estado, al tiempo que se le asignaba el papel de generadora de demanda para la producción de bienes de consumo.

El rasgo más significativo del período consiste, sin embargo, en el origen de esa producción. En efecto, una parte de ella venía de la industria ligera modernizada, que había sido forzada a elevar su nivel tecnológico, ya con el fin de aumentar su poder de competencia en el mercado externo, ya con el de proporcionar un mercado más dinámico para la producción interna de bienes de capital. Pero una parte cada vez más significativa provenía de la misma industria pesada, que, al encontrar dificultades para seguir expandiéndose hacia el exterior, reorientara su producción en el sentido de la fabricación de bienes de consumo durable, destinados al mercado interno. Ambos sectores exigían, pues, la ampliación de la capacidad de consumo de la pequeña burguesía, más precisamente de sus estratos más altos, lo que motivó su inesperada incorporación al bloque social beneficiario de la política económica.

El resurgimiento del reformismo, que se ha registrado últimamente en Brasil, refleja en gran medida la neutralización política de la pequeña burguesía y el acercamiento

progresivo de algunos sectores de ésta al bloque dominado hegemónicamente por la gran burguesía. Con base en facciones militares y en corrientes de la antigua izquierda reformista, esa tendencia política maneja slogans nacionalistas nuevos y viejos, y se esfuerza por revivir mitos populistas que se creían ya enterrados. Corresponde así a la intención del gobierno de pasar de la fase de aniquilamiento de la izquierda a la de embasamento social, para lo cual tanto echa mano del fútbol como de la demagogia antimperialista, de la manipulación de los medios de difusión como de la censura impuesta a editoriales y universidades. En medio a fluctuaciones de intensidad, que reflejan las contradicciones internas de las mismas fuerzas armadas, se trata por otro lado de localizar la represión al movimiento revolucionario, sin que ello implique disminuir su violencia en las áreas en que incide.

De este proyecto de recuperación de la base social de apoyo al régimen, queda desde luego excluido al campesinado. La participación de la burguesía terrateniente en el bloque dominante ha significado la mantención de las estructuras de explotación en el campo, cuyos rasgos brutales se han acusado aún más por efecto del aumento de la oferta de mano de obra. En efecto, entre los problemas que el régimen militar debió atacar, a mediados de la década, para recuperar y ampliar los niveles de la tasa de plusvalía en la industria, estaban la elevada participación en ingreso, que la manipulación de los precios facultaba al sector agropecuario, y el efecto de esa especulación en los salarios urbanos. Simultáneamente al control de los precios agrícolas, el régimen se preocupó entonces de crear incentivos al aumento de producción y lo hizo mediante el abaratamiento forzoso de la mano de obra rural.

Ese abaratamiento se logró mediante la intensificación de la mecanización y la extensión de la pecuaria, lo que, reduciendo aún más las oportunidades de trabajo en el campo, aumentó la oferta de trabajo y deprimió el nivel de las remuneraciones, y a través de la aplicación de la legislación laboral existente, que fija el mínimo salarial y concede beneficios sociales al trabajador, estableciendo además normas para los regímenes de arrendamiento y apar-

cería. Como ello se hizo en condiciones de extrema represión de la organización sindical en el campo y de aumento de la oferta de trabajo, que debilita el poder de discusión del trabajador, el resultado de esta última medida fue el de provocar despidos en masa de asalariados, así como el desalojo de colonos y aparceros, que, constituyéndose en jornaleros dichos "volantes", fueron a engrosar el caudal humano que debe vender su fuerza de trabajo al precio fijado por el terrateniente. Arrancada de la gleba, esa masa superexplotada se agolpa en torno a los centros urbanos del interior de São Paulo, de Minas y del Nordeste, de donde sale a prestar servicio al terrateniente en las fases estacionales de trabajo, tendiendo a constituirse así en una capa intermedia entre el proletariado urbano y el trabajador rural.

Las condiciones de explotación creadas por el capitalismo brasileño en la ciudad no han sido mucho más benignas. En la fase de transición de la política económica, entre 1967 y 1968, el régimen pensó en proceder a una cierta liberalización salarial, después del llamado "tapón" aplicado por Castello Branco. El curso que tomó sin embargo el proceso, basado en la producción de bienes de consumo suntuario para las capas de ingresos más altos, y la necesidad de crear una real capacidad de demanda por parte de dichas capas, implicó mantener la redistribución regresiva del ingreso, en detrimento de las masas trabajadoras y en favor de los estratos sociales superiores. La contención salarial, afianzada por la represión al movimiento obrero, y la inflación han desempeñado un papel importante en este sentido y resultaron en una baja considerable del poder adquisitivo del proletariado.

La situación de la clase obrera se ha visto agravada por el deterioro del ritmo de creación de empleos en la economía. Sea en la fase en que privilegió el mercado externo, sea en la que enfatizó el mercado constituido internamente por las capas de altos ingresos, el capitalismo brasileño acentuó su contradicción fundamental, es decir, su incapacidad para proporcionar a las masas trabajadoras condiciones adecuadas de incorporación al proceso productivo. Inversamente, mediante el uso de tecnología ahorradora de

mano de obra y la regulación de la producción, vuelta posible por el proceso de monopolización, la economía restringió progresivamente esa incorporación, degradando aún más la condición proletaria.

En estas circunstancias, todo a lo que puede aspirar el régimen militar, al pretender crear una base social para la dominación del gran capital, no va más allá de la incorporación de la pequeña burguesía al esquema de poder. Aún las capas bajas de la clase media quedan excluidas de ese proyecto, y la inutilidad de éstas desde el punto de vista del modelo capitalista que se quiere implementar hace más bien previsible que se mantenga la degradación de su situación material, que se ha observado en los últimos años. Finalmente, tratándose del proletariado urbano y rural, las pretensiones del régimen se limitan a procurar embrutecerlo a través de la propaganda, una vez que debe seguir reprimiendo sus reivindicaciones más elementales.

Crear que el reformismo pueda adquirir hoy día en Brasil un real significado político para los trabajadores es, pues, ignorar la lógica implacable de la lucha de clases. Aplastado por la superexplotación que se le ha impuesto y proscrito de la vida institucional y política del país, el proletariado brasileño no puede tener otra expresión política que no sea revolucionaria. Su situación objetiva coincide con la crisis que vive la vanguardia revolucionaria, y que resulta de la pérdida de la base social pequeño burguesa que la había respaldado. Ambas condiciones, que se dan por primera vez en Brasil en forma combinada, hacen aparecer como necesaria y viable la creación de un verdadero partido proletario en el país.

VIII

La izquierda llega a ese momento profundamente transformada. Al enfrentarse a las tareas que planteaba la realización de la lucha armada, se ha depurado internamente y ha forjado una nueva militancia, cualitativamente distinta de la que le dejara el período anterior. La lucha armada representó aún más para la izquierda: fue su decla-

ración formal de que ella no aceptaría las reglas de juego impuestas por los militares. Independientemente del voluntarismo en que incurrió, esto le permitió encarar seriamente la lucha clandestina, la única que la vanguardia política del proletariado puede librar en las actuales circunstancias.

La acción implica siempre el riesgo de la desviación; sólo la inacción da garantías seguras a la ortodoxia. En el caso brasileño, el accionar de la izquierda acarreó desviaciones, que han tenido consecuencias en su desarrollo. Sin embargo, ha sido su práctica de lucha armada lo que permitió a la izquierda romper con los métodos tradicionales del trabajo de masa, de difícil aplicación hoy día en el país, así como reunir los elementos necesarios (humano, técnico, organizativo) para, desbordando los límites trazados por el régimen militar, tomar la iniciativa en contra de éste. Si la izquierda revolucionaria constituye actualmente una alternativa política para las clases trabajadoras —y ella es la única alternativa que les queda— esto se debe precisamente al hecho de ser una vanguardia armada.

Es gracias a ello que la izquierda está en condiciones de triunfar sobre la represión policial-militar, frustrando la intención de aniquilamiento físico que el régimen alienta respecto a ella y rescatando incluso parte de los cuadros que éste encarcela. Es gracias a ello que la izquierda puede garantizar su subsistencia, llevando a cabo las acciones de medios, vueltas imprescindibles por el hecho de que los grupos sociales que la podrían apoyar se han plegado a la política del régimen. Es ello lo que le hace posible dinamizar su propaganda junto a las masas, ya en función de una labor orgánica de penetración en sectores de ésta, ya con el propósito de hacerse escuchar nacionalmente. Finalmente, es por ser una vanguardia armada que la izquierda puede encarar la tarea de desarrollar las formas militares y paramilitares de organización que el movimiento de masas asume en el campo y tendrá que asumir en la ciudad, a medida que elevar su nivel de combatividad.

La opción hecha por la burguesía en favor de una dictadura abierta de clase no deja a la acción política de la vanguardia y al proceso de la lucha de clases sino el camino de la lucha armada. Lo que se impone, pues, a la izquierda

brasileña no es el abandono de éste método de lucha, ni siquiera una autocrítica por haberla entablado en el momento en que lo hizo. Los que le achacan la responsabilidad del golpe militar de 1968 son los mismos que la acusaron de haber provocado el de 1964, es decir, los que desejarían una lucha de clases sin lucha y quizá sin clases.

Más allá de ser un instrumento de acción de que se vale la vanguardia, la lucha armada es una forma general de la lucha de clases. Esta la reviste siempre que se da la ruptura entre el movimiento de masas y el sistema de dominación, lo que tiende a configurar una situación de guerra civil más o menos larga. Esta situación, planteada en Brasil desde 1964 y vuelta irreversible después de 1968, lleva naturalmente a que, en las fases de reflujo del movimiento de masas, la lucha armada de la vanguardia aparezca como un fenómeno sin raíces en la sociedad, cuando es ella la que está expresando de manera más pura el grado de agudización a que llegaron las contradicciones de clases en esa sociedad.

No es por lo tanto ese espejismo lo que debe preocupar a la izquierda, sino el hecho de que la misma izquierda se deje confundir por él. Sus sectores militaristas, que, al no encontrar respuesta inmediata a sus acciones armadas por parte de las masas, deciden que éstas no tienen ahora ningún papel a jugar, reproducen a la inversa la misma actitud de sus sectores "masistas", que condenan a la lucha armada en nombre de un trabajo de masa del tipo tradicional y rehuyen de hecho la responsabilidad de ponerse al frente del movimiento de masas. Como decía Lenin, en un movimiento revolucionario las desviaciones de izquierda son siempre, en última instancia, desviaciones de derecha.

La crisis de la izquierda brasileña es la crisis de la base social en que se apoyaba, pero es también una crisis ideológica. En estas circunstancias, la izquierda está obligada a vivirla hasta sus últimas consecuencias, agotando todas las instancias de la autocrítica y llegando al desgarramiento extremo de la lucha interna. Sólo así podrá enfrentarse al desafío que le plantea la lucha de clases: la organización de las masas explotadas para la guerra contra la dictadura del capital.

En el curso de ese proceso, la izquierda se encontrará con que su práctica reciente ha forjado las armas que le permiten atacar esa tarea. El temple de sus cuadros, el dominio de los secretos de la lucha clandestina, la creación de estructuras organizatorias flexibles, la capacidad de ceder a las acciones armadas que la situación requiere, todo ello la pone en posición ventajosa para impulsar la nueva etapa de su desarrollo. Etapa que, al fin y al cabo, se define por la realización de lo que la vanguardia persiguió incansablemente durante todos estos años: la fusión de las ideas revolucionarias con el movimiento de las amplias masas explotadas de Brasil.

ANTONIO ZAPATA

**ETAPAS Y COYUNTURAS
DE LA LUCHA
GUERRILLERA EN COLOMBIA**

I

NOTA INTRODUCTORIA

Tomamos como punto de partida el año de 1930, no porque éste señale el comienzo de la lucha guerrillera en Colombia, pues se podría remontar hasta la insurrección de los Comuneros en el siglo XVIII, sino porque confluyen dos procesos fundamentales de nuestro desarrollo. El uno corresponde a la dimensión externa, esto es, a la crisis mundial del capitalismo. El otro, es el complemento del primero, en cuanto dimensión interna, y está configurado por el cambio de partido político en el control del Estado: termina la hegemonía del Partido Conservador y se inicia la hegemonía del Partido Liberal. Es por otra parte el mo-

mento que historiadores, sociólogos y economistas señalan para América Latina como el inicio de una fase de "sustitución de importaciones", con la cual se inicia también la construcción de una economía de base industrial en los países que actualmente se encuentran en un mayor "grado relativo de desarrollo". Es además, como consecuencia de la circunstancia anterior, la fecha que marca nítidamente el estrechamiento de los lazos de dependencia con los Estados Unidos de Norteamérica: pasamos de depender relativamente de sus manufacturas, a depender completamente de sus medios de producción.

Consideramos que en los términos anteriores queda definido el encuadre histórico que da comienzo a la explicación del problema que nos ocupa. Esto quiere significar que nuestra preocupación reside en dirigir el análisis de la lucha guerrillera en cuanto tiene de explicación por el desarrollo de las contradicciones que animan nuestro proceso de desarrollo capitalista dependiente y no por circunstancias culturales, psicológicas, étnicas y ambiental-geográficas del campesinado colombiano. Para alcanzar el objetivo anterior se impone detectar históricamente las coyunturas que marcan puntos de partida e imprimen su sello cualitativo a las etapas de desarrollo de la lucha guerrillera.

II

PRIMERA COYUNTURA Y PRIMERA ETAPA

A los años comprendidos entre 1930 y 1948 los podríamos definir como la etapa de una "burguesía reformista" que, teniendo el control del poder político, visualiza la importancia de llevar a cabo algunas reformas económicas, políticas y sociales. Estas reformas se van a instrumentar a través de instituciones controladas por ella misma, de tal manera que su puesta en funcionamiento viene a ser su propia praxis, la praxis que le permite redefinir las bases objetivas de su poder y con ello la consolidación del Estado burgués. Sin embargo, precisamente para instrumentarlo requiere de apoyarse en la movilización de grandes sectores

populares. Y este es el riesgo que la burguesía liberal no se atreve a correr, pues estando en juego su consolidación como fracción de clase dominante, encuentra más seguridad y más facilidad en conciliar sus intereses con los terratenientes, los comerciantes (de donde efectivamente proviene) y los capitalistas norteamericanos. Se trata entonces de una burguesía que no puede ser ni revolucionaria ni nacionalista, no tanto por razones ideológicas (pues algunos de sus ideólogos más destacados, como los Lleras, López y Echandia hacen gala de una retórica socializante), sino por su situación objetiva a nivel de la estructura económica de la sociedad colombiana. Entre las opciones que ha tenido y pueda tener nuestra burguesía no se cuentan las de revolucionaria y nacionalista. Esto que no pudo ni podrá ser es lo que caracteriza a esta primera etapa que hemos denominado etapa de la burguesía reformista, la cual está comprendida entre las coyunturas de 1930 y 1948. ¿En qué queda pues el reformismo de esta etapa? Consideremos los rasgos relevantes de la primera coyuntura, ya que por ellos se definen los alcances cualitativos de la primera etapa.

LA COYUNTURA DE 1930

Como ya lo especificamos en la nota introductoria al presente estudio, el año de 1930 marca la confluencia de la crisis mundial del capitalismo con el término de la hegemonía conservadora y el comienzo de la hegemonía liberal. La repercusión directa de la crisis externa se expresa en el mercado interno como una escasez generalizada de manufacturas para el consumo inmediato y duradero. La caída vertical de los precios de los productos de exportación reduce sustancialmente la capacidad de importación, con lo cual se cierran todas las posibilidades de satisfacer las necesidades de consumo interno mediante el recurso del comercio externo. Más aún, cuando ese comercio depende básicamente de un producto primario: el café, los precios internos también caen verticalmente y con ello se reduce la capacidad adquisitiva de la población ocupada en la producción de este producto. Y la población ocupada en el cultivo del café es por esta época altamente significativa,

en la medida en que el café es el primer producto de exportación, además de la baja tecnología incorporada en su producción. Así, la repercusión interna de la crisis mundial adquiere dimensiones cercanas a lo catastrófico, si a lo anterior se agrega el hecho de que esta crisis irrumpe en un momento del más grande optimismo respecto del desarrollo económico. En efecto, el quinquenio 1925-1929 alcanzó hasta ahora la tasa más alta de crecimiento del producto bruto por habitante (5.2). En estos cinco años el país establece las bases económicas a partir de las cuales se va a producir el viraje político de 1930 y con ello, uno de los aspectos fundamentales de la coyuntura que estamos analizando.

El período 1925-29 se caracteriza por las grandes inversiones en ferrocarriles, carreteras, energía eléctrica y los servicios básicos y equipos correspondientes, de tal manera que el conjunto configura la moderna infraestructura, básica e indispensable para que el empresario privado "arriesgue" menos capital en el sector que así emerge como una "necesidad social": el sector industrial. Ahora bien, inversiones de tal magnitud (inversiones que alcanzan los 200 millones de dólares) son posibles no por los ingresos normales del Estado (impuestos a la renta y patrimonio de personas naturales y jurídicas, gravámenes al mercado interno y aranceles aduaneros), sino por los ingresos "anormales" provenientes de la *indemnización* —20 millones de dólares— que el gobierno norteamericano reconoce al colombiano por el "incidente" de 1902 con el Canal de Panamá. Necesariamente los otros 180 millones vienen en forma de préstamos, inaugurándose de esta manera el ciclo de la deuda externa y con ésta como condicionante, el ciclo de las "garantías" a los capitales privados norteamericanos que quieren contribuir a nuestro desarrollo industrial. Es así como la burguesía reformista, cuya etapa se inicia con la coyuntura política de 1930, reconoce la deuda de gratitud con los imperialistas norteamericanos (pues con los 200 millones se crearon las condiciones para que esta burguesía fuese burguesía industrial) y da plenas garantías a las inversiones de capital privado norteamericano. Al respecto Mario Arrubla anota que "entre los años

1932 y 1939 las inversiones extranjeras (se entiende que son norteamericanas) fueron de 129 millones de dólares, mientras que las remesas de utilidades e intereses se elevaron a 199 millones de dólares" (1).

Ahora bien, los efectos que produce en la composición y distribución de la fuerza de trabajo un monto de inversión pública que para ese momento resulta verdaderamente inusitado, no pueden ser previstos por los políticos del conservatismo en el poder. En primer lugar, el "enganche" masivo de trabajadores para la construcción de edificios, ferrocarriles, puertos, carreteras, tiene que hacerse básicamente en el campo, lo cual produce una especie de "liberación" del campesino en la medida en que hace de muchos minifundistas, aparceros y jornaleros permanentes (en las haciendas) una nueva categoría de hombres: los trabajadores libres asalariados. La estructura agraria latifundista sufre entonces una gran conmoción, no porque se haya modificado el sistema de tenencia de la tierra, sino por la amenaza que representa para la propiedad de la tierra, para la gran propiedad, la existencia de una fuerza de trabajo ya movilizada, esto es, una fuerza de trabajo a la cual ya no podrá el terrateniente imponer completamente las condiciones de la relación de trabajo; esas condiciones semi-serviles (entre despóticas y paternalistas) del trabajo en las grandes haciendas, herederas de la encomienda y la plantación coloniales. Así se dibuja en perspectiva el posible retorno al trabajo agrícola de la población enganchada masivamente.

En segundo lugar, otro efecto no previsto de la inversión pública sobre la fuerza de trabajo es el de la promoción de una movilidad geográfica (para la construcción del ferrocarril de Calsas en 1926 se reclutan en un solo enganche 1.700 obreros boyacenses) (2) que supera ampliamente los desplazamientos de fuerza de trabajo producidos por la atracción de las plantaciones de banano en el Magdalena y la extracción del petróleo en los Santanderes, donde el incentivo no estaba puesto en la adquisición de tierras sino en el logro de un mejor salario. Se tiende entonces a generalizar un proceso de proletarización de la fuerza de trabajo ocupada en la producción agraria sin que se gene-

ralicen las unidades económicas del campo (principalmente las grandes haciendas o latifundios) a la categoría de modernas empresas capitalistas. Este es uno de los problemas centrales que la burguesía reformista se propone solucionar mediante una Ley de Tierras (1936) que no pasa de ser una ley más, según veremos en su momento oportuno.

En tercer lugar y como corolario de los efectos anteriores, se dan las condiciones objetivas para una lucha de clases en el campo, planteándose claramente el problema de la apropiación de la tierra. En 1928 los trabajadores de las plantaciones de bananos en el Departamento del Magdalena realizan una gran huelga que termina con la matanza de los huelguistas. La agitación se extiende y los obreros se organizan sindicalmente en sus diferentes frentes de trabajo. La lucha armada se plantea ahora como una posible alternativa. Por todos estos hechos el prestigio del gobierno conservador está seriamente quebrantado y el Partido Liberal aprovecha la circunstancia para enfilarse con su burguesía al poder. Estamos ya en la coyuntura de 1930. El Partido Conservador a pesar de haber hecho del Estado un gran empleador, fue incapaz de redefinir las bases objetivas de su poder.

LA ETAPA DE LA BURGUESIA REFORMISTA

En 1930 ocupa Enrique Olaya Herrera la Presidencia de la República. Ha llegado al poder como candidato del Partido Liberal, mediante previo acuerdo con el sector que dentro del Partido Conservador se hace también vocero de los intereses de la burguesía. Es el candidato de la conciliación entre los intereses relativamente divergentes de las fracciones de clase burguesa. Su candidatura presidencial lleva el rótulo de Concentración Nacional Patriótica. Es, por otra parte, como candidato liberal el portador de un "cambio" y así se presenta ante las masas proletarizadas del campo; luego su triunfo estaba asegurado. En el plano internacional tiene un prestigio bien consolidado, pues en su background cuenta especialmente el desempeño del cargo de Embajador de Colombia ante el gobierno de Washington. Su prolongada permanencia en los Estados Unidos hace de

él la mejor garantía a que pueden aspirar los norteamericanos respecto del pago de los préstamos concedidos en el quinquenio 1925-29, así como de la seguridad social a los planes de inversión en el futuro inmediato. Olaya cuenta a su favor con todos los factores reales de poder. Lo que puede ser este gobierno es lo que puede ser la burguesía y lo que puede ser la burguesía es lo que puede ser en relación a su completa dependencia de los Estados Unidos como lo examinaremos más adelante.

Al gobierno de conciliación de Olaya le sigue el gobierno marcadamente reformista de López (1934-38) y a éste un gobierno de estabilización (regresiva y reaccionaria) del presidente Santos (1938-42); luego, nuevamente López, quien ya no puede romper el establishment de tal manera que al final de su período, en 1945, debe ceder el mando a Lleras Camargo. En 1946 es el conservador Ospina Pérez, quien a la cabeza de un movimiento de Unión Nacional o de conciliación burguesa, como Olaya en 1930, asume el poder. El partido liberal va a las elecciones dividido en dos fracciones: una de derecha, aunque reformista, y una de izquierda acaudillada por Jorge Eliécer Gaitán, fogoso orador, de profunda raigambre entre las masas proletarizadas de la ciudad y el campo. Plantea la lucha de clases en un estilo populista: el pueblo (los pobres de los dos partidos tradicionales) contra la oligarquía (los ricos de los mismos partidos). Es asesinado en 1948 mientras se reunía en Bogotá la Conferencia Panamericana que dio origen a la actual OEA. Con su muerte finaliza esta etapa que hemos denominado de la Burguesía Reformista, a la vez que se crea la segunda coyuntura, ésta sí desencadenante de la lucha guerrillera. Examinemos entonces los aspectos más relevantes de la gestión socioeconómica y política de la burguesía reformista como conjunto, en cuanto tiene de ligazón directa con el problema agrario.

En el segundo año de gobierno (1931) la burguesía reformista se reciente directamente del impacto que en la capacidad para importar le ocasiona la crisis mundial de los dos años anteriores. Como resultado de la caída de los precios de los productos de exportación, la disponibilidad

de divisas se reduce en un 50% durante los 10 años siguientes con relación al período 1925-29. Esto obliga a fijar un orden de prioridades en las importaciones y a propiciar un incremento de las exportaciones, sin poder recurrir al estímulo de los precios más altos para los productores. La función de las aduanas se transforma: ya no se trata de hacer efectivos los gravámenes a las mercancías externas, sino de hacer efectiva una política de sustitución de importaciones. El Estado afronta entonces una reducción muy alta de sus ingresos por concepto de las cargas impositivas al comercio exterior. ¿Cómo resuelve el Estado la reducción de los ingresos y cuáles son las prioridades para la importación, si son muchos los bienes de consumo que tienen un amplísimo mercado interno y hasta ahora se han venido adquiriendo en el mercado externo? No hay sino una salida que resulta paradójica pero que es inherente a una economía neocolonial: La industrialización, cuyo equipo básico o infraestructura ya había sido instalado en el período 1925-29. Es notable entonces la contradicción que se encuentra en el origen de nuestro proceso de industrialización: por un lado, la capacidad de importación se ha visto reducida a la mitad como resultado de una equivalente reducción en el valor total de las exportaciones (de 132.5 millones de pesos en 1928 a 67.1 en 1932) ⁽³⁾ y por otro, se tienen que hacer importaciones mucho más costosas (de importar bienes de consumo se pasa a importar bienes de capital). Así es la contradicción neocolonial, la que asegura estructuralmente la dependencia y que en palabras de Mario Arruble está muy bien sintetizada: "Se crece cuando no se puede". Por ello, la burguesía es incapaz de resolver el problema agrario. Veamos.

A la agitación social en los campos y en las ciudades, iniciada en el período 1925-29 (uno de cuyos resultantes inmediatos es la sindicalización obrera y campesina), la burguesía opone la *agitación de las reformas* a través de sus políticos de oficio, provenientes de todas las regiones del país y ahora concentrados tanto en la administración pública como en el Senado de la República. Este contraataque agitational tiene por objeto buscar la confluencia de los intereses de lucha de la burguesía. Sin embargo, el

agitar reformas acarrea fuertes resistencias por parte de quienes están en la posibilidad objetiva de ser afectados por tales reformas, en este caso: los grandes terratenientes. Ahora bien, entre la agitación propiamente dicha y el real compromiso de la burguesía con los "beneficiarios futuros" de sus reformas hay una gran distancia. Para la burguesía el tiempo es oro y esto es lo que cuenta, nada más. Tanto es así que la discusión de las reformas lleva varios años y a partir de la aprobación, su puesta en "práctica" se dilata indefinidamente. Esto ocurrió con la celebrada Ley de Tierra o Ley 200 de 1936 en la cual se consigna constitucionalmente que la propiedad privada no es un derecho natural sino una función social que implica obligaciones y por lo cual se autoriza al Estado para efectuar expropiaciones en aquellos casos en que el bien común entre en conflicto con el provecho individual. Pero en todo caso se requiere sentencia judicial e indemnización previa, con lo cual la ley no pasa de ser una coacción para la comercialización de la tierra. Es así como uno de sus capítulos: la *extinción de dominio* (que consiste en que toda tierra inculta por su dueño o sobre la cual éste no tuviere la posesión directa, pasaría a control del Estado), se convierte en un sobrado pretexto para que el terrateniente expulse de sus predios a las familias en condición de aparceros o de colonos. La consecuencia por lo que respecta a la estructura agraria del país es la inusitada extensión de la ganadería en las mejores tierras (4). Por lo que respecta al colono y aparcerero la consecuencia es su proletarización. Como la mencionada ley permaneció abstractamente formulada, es decir, no se la interpretó y, por lo mismo, no se la instrumentó a través de normas concretas, tampoco se creó el organismo de reforma agraria que era de esperarse. Luego la Ley 200 no pasó de ser un instrumento mediante el cual la burguesía hizo agitación y demagogia reformista para construir la apariencia de una "Revolución en Marcha" como llamó a su gestión de gobierno el Presidente López, mientras en la realidad se aplazaba indefinidamente la verdadera respuesta a los intereses concretos de las masas proletarias del campo. Una vez más es preciso anotar que la burguesía reformista no podía ser revolucionaria.

Mientras que los terratenientes expulsan a los aparceros y colonos con el objeto de recuperar la posesión de su propiedad privada y de esta manera evitar de hecho la aplicación de la Ley 200, la burguesía es incapaz de instrumentar su reformismo, pues solamente sabe hablar de él. La situación se va haciendo cada vez más intolerable para las masas campesinas, evidenciándose progresivamente para ellas que la defensa de sus intereses no reside en el Estado, en la legalidad burguesa. Es así como en los Departamentos de Cundinamarca, Tolima y Santander, principalmente, los campesinos en enfrentan directamente a los terratenientes, sin vacilar en hacer uso de la violencia. Sin embargo, estas acciones que evidencian la lucha de clases en el campo llevan políticamente el sello de la lucha partidista. Es por esto que tales acciones son capitalizadas, bien por la oposición (los conservadores) con el objeto de denunciar los "atropellos" del gobierno, o bien, por el gobierno (los liberales) con el objeto de recriminar los métodos "subversivos" de los conservadores. Hay por consiguiente lo que podríamos denominar la "institucionalización de la lucha de clases" en el campo, gracias a la capitalización que de ella hacen los partidos tradicionales. Así la burguesía no se detendrá en desencadenar el sectarismo partidista como remedio de la lucha de clases. Es este el segundo plano, el plano en que la burguesía opera como agitadora de masas y mediante el cual sienta un correctivo a su precedente agitación de las reformas. Se va completando el ciclo pero antes es preciso considerar otra de sus más destacadas reformas.

Directamente emparentada con el problema agrario se crea la Caja de Crédito Agrario, Industrial y Minero. Esta entidad tiene por objeto facilitar crédito a una tasa de interés inferior a la del mercado financiero, el cual, por otra parte, se hallaba concentrado en los más florecientes centros urbanos e industriales. En la medida en que la cuantía de un préstamo va a depender de la solvencia económica del solicitante, esta institución crediticia sólo puede favorecer a los propietarios de tierra, pero no a los pequeños propietarios sino a los grandes propietarios, es decir, a los terratenientes. Es así como la burguesía le tiende

la mano a sus congéneres, a sus verdaderos aliados del campo y los invita a hacerse burgueses del campo, a modernizar sus explotaciones y en esta forma, afirmar la propiedad y la posesión de sus tierras haciéndose finalmente invulnerables a la Ley de Tierras. Sólo así, lo sabe la burguesía de la ciudad, será posible incrementar rápidamente la producción agraria y obtener el excedente necesario para aumentar el volumen de las exportaciones y proveer se de las divisas necesarias para la importación de bienes de capital. Paradoja, la capacidad de reproducción de la burguesía como clase depende de la modernización de los terratenientes, de que éstos se conviertan en burgueses del campo. Así resuelve la burguesía el problema de "crecer cuando no se puede". Algo queda en claro: la burguesía industrial-financiera apenas tiene contradicciones de segundo orden con los terratenientes, pues son sus padres y hermanos de clase.

Un reformismo como el descrito, ya no puede engañar indefinidamente a las cada vez más empobrecidas masas de la ciudad y el campo. En la realidad la burguesía se ha divorciado de las masas y en este orden ya no puede mantener la unidad del Partido Liberal, su partido de gobierno, para las elecciones de 1946. El Partido Conservador sale victorioso de la contienda e instala a Mariano Ospina Pérez en la Presidencia de la República. La derrota política tiene para la burguesía liberal un carácter definitivo, mientras que la fracción organizada por Gaitán en torno a los intereses de las masas proletarizadas tiene la posibilidad real de desarrollarse más rápidamente ahora en la oposición a un gobierno conservador que antes en la oposición a un gobierno reformista. El gobierno conservador de Ospina comprende que su verdadero enemigo es el populismo de Gaitán y por ello se propone desarrollar su gestión (a la que él denomina de Unión Nacional) con el concurso de la fracción derechista del Partido Liberal. Y en efecto, Gaitán sigue ganando posiciones en el seno de las masas populares. El impulso al poder es detenido el 9 de abril de 1948. Gaitán cae asesinado en Bogotá. Estamos en la segunda coyuntura y en el inicio de la segunda etapa.

III

SEGUNDA COYUNTURA Y SEGUNDA ETAPA

A la etapa comprendida entre 1948 y 1964 la denominaremos la etapa de la "violencia partidista", con base en las siguientes observaciones:

- a. Con la coyuntura de 1948 debida al asesinato del caudillo Jorge Eliecer Gaitán se produce un estallido de violencia popular, totalmente anárquica tanto en la ciudad como en el campo.
- b. La irrupción violenta de las masas urbanas, aunque anárquica, alcanza las dimensiones de una insurrección popular. A pesar de que esta insurrección es derrotada en pocos días, la legalidad burguesa ha quedado seriamente quebrantada y con ello se desvanece definitivamente el espejismo de las reformas en el sector urbano.
- c. Al fracaso de la insurrección urbana le sigue un proceso sistemático de represión, tendiente a eliminar todas las formas de organización popular, antes de que se conviertan en un vehículo de acción revolucionaria.
- d. Las fuerzas represivas del gobierno se desplazan, una vez controladas las ciudades, a las poblaciones o cabeceras de municipio donde la población campesina en su gran mayoría es de filiación liberal. El objeto es "mantener el orden", evitando que las mayorías liberales se conviertan en agresoras de las minorías conservadoras. Va a suceder exactamente lo contrario. Se desata el sectarismo partidista entre los campesinos.
- e. La burguesía liberal está en retirada, pero no hacia el campo donde los campesinos alzados en armas le reclaman una dirección. Se retira de la escena política, se pliega a la inversión definitiva de sus reformas y se acomoda a la paz que le brinda un sistema represivo. Ahora es una burguesía ideológicamente conservadora y represiva.

Las observaciones anotadas nos permiten caracterizar esta segunda etapa, ya no en función de la burguesía como

clase dominante puesto que ha quedado en claro cuál es su génesis y cuál el rumbo que ella le impone. La segunda etapa que analizamos se va a caracterizar por un proceso de lucha centrado en el contexto de la estructura agraria nacional, un proceso en el cual los campesinos son actores de esa lucha en cuanto divididos en conservadores y liberales. Es esta una lucha violenta, conviene entonces, que examinemos la coyuntura que va a cualificar el proceso.

LA COYUNTURA DE 1948

La coincidencia del momento externo y el momento interno de esta coyuntura pone de relieve el carácter inseparable que tiene el problema de la lucha de clases y el problema de la liberación nacional. Se reúne en Bogotá la IX Conferencia Panamericana con la presencia de George Marshall, de quien las burguesías latinoamericanas esperan un "plan" si no superior por lo menos equivalente al europeo, para salvar la situación crítica en que se encuentran. Pero otras son las ideas que anidan en la cabeza del tío Sam y otros los intereses de los grandes inversores norteamericanos, especialmente de la familia Rockefeller. Los Estados Unidos conciben el desarrollo de América Latina como una prolongación de sus propias compañías inversoras y, por tanto, lo que requieren son garantías políticas en el interior de cada país latinoamericano para lo cual es preciso detener la "subversión comunista", desatando una intensa represión. Los gobiernos militares van a ser los únicos que podrán garantizar esta condición de "estabilidad". No es extraño entonces que a partir de 1948 una oleada de golpes militares se extienda por toda América Latina.

El asesinato de Jorge Eliécer Gaitán como acontecimiento que da encuadre a la Conferencia Panamericana, del cual es plenamente responsable la burguesía colombiana, parece responder a dos "necesidades políticas" a la vez. De una parte, para la burguesía significa internamente la eliminación real de su más peligroso enemigo en el momento más propicio: dada la campaña anticomunista que precedió a la Conferencia, el hecho podía ser imputado a

un complot comunista fraguado en Moscú. Asimismo, el asesinato del líder venía a ser una prueba evidente de que se trata de una burguesía fuerte que merece toda la confianza de los norteamericanos, de una burguesía que deben apoyar mediante un "mejor trato" a los productos de exportación y una fuerte ayuda financiera. Por otra parte, el señor Marshall puede demostrar objetivamente a los delegados latinoamericanos (por ello se opuso a la suspensión de la Conferencia) que la semidestrucción de la zona comercial y administrativa de Bogotá por masas exaltadas e iracundas es una prueba fehaciente de la amenaza comunista. En consecuencia, estas burguesías deben romper toda relación diplomática y comercial con los países socialistas, y así se hizo.

Es claro entonces que la coyuntura del 48 marca el comienzo de una etapa profundamente represiva de todo tipo de organización popular. En el contexto de las relaciones internacionales de poder, el país entra definitiva e incondicionalmente en el "área de influencia" norteamericana. Represión interna y servilismo a los imperialistas son los pies y cabeza de una burguesía anticomunista, de una burguesía que, como ya quedó consignado, fue incapaz de ser realmente reformista.

LA ETAPA DE LA "VIOLENCIA PARTIDISTA"

En la medida en que el movimiento gaitanista estaba inscrito más como fracción de izquierda del partido liberal (fracción que acaba de triunfar mayoritariamente en las recientes elecciones para Cámara y Senado) y en la medida en que Gaitán se perfilaba como jefe único de este partido, la violencia que se desata a raíz de su muerte violenta tiene más el carácter de "vengar al caudillo" que de hacerse el control del poder central. El por qué de este hecho insólito se explica por la naturaleza intrínseca del movimiento gaitanista: por un lado, Gaitán es único, es un caudillo y sus cuadros más inmediatos no tienen raigambre en las masas; por otro, las masas que le siguen son masas prioritariamente liberales y como tal identifican al líder. Es por esto que la lucha política de Gaitán se ins-

cribe en el Partido Liberal, a pesar de sus posturas radicales que propugnan un enfrentamiento entre ricos y pobres. Es por esto que Gaitán no organiza un nuevo partido para romper el sistema y hacerse al poder, sino que se mantiene dentro del sistema: su objetivo es ganar las masas de los dos partidos y crear entonces una crisis por la base. A este punto se acercaba y por ello la burguesía lo tuvo que eliminar.

Dada la naturaleza del movimiento gaitanista se evidencia con alguna claridad una parte del por qué la insurrección popular que se desata con la muerte del caudillo, emerge decapitada. No hay una organización capaz de conducir la insurrección, de darle una perspectiva política. Los "jefes naturales" del liberalismo temen a las masas insurrectas y anárquicas. Su preocupación reside ante todo en la restauración del orden, que en estas circunstancias, quiere decir: represión y traición. Así, aunque el pueblo bogotano se armó y algunos destacamentos de la Policía Nacional se insurreccionaron en un primer momento, se combate sin saber exactamente cuál es el objetivo. Mientras tanto Lleras Restrepo y Darío Echandía, jefes políticos de la burguesía liberal, negocian con el presidente Ospina un reajuste ministerial para hacer un llamado al orden y sellar con sangre el nuevo pacto del gobierno de "Unión Nacional". La insurrección urbana está derrotada. No había en el contexto político nacional una organización que le diera a la lucha un contenido de clase en una perspectiva para la toma del poder. El Partido Comunista en su XII pleno del Comité Central realizado en noviembre del mismo año, reconoce, mediante la autocrítica de su Secretario General (Gilberto Vieira, quien actualmente ocupa el mismo cargo en el Partido) la debilidad de su organización ante los acontecimientos del nueve de abril. Dice el informe: "...debemos reconocer que nuestra actitud fue en ciertos momentos seguidista, porque nos hacíamos ciertas ilusiones en la burguesía liberal. Aunque lanzamos la consigna de un gobierno popular, lo cierto es que esperábamos como la cosa más natural del mundo que Echandía o Santos asumieran el poder. Aunque nuestro partido actuó en la medida de sus posibilidades, en todas partes, es bien evidente que se puso a la cola de los liberales, esperando

que éstos se encargaran del gobierno. Se presentó aquí, prácticamente en la totalidad del Partido, comenzando por su dirección, un remanente de la desviación de derecha, que tanto analizó y fustigó nuestro V Congreso" (5). Esta autocrítica sigue siendo válida en toda su extensión y de manera especial para la dirección "actual"; en verdad, es el fundamento de toda crítica al Partido Comunista pro-soviético.

La derrota de la insurrección urbana marca el comienzo de la agresión en el campo. Una vez desarticuladas las organizaciones sindicales de la ciudad era preciso curar el mal por la raíz, es decir, en los campos, especialmente en aquellas regiones donde hay grandes contingentes de campesinos asalariados, ya estén sindicalizados, o ya en vía de sindicalización. La paz urbana conseguida con la represión se convierte en su contrario: la guerra en el campo. ¿Por qué? Examinemos la cuestión.

La condición de una represión en el campo es la división del campesinado, pero no necesariamente la división en clases, sino una división artificial que puede ir desde el uso del terror hasta el adoctrinamiento y el beneficio económico. Podemos decir que los partidos pluriclasistas colombianos han llegado a producir una especie de división natural entre los campesinos. Se es liberal o se es conservador, independientemente de si se es patrón, peón o asalariado, aparacero, arrendatario, colono, etc. En estos términos la represión gubernamental a nombre del Partido Conservador encuentra su aliado natural en el campesino conservador, independientemente de si es patrón, asalariado, pequeño o mediano propietario, etc. El sectarismo político, acumulado generacionalmente en las masas populares como resultado de la reiteración del odio político que conscientemente la dirección oligárquica de los dos partidos ha utilizado como táctica para ganar adherentes, es el mecanismo que mantiene viva y actuante la división del campesino. Es, por tanto, el mecanismo del cual se pueden valer los agentes de la represión, con la seguridad de que arriesgan muy poco. En efecto, los campesinos van a hacer la guerra entre sí, mientras los cuadros directivos de los dos partidos observan la contienda desde la distante

pero segura paz urbana, donde están dispuestos a capitalizar el desarrollo de la lucha. Hasta ahora todo se mantiene dentro de la lógica. Sin embargo, detengámonos un poco en el curso real de los acontecimientos.

En primer lugar es preciso poner de relieve cuáles son las características de las fuerzas destacadas por el gobierno como vanguardia de la represión en los campos. Ya habíamos anotado que la Policía Nacional hizo un serio intento de rebelión a raíz de la muerte de Gaitán y esto es un indicio de su politización, de su no apoliticidad como fuerza represiva. Se trata entonces de una policía básicamente liberal y, por lo tanto, no útil para la represión a nombre del gobierno conservador. Lo lógico hubiera sido utilizar y mantener el equilibrio del terror mediante incursiones en el campo contrario para saquear, incendiar y asesinar a los no alzados en armas (si una banda conservadora incursiona en una área liberal y elimina 20 liberales, la banda liberal de esta área va a incursionar en el área conservadora para eliminar a 40 personas y así sucesivamente en una progresión geométrica).

La modalidad de este tipo de conflicto político-social, si bien se generaliza a buena parte del territorio que actualmente ocupan los Departamento de Valle, Quindío, Risaralda, Antioquía, Caldas, Tolima, Huila, Cundinamarca, Santander, Boyacá y Meta, no es el conflicto fundamental en la medida en que está vacío ideológicamente y, por tanto, no amenaza directamente el poder de la burguesía. A pesar de tratarse de una lucha armada es una lucha alienada por el sectarismo partidista, es en principio una lucha completamente abstraída de las distancias de clase social. Sin embargo, en el desarrollo del conflicto la estructura económica resulta seriamente afectada y con ello el fenómeno consecuente no es la cooperación interclase y el fraccionamiento intraclase que garantiza el todo más o menos coherente de la ideología de partido (pluriclasista), sino lo contrario: el deterioro de la ideología producido por lo irracional del sectarismo político hace que la división objetiva y la distancia concreta entre las clases emerja con nitidez meridiana. Así, de las ruinas de la lucha partidista

emergen las fuerzas de la lucha de clases. ¿Por qué? Veamos la cuestión.

Lo primero y lo fundamental de las incursiones agresivas de las bandas armadas es el hecho de no estar única y exclusivamente motivadas por el odio partidista, la venganza, el honor o cualquier otro tipo de valoración, sino que está presario que fija los precios de las cabezas que desea ver cortadas (tanto a los empresarios como a los ejecutores del crimen se les denominó "Pájaros", siendo su máximo líder el "Cóndor"), ya por los frutos del robo, el saqueo y la depredación. Pronto la naturaleza económica del conflicto empieza a estar por encima de su naturaleza política. Es claro entonces que todo el peso de la VIOLENCIA (así se acostumbra a denominar el período que estamos analizando) recae básicamente sobre el pequeño y mediano propietario, en la medida en que son quienes tienen menores posibilidades de abandonar rápidamente las áreas afectadas por el conflicto y ponerse a salvo. Esta es la gran diferencia con los terratenientes y los asalariados, quienes por exceso y por defecto de recursos, respectivamente, pueden salir de las áreas de violencia, trasladándose generalmente a la ciudad. A nivel de pequeños y medianos propietarios se generaliza la necesidad de las bandas armadas (en cuanto cumplen una función de protección-agresión) a la vez que las áreas campesinas se van homogeneizando políticamente. La tendencia a la homogeneidad política como condición de seguridad produce un movimiento de compraventa de la propiedad agraria como nunca antes se había dado en el país. Es así como una gran cantidad de capital, producto de estas transacciones en estado de guerra (transacciones muy por debajo del valor real de cada propiedad), se traslada a la ciudad con los migrantes.

Lo anteriormente anotado explica la manera como muchos pequeños propietarios se hicieron medianos propietarios y muchos de éstos se hicieron terratenientes. Y también lo inverso, pues fueron muchos los pequeños y medianos propietarios que quedaron sin propiedad, y muchos de estos últimos que quedaron reducidos a la condición de minifundistas. Lo que no produjo la Ley de Tierras de

1936, lo produjo la violencia en su más alto grado de distorsión. El relevo compulsivo de gran parte de estas dos categorías de propietarios crea en los campesinos el escepticismo de haberse hecho justicia en cuanto al derecho a ser propietarios, pero con la particularidad de que sólo se lo pueden garantizar las bandas armadas. Aquí el ejército de la burguesía no tiene mucho que hacer, ya que no se ha modificado en lo más mínimo la estructura latifundista del campo. Por ello las bandas de foragidos sobreviven hasta 1963, mientras que los pequeños y medianos propietarios ahora saben que de nada vale luchar entre sí porque es muy poco lo que disponen para repartirse.

Mientras que el tipo de violencia ya descrito se desarrolla principalmente en las regiones cafeteras del país, donde la pequeña y mediana propiedad son predominantes, algo diferente va a suceder en los Llanos Orientales por esta época la región ganadera más importante del país. En efecto, allí hay suficiente claridad respecto de lo que se va a defender: el ganado y con él su libre comercialización hacia Bogotá y los otros grandes centros de consumo en el interior. Pero dado que la acción de los "chulavitas" ha desatado la violencia en las poblaciones ubicadas en las primeras estribaciones de la cordillera oriental, es decir, en la cabecera del llano, el comercio del ganado está seriamente obstruido para los propietarios de los hatos llaneros. Es así como se convierten en organizadores de la lucha armada, reclutando sus efectivos entre vaqueros y peones de los hatos. Luego engrosarán filas con los emigrados, quienes expulsados de sus propiedades en la cordillera son atraídos por la organización, resistencia y combatividad de los llaneros. En el llano está desde un comienzo excluida la posibilidad de la formación de pequeñas bandas delictivas ya que la población a la vez que está muy dispersa se concentra en unidades (los hatos) de por sí defensivas, lo cual hace imposible la sobrevivencia de tales bandas. Además, en el llano el problema de la tierra no tiene prioridad, pues no se da la coexistencia minifundio-latifundio. Es así como desde un comienzo la lucha armada tiene el carácter de guerrilla, cuyos lineamientos ideológicos encuadran en la perspectiva en que el Partido Liberal se propone presio-

nar al Gobierno conservador. Es claro que no se contempla la reconquista armada del poder. Por ello esta guerrilla va a ser negociada como lo será cualquier otra que no tenga exacta claridad al respecto.

Las guerrillas liberales del llano logran en 1951 constituir un Comando General, a raíz de una conferencia de los principales jefes guerrilleros. Estos acuerdan mutua colaboración reservándose el dominio de sus respectivos territorios. Un acercamiento tan significativo se debe a la defeción de destacados ganaderos, quienes prefieren acogerse a la protección del Estado y no vacilan por tanto en poner a disposición del ejército los recursos que sean necesarios para combatir a los "bandoleros" como ahora se denomina a sus antiguos compañeros de armas.

Mientras se evidencia el giro de clases que toma la lucha, quienes todavía permanecen insurrectos están ideológicamente derrotados por la estrechez teórica y la cobardía política del partido liberal. Esperan instrucciones de la Dirección Nacional Liberal respecto del rumbo que debe tomar el movimiento guerrillero, a raíz de un "pliego de peticiones" suscrito por los más destacados dirigentes guerrilleros. En verdad la carta de los guerrilleros es una requisitoria a que la Dirección del Partido defina su posición en relación a la lucha armada. Va a ser Alfonso López, el expresidente reformador, quien se ocupa del asunto. Por la boca de López se hacen públicas las más hondas preocupaciones de la burguesía con relación al rumbo incontrolable que va tomando la lucha en el campo. Recorre el país predicando la paz y a finales de 1951 va hasta el mismo corazón del llano a entrevistarse con los guerrilleros. Nada puede ofrecer en concreto, pues ya es un hecho que decidir sobre la paz solamente le compete al ejército. Promete hacer de mediador del conflicto ante el gobierno conservador, pero éste interpreta las andanzas de López como una audaz estrategia para obligar al gobierno a pactar sobre la base de muchas concesiones políticas al partido liberal. El gobierno de Urdaneta Arbeláez, encargado por el titular Laureano Gómez, prefiere intensificar la acción represiva del ejército a pactar una amnistía con los guerrilleros. El año de 1952 es para la guerrilla liberal su verdadera prueba de

fuego, de la cual sale militarmente fortalecida. Sin embargo sigue ideológicamente condicionada a la estrategia del partido liberal, el cual no contempla la vía armada para hacerse al poder. Desde esta perspectiva la guerrilla está condenada al fracaso y algunos jefes empiezan a visualizar la contradicción entre sus desarrollo militar y su desarrollo ideológico. Con ello va tomando fuerza la idea de que la lucha es entre clases y no entre partidos. Así lo entiende la burguesía y se apresura a instrumentar una solución.

¿Sobre qué base va la burguesía a unificar su criterio de solución y a través de qué medios va a instrumentar esa solución? Sobre la base concreta de su interés de clase, al cual es preciso que subordine su interés de partido. Una carta dirigida por Alfonso López al máximo exponente de la burguesía conservadora, Mario Ospina Pérez, así lo testimonia (7). La tozudez del gobierno "neofalangista" de Urdaneta y Gómez, como lo califica el mismo López, es ahora un obstáculo para que el país recobre su estabilidad económica y política, condición ésta indispensable al desarrollo de la burguesía como clase. Por otra parte, el desarrollo de la lucha armada en el campo presiona necesariamente hacia un rompimiento radical de todo nexo ideológico-político entre las guerrillas y la dirección liberal. Por esto los dirigentes de la burguesía exreformista del Partido Liberal se muestran indignados ante la negativa del gobierno neofalangista a facilitar los mecanismos para negociar la guerrilla (8). La carta de López a Ospina en agosto de 1952 es una invitación realista a sellar un pacto de clase por encima de las distancias de partido. El resultado no se va a hacer esperar: el 13 de junio de 1953 el general Gustavo Rojas Pinilla asume la Presidencia de la República en un "golpe de opinión", según los términos conciliadores de la burguesía, para restalbecer el orden y la paz burguesas. Una Asamblea Nacional Constituyente, compuesta por todos los políticos de la burguesía autoriza ejercer "constitucionalmente" el poder al general Rojas. En 1957 Rojas va a ser depuesto por la misma burguesía. Depuesto el gobierno conservador se formaliza la entrega de las guerrillas no solamente en los Llanos sino tam-

bién en Antioquía, Tolima, Santander y Cundinamarca. La burguesía ha ganado una batalla con el general Rojas, mejor, con el ejército, pues ya hacía tiempo que éste era el único árbitro de la contienda. Ahora bien, la entrega generalizada de las guerrillas liberales solamente trae la paz a la burguesía, ya que en los campos la acción de los delincuentes organizados en bandas, antes que extinguirse, cobra un auge mayor. Definitivamente, la paz de la burguesía es la violencia del campesinado. El gobierno militar asume como cosa suya la necesidad que tiene la burguesía de ver exterminada toda forma de organización guerrillera. El resultado inmediato es la extensión de la agresión armada a aquellas regiones donde los campesinos habían organizado un sistema defensivo tal que si bien se hacían invulnerables a las bandas de delincuentes y con ello obligaban a las fuerzas represivas del gobierno a permanecer al margen de un pretexto para intervenir, no disponían de una organización guerrillera propiamente tal como para resistir el embate del ejército. Son estas las "zonas de autodefensa" que el Partido Comunista ha organizado en la región del río Sumapaz, región que comprende el norte del Tolima y el Sur de Cundinamarca. Una junta reemplaza al general Rojas. Una vez más la bandera de la paz de la burguesía enfrentada a la violencia que ella misma ha desatado, tiene éxito. La burguesía necesita estar haciendo la violencia para poder prometer la paz.

Lo fundamental del pacto político de la burguesía es que va a instaurar constitucionalmente, mediante un plebiscito (los electores solamente debían votar SI o NO quieren la unión de los partidos), el monopolio del poder para la burguesía a través de un partido único: el FRENTE NACIONAL, el cual aparentemente es un acuerdo entre los dos partidos para rotarse durante 16 años en el poder y dividirse paritariamente los cargos de la administración pública durante todo el período. El pueblo cae en la trampa de la burguesía pero en la medida en que el sistema se pone en práctica, se evidencia el monopolio del poder para la burguesía. Los electores empiezan a abstenerse, viéndose progresivamente la burguesía obligada a recurrir al fraude, como es el caso de la reciente elección de Misael Pas-

trana Borrero. Disponiendo del monopolio del poder la burguesía ensaya un nuevo estilo político que podríamos catalogar de DESARROLLISTA. Para tal efecto se multiplica vertiginosamente la burocracia estatal, dando cabida a toda la gama de los técnicos al lado de los políticos tradicionales, en una extraña simbiosis de modernización. En el lenguaje político de la burguesía los conceptos de libertad, democracia, voluntad popular, etc. desaparecen para dar paso a los conceptos de desarrollo, cambio, transformación, productividad, progreso, etc. Es un poco el lenguaje de los "técnicos". Mientras tanto el encarecimiento de la vida es alarmante, la generación de empleo en todos los sectores, con la excepción del Estado, es mínima; los "técnicos" planifican para los intereses de los políticos que les dan empleo; la Revolución Cubana señala que el socialismo es plenamente factible en América Latina; la Alianza para el Progreso implica demasiado obligaciones (reformas) para ganarse el favor de los patrones norteamericanos que ahora no regalan un solo centavo de dólar para no "herir la dignidad" de las naciones latinoamericanas. En seis años de partido único o frente nacional la burguesía cuenta con un solo hecho a su favor: las bandas de delincuentes han sido exterminadas en el campo y con ellas ha terminado la violencia partidista. Nos aproximamos, mejor, estamos en el albor de la tercera coyuntura la cual da comienzo a la etapa de la guerra revolucionaria.

IV

TERCERA COYUNTURA Y TERCERA ETAPA

Los años de 1964 y 1965 marcan el comienzo de una tercera etapa del proceso histórico que estamos analizando. Con la eliminación de las últimas bandas armadas en 1963, la burguesía a la vez que puede dar por asegurada la paz entre los partidos, se encuentra con el hecho de que esos partidos ya no tienen vida entre las masas, en la medida en que ahora las masas comprenden que ser liberal o conservador no tiene diferencia, gracias al partido único

del Frente Nacional. Y es que la paz de los partidos significa necesariamente su desaparición. Las elecciones para Senado y Cámara en 1964 dejan un saldo superior al 70% de abstención; es decir, la legitimidad del sistema reside en un poco menos del 30% de los electores. A la crisis política subyace la crisis económica: 600 millones de dólares en pérdidas durante los años 1959-1963 por el solo concepto de la caída de los precios del café ⁽⁹⁾; para el mismo año un déficit fiscal acumulado de 3.478.5 millones de pesos; ⁽¹⁰⁾ para 1964 la nómina de los funcionarios pagados por la nación y sus institutos descentralizados asciende a 2.755 millones de pesos ⁽¹¹⁾, mientras que los departamentos tenían 65.800 empleados que cobran 48.2 millones de nómina mensual. Esto da una idea no solamente de los altos costos de la burocracia pública, sino de su protuberante magnitud, a partir del acuerdo partidista (1957) de repartirse equitativamente toda la administración.

Si a lo anterior se agregan las obligaciones por concepto de amortización de la deuda externa, más una balanza comercial deficitaria con los Estados Unidos, país con el cual se realiza más del 50% de nuestro comercio, es claro que la única salida ventajosa que tiene la burguesía es la devaluación monetaria. La devaluación se produce en forma escalonada, de tal manera que se lleva a una situación en que el presidente Valencia ya no encuentra quién se haga cargo de la cartera de Hacienda. Dicha devaluación supera el 100% en menos de dos años (1963-1964) y como es apenas lógico, todo el peso va a recaer sobre los asalariados de la ciudad y del campo. La generación de empleo en los tres sectores de la economía, como resultado del estancamiento de la producción, no alcanza a ocupar siquiera una tercera parte de la población que anualmente se incorpora al mercado de trabajo. La crisis económica hace entonces que la crisis política sea cada vez más crítica y que la paz burguesa se convierta necesariamente en su contrario: la violencia popular. Consideramos algunos de los aspectos más relevantes, que en lo político, lo ideológico y lo económico tipifican la coyuntura que dará comienzo a la etapa de la Guerra Revolucionaria.

LA COYUNTURA DE 1964-1965

En estos dos años las masas proletarizadas de la ciudad y del campo ⁽¹²⁾ hacen oír su desafío a lo largo y ancho del territorio nacional. Las devaluaciones reducen la capacidad adquisitiva de los salarios al nivel de la subsistencia, dado el encarecimiento vertiginoso de los bienes de consumo necesario y la mínima "elasticidad" del salario mínimo. Por otra parte, los servicios urbanos de transporte, agua y electricidad, especialmente, son reajustados, ya que la empresa privada se encuentra vinculada a ellos y la burguesía no está en el poder para asumir las pérdidas. En semejantes circunstancias el proletariado tiene que utilizar el recurso de la huelga como mínimo si quiere ver mejorado su salario y con ello mantener su nivel de vida. Algunas huelgas se prolongan casi indefinidamente (Gaseosas Colombianas duró siete meses en huelga), viéndose por ello el proletariado en la necesidad de "tomarse" las fábricas, en el sentido no sólo de ocupar las instalaciones sino también de poner a producir la industria contra la decisión de cierre de los dueños ⁽¹³⁾. Sin embargo, el proceso termina con un decreto-ley por el cual se establece que al término de 40 días de huelga los obreros deben reiniciar las labores, mientras un Tribunal de Arbitramento Obligatorio compuesto por un representante del gobierno, uno de los patronos y un tercero de los obreros, negocia el pliego de peticiones. En estos términos, el derecho de huelga como medio de presión del proletariado, queda destruido. Sin embargo, las huelgas continúan en espiral ya que la situación para los trabajadores es desesperada. Es así como en 1966 el movimiento sindical alcanza el número de 84 huelgas con 171.635 trabajadores ⁽¹⁴⁾. Paralelamente a la movilización del proletariado, los estudiantes universitarios han logrado organizar su movimiento a escala nacional, lo que les permite plantearse como una fuerza política vigilante e, incluso, desafiante del accionar del gobierno. La Federación Universitaria Nacional (FUN) llega a agrupar a la totalidad de las universidades públicas y a la mayor parte de las universidades privadas con una cifra superior a 175% del total de los estudiantes universi-

tarios del país. Las huelgas estudiantiles logran remover algunos feudos en las universidades en la medida en que la huelga de una universidad en particular se convierte fácilmente en huelga nacional universitaria a través de los paros de solidaridad: las huelgas de la Universidad Industrial de Santander y la Universidad de Antioquía, por ejemplo. Las masas estudiantiles se politizan abiertamente hacia la izquierda, mientras las juventudes liberales y conservadoras desaparecen completamente del medio político universitario. Esto es importante porque los cuadros políticos de la burguesía ya no podrán foguearse en el propio medio de la lucha estudiantil, como fue característico en las etapas anteriores. Esos cuadros de la burguesía ya no podrán decir que en su juventud fueron revolucionarios, siéndoles por tanto más difícil el recurso de la demagogia. Sin embargo, el movimiento universitario como tal difícilmente puede cumplir funciones que desborden los límites de la agitación. Esto quedó demostrado con el vertiginoso ascendiente de Camilo entre las masas universitarias y la posterior imposibilidad de éstas para seguir los pasos del líder. Sin embargo, en la coyuntura que analizamos la FUN y con ella los universitarios colombianos, juegan un importantísimo papel en la configuración del FRENTE UNIDO, movimiento a través del cual Camilo intenta unificar la acción de los diferentes grupos de izquierda para la toma revolucionaria del poder. Algunos cuadros de la FUN se incorporaron posteriormente a las guerrillas, demostrando con ello su decisión de "ir hasta las últimas consecuencias", según la consigna ejemplarizadora del mismo Camilo. Llegada a este punto la FUN tenía solamente dos alternativas: o convertirse en una organización clandestina o regresar a una posición eminentemente academicista. Sin embargo, antes de elegir la opción, fue declarada ilegal por el gobierno (1966) y sus dirigentes, unos fueron encarcelados, otros tomaron las armas.

Por lo que respecta a la base urbana de la sociedad nacional, además del proletariado y los estudiantes, empieza a emerger políticamente en estos años de coyuntura una categoría de hombres que la burguesía ha acostumbrado a

denominar "masa marginal", según la conceptualización hecha por sus propios "científicos sociales". Estas masas las componen básicamente los sectores proletarizados del campo, expulsados de su contexto por la violencia de la etapa anterior. Hasta ahora ni la izquierda ni la derecha se habían ocupado de ellos, a pesar de ser una mayoría. Va a ser precisamente Alianza Nacional Popular (ANAPO), el movimiento acaudillado por el general Rojas Pinilla, el exdictador a quien la burguesía ha privado de derechos políticos, el que da cauce a toda esta categoría humana, desempleada y hambrienta. La campaña antioligárquica de ANAPO, sobre la base de la demostración pública del incremento impresionante de los precios de los productos básicos de consumo al comparar el momento de la coyuntura con el gobierno del General, fructifica copiosamente en las elecciones. Ha nacido una nueva fuerza política, con ese ímpetu revanchista que tiene el enfrentamiento entre el exdictador y los políticos de la burguesía.

Ahora la capacidad de manipular el sistema político de partido único (Frente Nacional) por la misma burguesía, empieza a encontrar muy serios obstáculos, si se tiene en cuenta que ANAPO va a las elecciones con listas liberales y conservadoras. (Es un intento de hacer un "Frente Nacional" por la base, manteniéndose dentro de la legalidad burguesa de dominio bipartidista, según el plebiscito de 1957). Por otra parte, el espejismo de competencia por el poder que creaban entre las masas las "fracciones de partido" o "disidencias" se desvanece completamente. La fracción más importante, el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), por el cual el Partido Comunista ordena a sus militantes votar en las elecciones, no resiste su propio radicalismo. Sus adherentes y sus mejores militantes (las Juventudes del MRL) saben a esta altura de la lucha política que la toma revolucionaria del poder no se puede hacer por la vía electoral, a pesar de haber contabilizado 300.000 electores en 1962; pero éste es precisamente el momento cuando más abiertamente el MRL defendía las realizaciones y el "viraje" socialista de la Revolución Cubana. El fraccionamiento del Movimiento en líneas "duras" y "blandas" (revolucionarios y reformistas, respectivamen-

te), es el comienzo de su fin, pues la dualidad dirigentes burgueses-masas revolucionarias es una contradicción irreconciliable. Los más destacados dirigentes se reubicaron en posiciones privilegiadas dentro del orden: por ejemplo Ramiro Andrade y Alfonso López Jr., son actualmente presidente del "Parlamento Latinoamericano" y Canciller de la República, respectivamente. En estas condiciones, la ANAPO es cada vez más el único movimiento de oposición dentro del sistema, ya que las fracciones del Partido Conservador son políticamente insignificantes. Sin embargo, en el momento de coyuntura la oposición más importante está hasta cierto punto fuera del sistema, y se concreta en el Frente Unido del Pueblo, que tiene como base una plataforma de hecho elaborada por Camilo Torres. El Frente Unido será el elemento final de la coyuntura que analizamos.

A nivel de la estructura agraria, la naturaleza en un principio *desarrollista* de la burguesía, aflora nítidamente en la conciencia del proletariado agrícola como una ideología más de la clase dominante. El Instituto Colombiano de Reforma Agraria (INCORA), creado por la Ley 65 de 1961, es apenas un gigantesco aparato burocrático que consume millones de pesos haciendo "estudios" y elaborando "proyectos" de desarrollo agrícola. Las áreas escogidas para los primeros proyectos son de preferencia circundantes o cercanas a las regiones de autodefensa, lo cual evidencia que su verdadera intención no es precisamente la redistribución de las tierras. Se busca ante todo controlar la insurgencia campesina. El INCORA empieza entonces a convertirse en un instituto de colonización, (no en cuanto incorpora tierras vírgenes, sino en cuanto entrega títulos de propiedad a colonos ya establecidos) y de comercialización de latifundios, ya porque adquiere las tierras indeseables para los terratenientes a precios exorbitantes, o ya porque les provee de las obras básicas de infraestructura y de estrategia de guerra preventiva del Pentágono. En segundo lugar, la burguesía ha aprendido de los mismos imperialistas que una de las condiciones para mantenerse "civilmente" en el poder reside en que su ejército esté permanentemente ocupado en una guerra. Esta, es el complemento contradictorio de la paz burguesa.

La agresión a las regiones de autodefensa se constituye entonces en un imperativo de la guerra preventiva. Por ello las tesis del ultrarreaccionario senador Alvaro Gómez Hurtado sobre las regiones de autodefensa, a las cuales él denomina "repúblicas independientes", queriendo significar con ello la ausencia de autoridades legítimas en tales territorios, son tesis que la legalidad burguesa o Congreso somete inmediatamente a discusión. Se acuerda llevar la presencia del Estado a todas las "repúblicas independientes". La guerra de agresión está legítimamente autorizada, sancionando con ello el plan ya trazado por los estrategas del imperialismo. La prensa burguesa ha venido "preparando" a la opinión para que se acepte la incursión militar como una misión patriótica de unificación nacional. El ejército rechaza una comisión espontánea de mediación integrada por los sociólogos Camilo Torres, Germán Guzmán, Eduardo Umaña y Orlando Fals Borda, quienes en ese momento gozan de amplia popularidad por sus estudios sobre la violencia. El Partido Comunista despliega todos sus esfuerzos para denunciar la operación armada como una injusta agresión que se debe rechazar. La "Operación Marquetalia" como en el lenguaje militar se le denominó a la primera etapa de la incursión, es un hecho que adquiere dimensiones internacionales. Sin embargo, la operación continúa y a mediados de junio de 1964 el ejército ocupa el "cuartel general" de la anotada "república independiente". Hasta ahora no ha habido combates y el ejército puede invitar a los periodistas de la prensa burguesa para que den el parte de victoria directamente desde la zona de operaciones. Lo que vendrá ahora es la guerra de guerrillas propiamente dicha, pero es un hecho que el ejército lleva la iniciativa y que la ocupación simbólica del cuartel general de Marquetalia es para él una victoria política que le habilita para extender las operaciones militares a las otras áreas de autodefensa: Riochiquito, el Pato y Guayabero. El ejército obligaba a las organizaciones de autodefensa a convertirse en organizaciones guerrilleras, precisamente en el momento en que el Partido Comunista no estaba preparado —otra vez como

en 1948— para pasar de la lucha democrática (electoral) a la lucha revolucionaria-armada.

Lo anterior se evidencia en el tono de “respuesta” de la primera declaración programática del movimiento guerrillero de Marquetalia, mucho antes de generalizarse la agresión que da origen a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Dice el documento: “Nosotros somos revolucionarios que luchamos por un cambio de régimen. Queríamos y luchábamos por ese cambio usando la vía menos dolorosa para nuestro pueblo: la vía pacífica, la vía de la lucha democrática de masas, las vías legales. Esa vía nos fue cerrada violentamente y como nosotros revolucionarios que de una u otra manera jugaremos el papel histórico que nos corresponde, obligados por las circunstancias, nos tocó buscar la otra vía: la vía revolucionaria armada para la lucha por el poder” (16). Y de ahora en adelante el Partido Comunista nada más va a poder decir, pues su condición de legalidad que en parte es su condición de existencia, así lo exige. Ante la opinión pública, de la que tanto se preocupa, tiene que hacer abandono de la paternidad del movimiento guerrillero. Es ésta la razón por la cual el Partido Comunista mantiene un celo exagerado, un estricto control ideológico de los comandantes guerrilleros respecto de sus contactos con otros movimientos armados como son el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL) que en 1965 y 1967, respectivamente, hacen su aparición en el panorama de la guerra revolucionaria. La contradicción de las FARC descansa entre ser y no ser a la vez parte integrante del Partido Comunista, un partido legal que considera aún por venir la *verdadera situación revolucionaria* y que “la guerra de guerrillas no es aún en Colombia la forma principal de lucha. Existe, se mantiene y se amplía gradualmente el movimiento guerrillero campesino en determinadas regiones, especialmente aquellas que han sido objeto de la ofensiva del ejército. Pero en la mayor parte del territorio colombiano siguen desarrollándose las que podríamos denominar formas pacíficas de la lucha de masas: huelgas de proletarios y de otros sectores sociales, manifestaciones obreras, estudiantiles y popula-

res" (17). Como si esas "Formas pacíficas de la lucha de masas" no fueran reprimidas violentamente y desembarcaran la mayoría de las veces en batallas, donde las masas desarmadas llevan la peor parte. Es una ilusión recurrir a una lucha pacífica que nadie puede reconocer, que nadie puede garantizar.

A pesar de la magnitud y capacidad militar de las fuerzas represivas (se calcula en 16.000 el número de soldados que intervienen en la operación), el movimiento guerrillero de Marquetalia da muestras muy pronto no solamente de su capacidad defensiva sino también de su capacidad ofensiva. Los nombres de Manuel Marulanda Vélez, luego Ciro Trujillo, Oscar Reyes y Joselo, en la medida en que se extiende la lucha guerrillera como respuesta a la extensión de la agresión, empiezan a ser conocidos por la opinión nacional en su calidad de comandantes guerrilleros y no como simples jefes de bandas armadas. Queda así plenamente diferenciada en la conciencia de los diferentes sectores sociales la anterior etapa de la violencia y la nueva etapa de la Guerra Revolucionaria. Las guerrillas nacidas de la autodefensa tienen que agruparse en una unidad estratégica que necesariamente se proponga como objetivo la toma del poder político, pues ésta es la condición no solamente de su desarrollo sino de su misma existencia. A esta necesidad responde en principio la creación de las FARC (1966), aunque parece ser que intervienen directa o indirectamente otros hechos que operan como acelerantes: por ejemplo, la irrupción del Ejército de Liberación Nacional como movimiento guerrillero, sin necesidad de pasar por la fase de autodefensa. Ahora bien, lo que cabe destacar en el momento de coyuntura es el genio militar de los campesinos, genio adquirido en la etapa de la violencia partidista, pues de esto y de las condiciones objetivas del campo depende que diferentes y encontradas concepciones y formas de conducción de la lucha guerrillera no puedan ser destruidas por el ejército mejor entrenado y experimentado que hay en América Latina respecto de operaciones de contraguerrilla y en general de contrainsurgencia.

Mientras el ejército centra toda su atención en extinguir

las guerrillas del Bloque Sur mediante intensos y prolongados pero inútiles cercos, en la región suroccidental de Santander, concretamente en la población de Simacota, hace irrupción el ELN el día 7 de enero de 1965. Fabio Vásquez Castaño y Víctor Medina Morón, este último ex-militante del Partido Comunista, son los nuevos comandantes guerrilleros, quienes se diferencian cualitativamente de los comandantes de las FARC, en la medida en que son cuadros urbanos con adecuada formación intelectual y rica experiencia en la lucha política e ideológica que libran los diferentes grupos políticos de izquierda, aunque en un contexto muy limitado. Son cuadros plenamente convencidos desde el punto de vista teórico y especialmente a raíz del éxito de la Revolución Cubana, de que la única vía de la revolución colombiana es la vía de la lucha armada y por ello realizan la práctica "desde las montañas" (18) (punto general de referencia para todos sus documentos y mensajes), donde prenden el "foco insurreccional". Aquí la guerrilla no es el "brazo armado" de ningún partido revolucionario (19) (legal o ilegal), pues no hay una separación espacial ni orgánica entre la dirección política y la dirección militar, sino que ambas se encuentran centralizadas en la comandancia guerrillera. El ELN toma estrictamente como modelo estratégico y orgánico de lucha tanto en lo político como en lo militar el modelo histórico del Movimiento 26 de Julio en el proceso de la Revolución Cubana. Hay por consiguiente diferencias estructurales muy significativas entre el ELN y las FARC. Y no son solamente diferencias cualitativas a nivel de la dirección política y militar, también son diferencias estratégicas en la concepción de la lucha armada. Algo más, la composición interna de cada guerrilla es diferente, especialmente en cuanto al origen social de los combatientes: en el ELN es mucho mayor la proporción de cuadros venidos de la ciudad. Esta característica como las anteriores contribuye sustantivamente a la explicación de los éxitos y fracasos de una y otra organización guerrillera, cuestión sobre la cual no podemos todavía hacer un balance definitivo.

En un año de actividades (1965) el ELN puede contar con un éxito político realmente inusitado, especialmente

en el medio universitario y a nivel de las diferentes organizaciones de izquierda revolucionaria. Sus acciones militares son conocidas públicamente, ya por las informaciones de la prensa burguesa, ya por la propaganda que sus cuadros urbanos difunden prolíficamente. Por otra parte, su situación geográfica opera en este sentido más favorablemente que para las FARC, dada su relativa proximidad a grandes centros urbanos como son Bucaramanga y Bogotá. El ELN logra hacer llegar mensajes a diferentes asambleas y congresos de asociaciones obreras y estudiantiles. Incluso, y esta es una cuestión importante, dirige un mensaje a los guerrilleros del Bloque Sur a través del X Congreso del Partido Comunista. "Vosotros sois —dice el mensaje refiriéndose a los guerrilleros que luego van a constituir las FARC— nuestros hermanos de causa más cercanos, por ello esperamos poder lograr la unidad de acción en el inmediato futuro como primer paso en el inevitable proceso para conquistar la unidad táctico-estratégica en el enfoque y orientación político-militar de la revolución." Sin embargo, esa cooperación no llegó a concretarse, precisamente por las diferencias cualitativas que desde un comienzo separan a uno y otro tipo de organización.

El mayor éxito político del ELN sigue siendo la incorporación de Camilo Torres a las guerrillas de Santander. En la medida en que Camilo llegó a ser un líder auténticamente popular, cuyo objetivo era la toma del poder por el pueblo, la elección de la vía armada como la única vía que queda a todo revolucionario, significa sancionar la justeza de la violencia como medio, ratificando con su propia práctica (la del líder) el derecho que a ella tienen las masas ⁽²⁰⁾. La acción ejemplificante de Camilo al elegir la lucha armada y, especialmente, al incorporarse al ELN para realizarla, es para esta organización su mayor éxito de opinión. Pero así mismo, la muerte del líder a los pocos meses de haberse incorporado, siembra el desconcierto y el escepticismo entre las masas respecto de la efectividad de la lucha armada y, especialmente, de la efectividad militar del ELN. Es ya el año de 1966, año en el cual las FARC van a ocupar el primer lugar de la atención popular por sus extraordinarios éxitos militares. Ya estamos en la

etapa de la guerra revolucionaria. Sin embargo es preciso que antes nos ocupemos brevemente de un gigantesco pero fugaz movimiento político: el Frente Unido del Pueblo, para redondear la coyuntura que estamos analizando.

Quizá la demostración histórica más evidente de que el año 1965 constituye el momento culminante de una coyuntura política es el movimiento de masas que se desenvuelve alrededor de un líder cuyas tesis socioeconómicas y políticas, contenidas en una plataforma ampliamente difundida, son tesis que implican una organización socialista de la sociedad y por tanto una revolución para concretarlas. Aunque no podemos asegurar que la totalidad de los seguidores o adherentes lo fueran más de la persona del líder que de sus tesis, lo cierto es que en el acto de adhesión necesariamente tiene que darse alguna forma de conciencia política y ésta tiene un comienzo y un fin: la Revolución. De ahí la heterogeneidad política de los seguidores, a pesar de la unidad en torno a los objetivos del movimiento. Podemos afirmar que el Frente Unido del Pueblo es la unidad de los fines de la Revolución en virtud de la gestión de un extraordinario conductor de masas. Pero la unidad de los fines no garantiza necesariamente el acuerdo respecto de los medios y, por tanto, dada la heterogeneidad de los partícipes en el movimiento, las discrepancias en el *cómo hacer* la revolución se evidencian como los verdaderos obstáculos no solamente para lograr la unidad real sino también para el problema de hacer la revolución concreta en una sociedad concreta. Y para esto, los grupos u organizaciones que ya tienen elaborada una estrategia son los grupos que mayores posibilidades tienen de imprimirle una dirección determinada al movimiento, lo cual en el momento de coyuntura no es otra cosa que capitalizar la fuerza de las masas en función de los intereses específicos del grupo. Entonces el pacto de unidad puede ser roto, pues ya no tiene importancia. Es claro que esta tensión entre las organizaciones partícipes del Frente Unido es de por sí una balanza inclinada, cuya reposición del punto de equilibrio es imposible.

En primer lugar, algo pesa por encima de todo: la *legalidad burguesa*, esto es, si las organizaciones que concu-

rren a la formación del Frente Unido están dentro o fuera de esa legalidad. Estar dentro significa reconocer la validez del sistema, por tanto, la estrategia para hacerse al poder se plantea dentro del sistema, o lo que es lo mismo, a través de los medios que controla la burguesía y que sólo pueden servir a ésta. El Partido Comunista y el minúsculo Partido Demócrata Cristiano representan este tipo de organizaciones dentro del Frente Unido. Ni la ANAPO ni fracción alguna de los partidos tradicionales ingresa como tal en el Frente Unido. Respecto de las organizaciones que están fuera de la legalidad burguesa, es decir, las organizaciones de acción clandestina o subversiva, es claro que no pueden entrar a formar parte del pacto como tales, ya que significaría dejar de ser clandestinas y esto no sería otra cosa que autocondenarse a muerte. Es así como muchos revolucionarios, plenamente convencidos de que la vía electoral no llevará al pueblo al poder, ingresan como "militantes" del Frente Unido. Estos son los posibles cuadros de una organización de "no alineados" ⁽²¹⁾, entendiéndose por tales a los adherentes de las tesis de Camilo, a la masa de los seguidores, quienes no podrán ser una fuerza efectiva si no se organizan para ser actores conscientes del pacto revolucionario con las organizaciones legales del Frente Unido. Hay, además, una identificación entre "no alineados" y "abstencionistas" o no participantes en las elecciones, lo cual implica de hecho que se trata de personas con algún grado de conciencia política.

En segundo lugar, el problema de organizar a los no alineados tiene que hacerse sobre bases abstencionistas, lo cual en el plano estratégico de la revolución necesariamente tiene que desembocar en la opción de la lucha armada como la única vía para la toma del poder. En este punto se tiene que evidenciar la línea de tensión entre uno y otro tipo de organización. Las elecciones ya próximas para Cámaras y Presidencia de la República obligan a las organizaciones a definir exactamente su posición. Los partidos Comunista y Demócrata Cristiano optan por ratificar su legalidad a medias, mientras que los "no alineados", todavía no organizados, se pronuncian por la abstención, siendo el mismo Camilo el abanderado de

esta posición. Llegado a este punto el Frente Unido queda disuelto. Camilo y algunos de sus más cercanos colaboradores "no alineados" se incorporan al Ejército de Liberación Nacional. El Frente Unido no alcanzó a durar seis meses (a partir de junio de 1965), pero fue un extraordinario movimiento de masas. No podía desarrollarse por su imposibilidad orgánica de convertirse en un Frente de Liberación Nacional. Ahora sí entramos en la etapa de la Guerra Revolucionaria propiamente dicha. Es ésta una etapa que sólo lleva cuatro años y por tanto no arriesgamos explicaciones concluyentes.

ETAPA DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA

Inútiles han resultado hasta el momento los esfuerzos militares, políticos y económicos de la burguesía para ganar la guerra que ella misma ha declarado. El gobierno de Lleras Restrepo se propuso hacer una combinación ideal de desarrollismo, represión y demagogia. Esta fórmula salvadora, puesta en práctica por los más calificados cuadros de la burguesía, vive en el momento actual los estertores finales de su caducidad histórica. El notorio esfuerzo por "racionalizar" la administración pública ha desencadenado fricciones políticas en el interior de la misma burguesía, pues los cargos burocráticos siguen manteniendo el carácter de botín para los mejores demagogos de los dos partidos unificados en el sistema de partido único o Frente Nacional. De muy poco ha servido la creación del Ministerio de Desarrollo (prototipo de institucionalización política del desarrollismo), lo mismo que el INCOMEX (Instituto Colombiano de Mercados en el Exterior), el IDEMA (Instituto Colombiano de Mercados de Alimentación) y el INDERENA (Instituto de Desarrollo de los Recursos Naturales Renovables) entre otros. Los alcances de la política monetaria de estabilización mediante el control de cambios y de la política tributaria, consistente en aumentos, diversificación y mejoramiento de cobro a los impuestos, no van más allá de un relativo saneamiento del déficit presupuestal. Las inversiones del Estado siguen siendo las de infraestructura de los servicios, sin que por ello logre

proveer de los servicios básicos siquiera a la población urbana en "situación marginal". Para la población rural, sus condiciones de vida no han mejorado un ápice con relación a la etapa anterior. La labor del INCORA se puede considerar fracasada si se compara la magnitud del capital gastado en su funcionamiento y lo realizado concretamente en lo referente a la modificación de la estructura de tenencia de la tierra. Son muchos los programas del INCORA, pero entre ellos no se cuenta el de la Reforma Agraria. Así lo testimonia un documento suscrito por varios jefes de División y Directores de Proyecto del mismo Instituto (22). ¿En qué queda entonces el desarrollismo de la burguesía?: en demagogia y represión.

Pero la demagogia tiene sus propios límites: quien la usa debe valerse de un mínimo de demostración. Y sucede que la demostración de las realizaciones de la burguesía se da en cifras: disminución de tasas que son negativas y aumento de tasas que son positivas. Pero este lenguaje técnico al igual que el lenguaje adjetivado de la etapa anterior ya no produce el efecto mágico de llevar electores a las urnas para que el pueblo ratifique la legalidad burguesa. Una alarmante sacudida acaba de sufrir el sistema de partido-único-burgués con la copiosa votación popular (las grandes "masas marginales" de la ciudad) por el ex-general Gustavo Rojas Pinilla, jefe de la ANAPO y candidato a la presidencia por este movimiento. Hay además una convicción casi total de que el gobierno utilizó el fraude a última hora como recurso desesperado para evitar el triunfo de Rojas. Pudo más la demagogia de la demostración factual, a ese nivel de empirismo absoluto en que la utiliza la ANAPO. Mientras todo esto ocurre a nivel de la legalidad del sistema político, otro es el curso de los acontecimientos al nivel de la ilegalidad del mismo sistema. La lucha armada en el campo se desarrolla rápidamente.

Los años de 1966, 1967 y comienzos de 1968 son para las FARC el período más intenso de la guerra revolucionaria. Las capacidades militares demostradas por la guerrilla son muy superiores a la efectividad demostrada por el ejército de la burguesía. Y es que de por medio está la población campesina, la cual apoya a las FARC y no al ejército.

Las guerrillas se pueden movilizar en un territorio muy extenso, de tal manera que la guerra afecta parte de los departamentos de Caquetá, Huila, Cauca, Tolima y Valle. Los estrategas del ejército burgués constatan claramente que una victoria militar sobre la guerrilla es imposible si no se le han sustraído las masas campesinas. A tal efecto orientan sus inmensos recursos, poniendo en práctica un vasto y complejo programa denominado de Acción Cívico-Militar. Brigadas de alfabetización, de salud, de mejoramiento de viviendas, de construcción de caminos son la nueva cara, el uniforme nuevo de las brigadas de guerra preventiva. Este desarrollismo en pequeña escala del ejército con fines represivos (pues su objeto es introducir y hacer espías y delatores entre los campesinos) es la caricatura del frustrado desarrollismo a gran escala de la burguesía.

No sería correcto afirmar en el momento actual, ante un evidente retroceso de las FARC, en los últimos dos años, que la estrategia contrainsurgente del ejército o Acción Cívico-Militar ha sido un éxito frente a la guerrilla. Si esto fuera así, ninguna otra agrupación guerrillera se hubiera desarrollado y mucho menos hubiera sido posible su creación en esta etapa, lo cual contradice la realidad, pues mientras que el ELN se desarrolla (superando agudas crisis internas), el Ejército Popular de Liberación (EPL) y el Frente Armado de Liberación (FAR) irrumpen a la escena de la lucha armada. Luego, las causas del retroceso de las FARC residen básicamente a nivel ideológico y político. Todo indica que los planes de expansión del movimiento armado a partir de una conferencia guerrillera realizada en 1967, llevaron a una inmovilización de los contingentes guerrilleros, precisamente por las debilidades ideológicas en la politización de las masas para abrir nuevos frentes armados. Es así como el famoso comandante guerrillero Ciro Castaño es eliminado en una región del Departamento de Boyacá, próxima a los Llanos Orientales, epicentro de las guerrillas liberales durante la primera fase de la etapa anterior. Recientemente Oscar Reyes fue capturado en la ciudad de Santa Marta. Queda el comandante Manuel Marulanda Vélez, excepcional dirigente y estratega

militar, pero son muy escasos los hechos que nos sirven de base para inferir que las FARC están recuperando posiciones. Mientras tanto el Partido Comunista, del cual las FARC son su brazo armado, invierte importantes recursos en propaganda y giras políticas para presentar sus candidatos a los Consejos, Asambleas, Cámara y Senado. Parece ser que la "combinación de todas las formas de lucha" como estrategia del Partido Comunista para la toma del poder, se hace en función de la lucha electoral como la forma fundamental.

Como ya anotábamos anteriormente, a raíz de la muerte de Camilo Torres, el ELN pierde tanto en la opinión popular por lo que Camilo significaba en ese momento para la revolución colombiana. Sin embargo, nuevos cuadros urbanos se van incorporando a las filas del ELN, principalmente universitarios que estuvieron muy cerca del líder en el movimiento Frente Unido. Julio César Cortés, quien fuera presidente del Comité Ejecutivo de la FUN, y Jaime Arenas, quien cobró notoriedad nacional como dirigente de la huelga estudiantil de la Universidad Industrial de Santander en 1963, entre otros, se van "a las montañas". Son cuadros ante todo intelectuales y como tales van a plantear una serie de problemas humanos, técnicos e ideológicos en el seno de la guerrilla. La crisis se desata internamente y un consejo revolucionario condena a muerte a Víctor Medina Morón y Julio César Cortés, mientras que posteriormente Jaime Arenas se fuga y se entrega a la justicia penal militar que lo juzga en un despliegue publicitario sin precedentes. El fugitivo hace toda suerte de delaciones, demostrando con ello un odio irracional a Vásquez Castaño —quien como es apenas lógico, sale victorioso de la crisis— y una flaqueza revolucionaria sin precedentes. En estos términos podemos establecer que la crisis del ELN es exactamente el opuesto de la crisis de las FARC, en cuanto a la cantidad e importancia de los cuadros urbanos e intelectuales y sus consiguientes factores ideológico-políticos.

Sin embargo, el ELN a esta altura de la guerra revolucionaria ha superado ampliamente su crisis, en la medida en que ha incorporado su propia experiencia a la

definición estratégica que hace de la revolución colombiana (23). Retoma de Camilo ya no tanto el modelo ideal de revolucionario que se entrega al sacrificio por el pueblo con un misticismo inquebrantable, sino su tesis de la unidad popular, la unidad de todos los explotados, independientemente de sus convicciones religiosas, éticas, morales y políticas, unidad que sólo se puede concretar en la práctica revolucionaria al nivel de su forma más desarrollada: la lucha armada, por ser ésta la que genera y canaliza la conciencia revolucionaria (24). Por ello sostienen: "Un frente patriótico, frente de liberación o frente unido como tal, sólo puede surgir como exigencia de las circunstancias en un determinado grado de desarrollo de la lucha" (25), lucha que tiene el carácter de guerra prolongada.

El ELN ha podido romper el cerco que en lo militar, lo político e ideológico, lo social-cultural y lo psicológico inclusive le ha tendido, con sumo cuidado y precisión, el más inteligente, audaz y precavido cuadro del ejército burgués: El general Alvaro Valenzuela Tovar. Este general representa con suma sutileza al ideólogo del imperialismo. Ha sido capaz de crearse una aureola de intelectual demócrata y humanista (escribe cuentos, novelas, ensayos y ponencias para todo tipo de congresos y seminarios) hasta el punto de que puede tomar el poder cuando lo desee y esto pasará como el hecho político más corriente de la vida política nacional. Si la revolución colombiana tiene un enemigo que se pueda reducir a una categoría individual, ese enemigo es el general Valencia Tovar.

Pero el ELN como las FARC, a pesar de sus crisis internas y externas, están demostrando que la única vía para que el pueblo tome el poder y con él la vía socialista de desarrollo, es la lucha armada. Y esta lucha tiene la particularidad de ser una guerra revolucionaria prolongada.

Finalmente es preciso que consignemos un acontecimiento más, a nuestro entender fundamental, en la gestación y conducción de la guerra revolucionaria. Se trata del Ejército Popular de Liberación, brazo armado del Partido Comunista Marxista-Leninista de Colombia.

Este partido se constituye como tal a raíz de la inciden-

cia ideo
de la r
soviética
rialismo
Congres
ciones:
es la q
simplem
armado.
La fr
de Part
minorita
embargo
en la m
como el
campo
nace el
un parti
La difer
ción estr
de la Re
tuando l
más exp
tanto, el
el "carác
además
sus relac
talistas.
cuentra
permite
de la rev
fuerzas
de la ciu
los obrero
a todo
fuerza de
producció
de la rev
important
el camp

cia ideológica que para efectos de la definición estratégica de la revolución nacional tienen las divergencias chino-soviéticas en relación a los métodos de enfrentar al imperialismo y construir la sociedad socialista. Para el décimo Congreso el Partido Comunista está dividido en dos fracciones: una "prosoviética" y otra "prochina". La primera es la que ya hemos analizado como Partido Comunista, simplemente, con relación al cual las FARC son su brazo armado. De la segunda nos ocupamos ahora brevemente.

La fracción "prochina", la cual va a tomar el nombre de Partido Comunista Marxista-Leninista, es la fracción minoritaria y aún así se va a dividir una vez más. Sin embargo, este partido se convierte en una realidad política en la medida en que "definió el camino de la revolución como el camino armado" (26) y trasladó la dirección al campo (27) con el objeto de construir ese camino. Así nace el Ejército Popular de Liberación, brazo armado de un partido que pasa completamente a la clandestinidad. La diferencia fundamental con el ELN reside en la concepción estratégica de la clase que debe asumir la Vanguardia de la Revolución. Para el ELN son los campesinos (exceptuando los terratenientes) por ser la clase mayoritaria y más explotada de la sociedad nacional. El PCML (por tanto, el EPL) entra con mayor detenimiento a analizar el "carácter" de la sociedad colombiana y encuentra que además de dependiente del imperialismo norteamericano, sus relaciones de producción son predominantemente capitalistas. Al analizar las relaciones de producción se encuentra con la estructura de clases de la sociedad, lo cual permite determinar estratégicamente cuáles son las fuerzas de la revolución, cuál la fuerza fundamental y cuáles las fuerzas enemigas. Corresponde entonces al proletariado de la ciudad y del campo, "comprendiendo entre ellos a los obreros industriales, a los obreros y peones agrícolas, y a todos aquellos que para vivir tienen que vender su fuerza de trabajo y carecen de toda forma de medios de producción" (28), ejercer la hegemonía en la conducción de la revolución y en la construcción del socialismo. Es importante destacar que el proletariado de la ciudad y el campo forman objetivamente una unidad, con la pecu-

liaridad de que, siendo la lucha armada la forma fundamental, el trabajo revolucionario en el campo asume prioridad.

Por otra parte, al ser la revolución concreta un problema de fuerzas es claro que su desarrollo implica la guerra popular y ésta, a corto o largo plazo involucra a toda la sociedad. De ahí que el PCML plantee la necesidad de un Frente Patriótico de Liberación Nacional que integre a todas las fuerzas revolucionarias en cuanto clases y fracciones de clase. Es claro que el Frente Patriótico se construye en torno al proletariado como la fuerza fundamental y que la función del Ejército Popular de Liberación será la de asegurar el triunfo del F.P.L.N. por el camino armado. La diferencia más significativa que en este plano encontramos con el ELN es que para éstos el Frente de Liberación no juega un papel central en el planteamiento estratégico de la Revolución. Es apenas un punto al cual se llega, sin especificar su encuadre en el contexto de las fuerzas revolucionarias. Dice el más reciente documento al cual ya hemos hecho referencia: "Un frente patriótico, frente de liberación o frente unido como tal, sólo puede surgir como exigencia de las circunstancias en un determinado grado de desarrollo de la lucha" (29). Hasta aquí los planteamientos.

Los hechos nos dicen actualmente que ya el EPL es una organización guerrillera con mayoría de edad, pues ha sorteado con éxito la prueba de fuego del ejército burgués. En esta prueba su máximo organizador, su esclarecido dirigente político y militar, Pedro Vásquez Rendón, fue eliminado. Pero la guerrilla ha venido multiplicando sus frentes con sorprendente celeridad, lo cual nos dice de su acierto político para incorporar combatientes de la población campesina. Una extensa zona: Alto Sinú, Bajo Cauca y Urabá, en los Departamentos de Córdoba, Antioquía y Chocó, es zona de operaciones guerrilleras. Sin duda, por ser área de ganadería extensiva y por tanto de latifundio, las condiciones de explotación del campesino sin tierra son intensivas.

La guerrilla puede entonces operar como acelerante de la lucha de clases, realizando en la práctica una revolu-

ción agraria, cuyo comienzo es la expropiación del ganado a los terratenientes. Estas acciones han provocado la movilización de la Sociedad Colombiana de Agricultores y del Fondo Ganadero (formas organizadas de la burguesía en el campo) para hacer pública la situación por la que atraviesan los propietarios de las regiones mencionadas, a la vez que exigir prontas y enérgicas medidas del gobierno. Esto equivale a solicitar la represión armada en gran escala. Pero la burguesía sabe que ésta no es una solución adecuada y como clase prefiere sacrificar los intereses de algunos miembros de su fracción terrateniente, en el sentido de coaccionarles a través del INCORA a vender sus tierras al Instituto, el cual establecerá concentraciones parcelarias para neutralizar al campesinado y ganarlo para la causa de la burguesía en cuanto clase. Es así como la burguesía se divide para asegurar su unidad de dominio en la sociedad. Sin embargo, en este proceso se tiene que enfrentar con las organizaciones guerrilleras, lo cual pone el problema de la "reforma agraria" al nivel de la lucha revolucionaria y no al nivel del desarrollismo burgués. Por lo que respecta a las áreas "afectadas" por el EPL la organización de los campesinos en Juntas Patrióticas de Liberación se levanta como un obstáculo a la aparente figura pacífica del desarrollismo, obligándole a descubrir su verdadera cara: la represión armada y en la mayor parte de los campos colombianos la reforma agraria burguesa se va convirtiendo en su contrario: la revolución agraria, producto de la lucha armada.

En la medida en que se va haciendo cada vez más remota una solución capitalista en el campo, la solución capitalista del desarrollo industrial es una utopía miserable. También la burguesía afronta el agotamiento de su monopolio del poder político, mediante la fórmula representativa. Y lo más crítico de su situación es que no puede tener plena confianza en una solución militar. Mientras tanto la burguesía no puede sino hipotecar la economía nacional a los imperialistas norteamericanos: en la década 1960-70 contrae deudas totales por 1.685 millones de dólares ⁽³⁰⁾ y si se tiene en cuenta que en 1964 las inversiones privadas de ese país ascendían a 520 millones ⁽³¹⁾, en el momento

actual pueden pasar de 800. La crisis interna se traduce entonces en mayor dependencia externa. Esto evidencia que la lucha revolucionaria es necesariamente una guerra de liberación y que, por tanto, la práctica política correcta comienza por la lucha armada o forma más elevada de la lucha de clases.

Si las FARC cobran autonomía política y a la luz de su propia experiencia el ELN va redefiniendo algunos de sus planteamientos estratégicos y el EPL continúa su ritmo de desarrollo, está relativamente cercana la coyuntura en que la guerra revolucionaria fraccionada se convierta en guerra popular unificada.

1.
2.
3.
4.

5.

6.

NOTAS

1. Arrubla, Mario. **Estudios sobre el subdesarrollo colombiano**, Bogotá: Edit. La Oveja Negra. 1969, p. 157.
2. **Estudios Marxistas**. Revista de Ciencias Sociales, Bogotá: Edit. Colombia Nueva. 1969, p. 23.
3. Arrubla, Mario, op. cit. p. 155.
4. "A partir del año 1936, para evitar las consecuencias de la aplicación de la ley 200 de ese año, y subsanar las deficiencias de mano de obra por la supresión del sistema de arrendatarios, los grandes y medianos propietarios cambiaron el sistema de cultivo por el de la ocupación de las tierras con ganado, que no requiere sino muy limitada mano de obra. Esta es una de las causas por las cuales se han ido reduciendo las zonas agrícolas a las tierras de inferior calidad, erosionadas, y en donde no es posible el cultivo mecanizado ni el empleo de elementos que abaraten la producción": Alberto Aguilera Camacho, **Tierra**, 10 ensayos sobre la Reforma Agraria en Colombia, Bogotá: Edit. Tercer Mundo, 1961, p. 121-122.
5. Vieira, Gilberto. **Lucha de Clases y Liberación Nacional**, Bogotá: Edit. Cultura, Noviembre 15 de 1948, p. 35.
6. El que fuera miembro del Comando General de los guerrilleros de los llanos, Eduardo Franco Izasa, dice: "Amo liberal y chulavita godo desatan la más cruel de las persecuciones y matanzas. El primero cometiendo doble traición a su partido y a su pueblo que le amasa fortuna, da su nombre de liberal para llamar a uno de los núcleos raciales más vigorosos y sufridos de Colombia "bandoleros". El nombre de bandoleros en su engendro es godo, pero los terra-

tenientes liberales de buena o de mala gana, rendidos o violentados los entronizan y autorizan ante la opinión... Sólo una pequeña minoría de ganaderos propietarios le hace valiente oposición a los designios y a la mascarada puesta a funcionar entre el gobierno y los traidores". **Las guerrillas del Llano, Bogotá: Librería Mundial, 1969, p. 173.**

7. Los siguientes pasajes de la extensa carta son muy ilustrativos de cuanto preocupa a la burguesía del partido liberal con relación a la guerrilla: "La Dirección Liberal no quedó autorizada ni tiene facultades propias (se refiere a la convención de junio de 1951) para abandonar la oposición civil y comprometer al partido en una revuelta armada, así sean graves los motivos que puedan alegarse, o propongamos las circunstancias para que ella asuma tamaña responsabilidad. Menos aún se podría aventurar la Dirección a declarar al pueblo liberal, como los guerrilleros lo proponen, "en absoluta libertad para que se encargue de dirigir sus destinos y para defenderse como pueda". Le bastaría detenerse cinco minutos y medir y pesar las consecuencias de semejante invitación al desorden para retroceder ante la posibilidad de cargar ante el país y ante la historia con la pesadumbre de haber dado así la espalda a las obligaciones que tiene contraídas expresa, voluntaria, y reiteradamente"... "En mis conversaciones con los jefes revolucionarios en "Alcalá", "La Victoria", "Mata Azul" y "Potosí", traté de ser muy explícito en la presentación de los propósitos de mi viaje, como de las ideas pacifistas que habían guiado mi transitorio regreso al escenario político. Les dije, inequívocamente, que el país necesitaba volver al orden constitucional, y que mis colegas y yo nos empeñábamos en obtener del gobierno las garantías necesarias para que los guerrilleros pudieran reincorporarse tranquilamente a sus quehaceres habituales. En otras palabras, que el gobierno diera eficacia a sus exhortaciones y promesas"... "Si yo tuviese alguna autoridad que pudiera invocar para someter al estudio de los comandantes guerrilleros una recomendación, me atrevería a sugerirles que no corran ligeros de corazón a retirarse de las posiciones que tomaron en los primeros meses del año, respecto de un posible arreglo con el gobierno para acelerar el término de sus actividades subversivas. Me permitiría decirles tímidamente: "No incurran us-

8. De es
restaur
de las
cas, v
veces
ensay
otras
econ
las a
bros
con
Educa
9. Selse
cida.
10. Apu
11. Apu
12. Seg
mistr
a un
nifu
asal
men
13. Cer
tom
67,
14. CIN
15. El
un
su
al
"P
qu
ci
ja
de
de
co
a
d
t
16. P
F

- tedes en semejante error. Insistan en obtener garantías para deponer las armas. Designen buenos apoderados para que hagan la defensa de sus derechos". Eduardo Franco Izasa, op. cit. pp. 290-291 y 30.
8. "De esta suerte, quienes persistimos en la tarea de restaurar la armonía entre los colombianos dentro de las normas de nuestras instituciones democráticas, vamos quedando solos y desautorizados, unas veces por el gobierno, que no esquivo diligencia para ensayar atemorizarnos de hecho o de palabra, y otras, por los jefes de la insurrección, que tampoco economizan prevenciones: enderezadas éstas, como las amenazas oficiales, a echar sobre nuestros hombros responsabilidades que no nos corresponden y con las cuales no podemos ni debemos cargar". Eduardo Franco Izasa, op. cit., p. 296.
 9. Selser, Gregorio. **Alianza para el Progreso: la Mal Nacida**, Buenos Aires: Ediciones Iguazú, 1964, p. 110.
 10. **Apuntes Económicos**. N° 41, Bogotá, p. 33.
 11. **Apuntes Económicos**. N° 56, Bogotá, p. 31.
 12. Según datos del Censo Nacional de Población del mismo año (1964), el proletariado agrícola ascendía a un millón, mientras que otro medio millón de minifundistas debe trabajar una parte del año como asalariado para poder vivir. **Estudios Marxistas**, Número citado, p. 34.
 13. Centro Colombiano de Investigaciones Marxistas, **Las tomas de fábricas**. Bogotá: Ediciones Suramérica, N° 67, pp. 60-61.
 14. CIM., op. cit., p. 32.
 15. El senador Alfonso Uribe Misas del conservantismo unionista (del Frente Nacional) dejó constancia de su posición en el acta del 7 de junio de 1961. Se opone al proyecto de Reforma Agraria entre otras razones: "Por no dejar palmo alguno de tierra colombiana que no quede expuesto a una despiadada expropiación, salvo la piltrafa de 100 hectáreas que se le dejan al propietario despojado como una hiriente y despótica manifestación estatal, y ello sin distinción de clima ni de zonas. "Por no ser ésta un remedio contra el comunismo que amenaza al país y sí, muy al contrario, el camino que se le abre a esta secta devastadora para perturbar nuestro orden jurídico tradicional y dar al traste con el derecho natural de propiedad". **Tierra**, op. cit., p. 284.
 16. FARC. Documento citado por Gilberto Vieira en

- Nuevas experiencias de la lucha revolucionaria en Colombia, Bogotá: Edit. Colombia Nueva, Ltda. p. 10.
17. Vieira, Gilberto, **Nuevas experiencias de la lucha revolucionaria en Colombia**, Bogotá: Edit. Colombia Nueva, Ltda. p. 15.
 18. Un mensaje dirigido al Consejo Directivo de la FUN fechado en abril de 1965, dice: "En estos momentos recordamos nuestros días, no muy lejanos por cierto, en que muchos de nosotros éramos miembros activos del movimiento estudiantil, algunos incluso con cargos en su dirección. Pero hubo un momento en que comprendimos que era necesario unirnos más al pueblo colombiano, a sus campesinos, obreros y explotados en general. Y abandonamos, entonces, nuestros estudios y carreras y vinimos aquí, a las montañas, para iniciar con los campesinos la lucha por la liberación colombiana".
 19. **E.L.N.: Continuidad y desarrollo de una concepción revolucionaria**. Por qué surge el E.L.N., p. 15.
 20. "Todo revolucionario tiene que reconocer la vía armada como la única que queda. Sin embargo, el pueblo espera que los jefes con su ejemplo y con su presencia, den la voz de combate". De la **Proclama al Pueblo Colombiano**, fechada desde las montañas el 7 de enero de 1966 y firmada por Camilo, a un año de la toma de Simacota.
 21. "Dediquémonos a organizar a los que no están organizados. Llamémoslos como ellos se quieran llamar. "No Alineados", "Alineados en el Frente Unido", "Revolucionarios". Aunque no estoy de acuerdo con un caudillismo que esté por encima de toda consideración organizativa, si está subordinado al ideal de la organización, podemos aceptarlo por ahora. Si el pueblo se quiere llamar "camilista" dejémoslo, con la condición de que se organice. No se trata de un partido nuevo, ni de un movimiento nuevo. Se trata de una nueva organización de los no organizados para que se alinien en el Frente Unido y en la revolución, pero no los obliguemos a adoptar títulos nuevos si no quieren". Editorial de Camilo Torres en el **Semanario Frente Unido**, fundado y dirigido por él mismo. Octubre 7 de 1965.
 22. "La falta de claridad y decisión hacia la ejecución de la reforma agraria... la ingenua convicción de que Colombia sería un país, único en el mundo, que podría realizar la reforma agraria sin traumatismo y en forma democrática; el desconocimiento de la

gran fuerza política e influencia gubernamental del grupo terrateniente... la actitud timorata e indecisa ante la afectación de los latifundios, pretendiendo negar su magnitud e importancia; el reconocimiento de la incapacidad de solucionar el problema del minifundio; la distracción de personal humano y atomización de recursos en multitud de programas que estrictamente tienen poco o nada que ver con la reforma agraria... el fracaso de las llamadas cooperativas; la falta de atención a las organizaciones campesinas; el paternalismo que no considera al campesino como persona... en base a estos hechos la reforma agraria podrá ser reversible". Ponencia presentada por la comisión política al seminario de directivas del Incora celebrado en Santa Marta en septiembre-octubre de 1969. Editado en la Revista PUBLIFES N° 5, Bogotá, Universidad Nacional, p. 24.

23. El concepto de guerra prolongada como encuadres de la guerra de guerrillas es sostenido por el ELN en base a las siguientes razones: "En primer lugar, por la necesidad que tiene toda revolución socialista, en las condiciones particulares de América Latina, de partir con sus propios medios en todos los niveles y de contar fundamentalmente con el propio esfuerzo. Sobra repetir que las revoluciones no se importan. Estas nacen y se desarrollan en la propia tierra, en el propio medio, de acuerdo a las condiciones de ésta. Esto ocasiona lentitud en el origen y desarrollo de la organización, pero es la única garantía de autenticidad del proceso revolucionario y por lo tanto garantía de continuidad. Esto no excluye la necesidad que toda revolución tiene de la solidaridad internacional, aceptando el principio del internacionalismo proletario y de la necesidad de la revolución en todos los países del mundo. Se necesita la solidaridad de otros pueblos hermanos con la revolución nacional. Pero el principio de partir y apoyarse en los medios establece un cauce y determina una visión de la solidaridad internacional, excluyendo el fenómeno de la importación y de la artificialidad del desarrollo de la lucha, evitando la falsa apreciación de fuerzas del enemigo, desenmascarando así la falsa publicidad y la sobreestimación, debilidad de tantos grupos revolucionarios". E.L.N.: **Continuidad y desarrollo...** p. 13.
24. "El punto básico para comprender la línea revolucionaria de nuestra organización es el papel que debe

cumplir la guerrilla como generadora y canalizadora de la conciencia revolucionaria. De este principio se derivan muchos otros aspectos. De aquí se desprende que la vanguardia sea la guerrilla y no el partido como lo fue antes, en condiciones diferentes. También esto nos explica en parte que el mando debe estar en la guerrilla y que éste debe ser político-militar y único". E.L.N.: **Continuidad y Desarrollo...** pp. 14 y 15.

25. E.L.N. op. cit. p. 7
26. **Orientación**, Organo de la Dirección Nacional del Partido Comunista de Colombia Marxista-Leninista. N° 5, marzo de 1968, p. 28.
27. **Orientación**, op. cit. p. 30.
28. **Orientación**, op. cit. p. 18.
29. E.L.N.: **Continuidad y Desarrollo...** p. 7.
30. "Compromisos externos, por empréstitos multilaterales y créditos del gobierno de Estados Unidos por 1.685 millones de dólares, adquirió el país en la última década. La deuda total se divide en ayuda multilateral de US\$ 819.8 millones y el gobierno de los Estados Unidos (AID) por US\$ 865.3 millones de dólares. Es la primera vez que en el país se conoce el endeudamiento global de Colombia con las principales entidades financieras internacionales". **El Tiempo**, año 60, N° 20.464, Bogotá, 1970, martes 16 de junio, p. 1, cols. 2 y 3.
31. **Apuntes Económicos**, N° 41, abril 30 de 1966.



INDICE



Sives

LAS

ET

CI

Car

ML

T

Ru

LA

A

E

Silvestre Condorama

| | |
|--|----|
| LAS EXPERIENCIAS DE LA ULTIMA ETAPA DE LAS LUCHAS REVOLU- CIONARIAS EN EL PERU | 11 |
|--|----|

Carlos Núñez

| | |
|---|----|
| MLN TUPAMAROS: LOS COMBATIEN- TES NO SE IMPROVISAN | 73 |
|---|----|

Ruy Mauro Marini

| | |
|--|-----|
| LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA BRASILEÑA Y LAS NUEVAS CONDI- CIONES DE LA LUCHA DE CLASES | 113 |
|--|-----|

Antonio Zapata

| | |
|--|-----|
| ETAPAS Y COYUNTURAS DE LA LU- CHA GUERRILLERA EN COLOMBIA | 167 |
|--|-----|

Esta obra se terminó de imprimir en febrero de 1971, en los talleres
de Editorial Prensa Latinoamericana S. A., Root 537,
Santiago - Chile.

MINISTÉRIO DAS RELAÇÕES EXTERIORES

BIBLIOTECA

Autor.....

Título..... Diez años de insurreccion...
.....

323.27(8)(09)

N.º Chamada..... D568.....

N.º Registro..... 14.396/72..... v.2.....

O prazo de empréstimo (30 dias)
poderá ser prorrogado, caso a obra não
esteja sendo procurada por outro leitor.

Pocos han sido, en la literatura política latinoamericana, los intentos científicos de reflexión y de discusión teórica sobre las experiencias insurreccionales y las concepciones que las orientaban en la década del 60.

Pocos han sido los que han intentado explicar cuáles han sido las limitaciones fundamentales y los avances objetivos alcanzados por estos movimientos.

En *Diez Años de Insurrección en América Latina* este objetivo es logrado satisfactoriamente, sea a través del balance inicial, sea a través de los análisis específicos sobre algunas de las portantes experiencias.

Sin duda, por los análisis que conti

I.Cham. 323.27(8)(09) D568ai

Diez años de insurreccion en America Latina.



15240

Ac. 10 623

V. 2 Ex.1 MRE AFAS N° Pat 24396

siderable
amente a
namiento del movi-



Pocos han sido, en la literatura política latinoamericana, los intentos científicos de reflexión y de discusión teórica sobre las experiencias insurreccionales y las concepciones que las orientaban en la década del 60.

Pocos han sido los que han intentado explicar cuáles han sido las limitaciones fundamentales y los avances objetivos alcanzados por estos movimientos.

En *Diez Años de Insurrección en América Latina* este objetivo es logrado satisfactoriamente, sea a través del balance inicial, sea a través de los análisis específicos sobre algunas de las portantes experiencias.

Sin duda, por los análisis que cont

N.Cham. 323.27(8)(09) D568ai

Diez años de insurreccion en America Latina.



15240

Ac. 10.623

V. 2 Ex.1 MRE AFAS N° Pat 24396

considerable

amente a

namiento del movi-